9

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE MISTERIO Y TERROR

PYESA



DR. BARROS BORGOÑO 123, SANTIAGO - CHILE

agradece a sus lectores la confianza depositada en esta empresa y les invita a participar en el Concurso de Cuentos Cortos de Misterio y Terror cuyos premios y bases aparecen en La Revista del Mundo.

Inscripción: N° 63585

Impresores: Editorial Antártica S.A.

Impreso en Chile / Printed in Chile

9

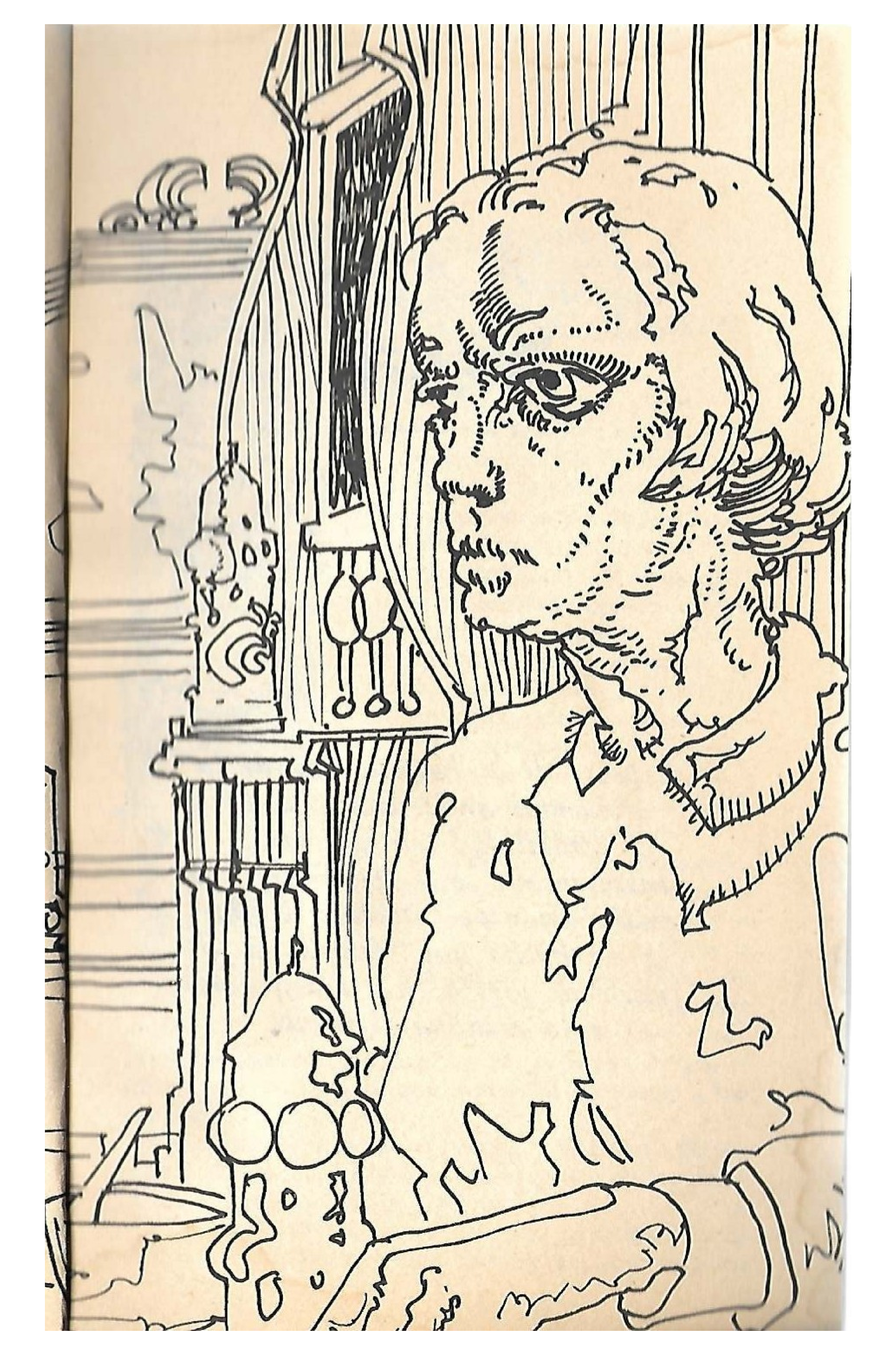
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE

MISTERIO Y

TERROR

RESUMEN


Vera





Pedro Montero

A pesar de la hospitalidad de su accidental anfitriona y de la amabilidad con que tan generosamente se le obsequiaba, no podía dejar de interrogarse sobre la muchacha que, recluida en el cuarto de arriba, iba a desposarse a la mañana siguiente.



A través de la densa cortina de lluvia creí percibir una luz como a medio kilómetro de donde me encontraba. Seguí conduciendo a paso de tortuga pidiendo al cielo que el motor no se detuviera definitivamente antes de llegar a las proximidades de aquella casa, y al parecer mis súplicas surtieron efecto no obstante el gran número de mis pecados, con lo que se demuestra que en caso de avería de automóvil en una noche lluviosa y en pleno campo una súplica ferviente puede sustituir a un buen mecánico.

No obstante, en respuesta probablemente a mis impíos pensamientos, al llegar junto a la pared de piedra que rodeaba la propiedad se oyó un chasquido debajo del capó y a continuación una pequeña explosión; comprendí al instante que aquello era la forma en que el motor me comunicaba que no estaba dispuesto a hacer nada más por mí.

De una carrera llegué al porche y, subiendo las escaleras de un salto, llamé con los nudillos en la puerta al no encontrar ningún timbre.

Al cabo de unos instantes alguien se asomó por la mirilla y me contempló detenidamente, acto seguido

la puerta se abrió y pude ver que quien se encontraba al otro lado era una mujer de edad, aunque no anciana.

Empapado por el aguacero, le conté que mi coche había sufrido una avería, y le rogué que me dejara telefonear.

—Lo siento mucho —dijo la mujer amablemente—, pero tenemos el teléfono estropeado.

Decepcionado por el contratiempo reflexioné durante unos instantes, pero antes de que hubiera encontrado una solución a mi problema, la mujer se dirigió a mí diciéndome:

—No se quede ahí. Hace una noche infernal —Y haciéndose a un lado me invitó a entrar.

Una gran parte de la planta baja de aquella casa la ocupaba una amplia y confortable habitación que parecía hacer las veces de comedor y sala de estar. Acogedoramente iluminado, aquel interior tan grato lo era mucho más merced a una magnífica chimenea baja donde ardía un fuego al que la dueña de la casa me invitó a aproximarme.

Muy amablemente me pidió que me despojara de la chaqueta y, colgándola en el respaldo de una silla, la situó a una prudente distancia de la lumbre para que se secara. Yo me excusé por las molestias y me interesé en saber si había algún otro teléfono cerca desde donde pudiera pedir ayuda.

—Hay una cabina en la carretera a un kilómetro aproximadamente, pero suele estar casi siempre estropeada— explicó la señora.

—Tendré que aventurarme —repuse.

—¿Con este temporal? Ni pensarlo —dijo ella, y añadió sonriendo—. Me temo que tendrá que aceptar ser nuestro huésped por esta noche.

Yo me negué en principio más que nada por una razón de cortesía, aunque, vistas las circunstancias, no me quedaba más remedio que aceptar aquella amable invitación. Y di gracias al cielo interiormente por haber tropezado con gente hospitalaria.

La señora salió un momento, y regresó al cabo de un instante con algo en la mano.

—Es un batín de mi marido —dijo—. Si quiere ponérselo tenderé a secar también sus pantalones. No se puede quedar así exponiéndose a coger un enfriamiento.

—No se moleste —repuse—. Ya ha sido demasiado amable.

—Espero que no le importe. Mi marido murió hace muchos años, pero conservo la mayoría de sus ropas —y añadió—: Está lavado y limpio.

Yo hice protestas, y aseguré que no tenía el menor reparo en ponérmelo, cosa que era verdad, como no fuera la molestia que le estaba causando, y ella salió de la estancia para permitir que me cambiara.

Cuando lo hube hecho me dediqué a observar la habitación. Todo tenía un toque agradable campestre, aunque se advertía que la dueña de la casa gustaba de los muebles confortables y no había renunciado a la comodidad en aras de lo genuino. Sillas, mesa y armarios eran sin duda enseres de rancio abolengo campesino, pero junto a aquellos objetos había un diván y tres sillones de diseño moderno aunque de líneas clásicas, y por los candiles y almireces que formaban parte de la decoración, licenciados ya de sus primitivos cometidos, deduje que me encontraba entre personas de un cierto buen gusto. Las notas más indicativas de que aquella familia estaba en contacto con la civilización, a pesar de lo apartado de su retiro, eran la presencia del teléfono, un televisor y una pequeña radio de transistores, además de un considerable montón de periódicos de lo que parecía deducirse que en aquella casa se recibía la prensa diariamente.

Mi anfitriona volvió a entrar y sonrió al ver que el batín me llegaba hasta los tobillos y se abolsaba por encima del cinturón.

—Mi marido era un hombre muy alto y muy corpulento— dijo sonriente—, pero por esta noche espero que no le importe. No se sienta ridículo, hijo. Tírese un poco por encima del cinturón y verá como le queda algo más corto.

—Cuánto lamento las molestias... —me excusé.

—No es ninguna molestia —repuso—. No iba a dejarle en pleno campo en su situación, y además así nos hace compañía. Estamos tan solas en este destierro... A mí no me importa, pero la gente joven se aburre. Mi hija está aquí a la fuerza, pero es una buena muchacha y no abandonará a su madre, aunque está a punto de contraer matrimonio.

—Ah, me alegro —dije yo suponiendo que esperaba de mí algún comentario.

—Yo también —repuso ella—. Especialmente porque seguirán viviendo aquí. Mañana es la boda.

—Oh —dije— ¿mañana? Mi más cordial enhorabuena. ¿Vendrán a buscarla a usted pronto? —añadí pensando en la posibilidad de obtener un medio de transporte.

—No, no —explicó mi anfitriona—, la boda se celebrará aquí, en la intimidad.

—Enhorabuena, y haga extensiva la felicitación a la novia cuando llegue —repuse yo.

—Verá está aquí —contestó la dama. Y añadió—: Ahora si me lo permite voy a la cocina un momentito. Dentro de una media hora cenaremos.

—No quisiera...

—No sea ridículo —me atajó—. Es usted nuestro huésped y no vamos a mandarle a la cama sin cenar, así que no rechiste y siéntese ahí mientras termino.

Yo se lo agradecí con un gesto, y la amable anfitriona me invitó a mitigar la espera señalándome un montón de periódicos y revistas apilados en la parte baja de un mueble.

—La televisión no funciona —añadió—. A Vera y a mí no nos gusta. Una vez se estropeó y no hemos vuelto a arreglarla.

Mientras la señora se retiraba a su laboratorio culinario, yo seguí su consejo, y en vista de que su hija, a quien se había referido llamándola Vera, no hacía su aparición, me dediqué a hojear las revistas.

Siempre me las he dado de psicólogo barato intentando adivinar los gustos y las inclinaciones de la

gente a través de lo que leen o de la forma en que decoran su casa, así que, más que nada por distraerme, intenté formarme un juicio acerca de madre e hija por medio de aquella colección de ejemplares de prensa.

El periódico no me dijo gran cosa, salvo que si lo recibían era probablemente debido a que dedicaba un considerable número de sus páginas a tratar los problemas del campo y a incluir noticias relativas a aquella región. En cuanto a las revistas, pertenecían a la llamada prensa del corazón. El único rasgo llamativo era el hecho de que las páginas centrales estaban arrancadas como si alguien se hubiera dedicado a coleccionar un serial.

Lamentando no conocer el género de artículos que constituían aquella colección, fui pasando las hojas distraídamente, hasta que caí en la cuenta de que buscando el índice podía enterarme de qué trataban aquellas páginas arrancadas. Lamentablemente el título de aquellos artículos, que en efecto formaban parte de una serie, no me dijo gran cosa: Historia de Cayolueco, se llamaba el serial.

Al cabo más o menos de media hora apareció nuevamente mi anfitriona con un mantel y los demás servicios de mesa.

—¿Me permite que ponga la mesa? —pregunté.

—Encantada —respondió ella—. Yo suelo sentarme en este lado, y usted, si le parece, puede ponerse aquí —dijo indicando un lugar próximo.

Estuve tentado de preguntarle dónde situaba el de su hija, pero como no vi más que dos cubiertos me pareció más prudente callar a pasar por un entrometido curioso.

La cena fue exquisita, y a los postres la dama me ofreció una copa de coñac invitándome a saborearlo antes con precaución por si no se encontraba en buen estado. Excusó su ignorancia respecto a las bebidas y comentó que aquella botella llevaba abierta mucho tiempo, porque Vera y ella no bebían. Como me pareció que el licor se conservaba perfectamente me

serví una generosa dosis y le pregunté si le molestaba que fumara.

—En absoluto, hijo —repuso—. Mi marido era un fumador empedernido y yo tuve que acostumbrarme al humo del tabaco. Fume cuanto quiera —repitió—. Ahora, si me permite, voy a subirle la cena a Vera.

Lamentando que la muchacha no hubiera compartido la mesa con nosotros, encendí un cigarrillo y me senté confortablemente en un sillón a contemplar el fuego. El momento era tan agradable a pesar de lo accidentado de mi viaje que me sentía relajado y a gusto, habiéndome liberado ya, gracias a la amabilidad de la dama, de la violencia inicial de ser considerado como un huésped forzoso.

Esta se retiró de nuevo a la cocina, y mientras escuchaba el familiar ruido de los platos en el fregadero se me ocurrió que debería haberme ofrecido a lavar la vajilla para dar una mínima prueba de mi agradecimiento.

Salí al pasillo con ánimo de dirigirme a la cocina y brindarme a la tarea, aunque estaba seguro de que la buena señora rechazaría mi proposición.

Al fondo del corredor se veía luz y de allí procedía el ruido, así que me acerqué y golpeé suavemente en la puerta entreabierta. Al momento mi anfitriona se estremeció y dejó caer el plato que estaba secando, el cual se estrelló contra el suelo haciéndose pedazos. Al volverse me vio en el umbral y exclamó:

—Qué susto me ha dado. Por un momento creí que era Vera.

—Permítame que sea yo quien lave los platos, ya ha sido usted demasiado amable —dije.

—Oh, qué tontería. ¿Un hombre fregar los platos? —dijo ya repuesta del susto—. En mi vida lo consentiría. Nosotras estamos chapadas a la antigua. ¿Acaso piensa que me debe algo por alojarle aquí esta noche? —añadió—. Me ofendería si así lo creyera, hijo. Lo hacemos de todo corazón. Ande —me empujó amablemente—, póngase a leer al lado del fuego, hace mucho tiempo que no teníamos un hombre en

casa y verle sentado allí me reconforta. Me recuerda a mi pobre marido.

—Lamento lo del plato —dije excusándome.

—Es sólo un plato, y la culpa ha sido mía que soy una descuidada. Vamos —insistió—, siéntese en un sillón y sírvase otra copa.

Regresé hacia el comedor por el pasillo débilmente iluminado, cuando, al pasar junto a la puerta de una habitación en la que no había reparado antes, no pude impedirme mirar hacia dentro con curiosidad.

Durante los instantes en que, sin detenerme, mi vista se posó en el interior de aquel cuarto, me pareció ver cantidades ingentes de cilindros alargados que se apilaban en el suelo junto a una de las paredes. Guardando la impresión visual sin que momentáneamente pudiera identificar de qué se trataba, volví al comedor, y al sentarme de nuevo comprendí que lo que había en aquella habitación eran velas de cera. Velas, y especialmente velones de grosor considerable, y recorriendo con mis ojos el comedor advertí, cosa que hasta aquel momento me había pasado desapercibida, que toda una pared de la estancia estaba adornada con gran cantidad de candelabros, metálicos o de barro cocido, ornamentados con bellos motivos populares. En aquellos candelabros había embocadas una gran cantidad de velas de diferente grosor, adecuado en cada caso al de los brazos de los candeleros.

Preguntándome el por qué de aquella profusión de cirios, me levanté a examinar algunos de ellos que aparecían bellamente ornamentados con complejos adornos realizados también en cera.

—¿Le gustan? —dijo una voz a mis espaldas.

Me volví sobresaltado y vi a mi anfitriona que depositaba sobre la mesa una bandeja con un plato de sopa humeante y otras viandas.

—Los fabrico yo —añadió la dama aproximándose—. La mayoría de ellos los tengo apilados por las habitaciones, y los que está viendo son como una muestra, una exposición de mi arte.

En efecto, las velas, algunas de ellas teñidas de sua-

ves colores, adoptaban caprichosas formas, y las filigranas realizadas en cera que constituían una decoración suplementaria parecían resultado de la más delicada artesanía.

—Son muy bonitas —dije yo sorprendido de no haber reparado antes en ellas.

—La vela propiamente dicha se realiza vertiendo la cera líquida en moldes y dejándola enfriar, después de colocar la mecha, naturalmente.

—¿Y estas filigranas? —pregunté.

—Oh, todo eso es trabajo a mano; es lo que da valor a estas velitas que suelo llevar a la ciudad una o dos veces al mes. Se venden bien, aunque no lo hago por ganar dinero —me explicó mi anfitriona—. Es una distracción, una manera de pasar las noches, porque duermo muy poco.

—Esta es mi preferida.

—Pues quédese con ella, se la regalo —dijo ella.

—Es usted demasiado amable —repuse—, no puedo aceptarla.

—¿Cómo que no puede? —preguntó la simpática dama—. Ya es suya, pero la dejaremos de momento en el candelabro, si no podría estropearse. Aquí donde lo ve —confesó— a mí me gustan más las velas sencillas, las tradicionales. Los cirios. —Y dirigiéndose hacia la mesa tomó la bandeja diciendo—: Perdóneme, pero se va a enfriar la sopa.

Sentado junto al fuego vi como la dama subía la escalera con la cena y atravesaba un corredor del piso alto separado únicamente por una balaustrada de la habitación en que yo me encontraba. Al llegar a una puerta me pareció que extraía de su bolsillo una llave y que la introducía en la cerradura dando media vuelta. Acto seguido golpeó con los nudillos diciendo:

—¿Puedo pasar, nena? —Y entró en la habitación.

Intrigado por lo que vi, no pude por menos de poner en marcha mis pretendidas facultades deductivas, y supuse que, o bien el novio no era del agrado de la muchacha y la boda era forzada, cosa a todas luces

extravagante, o bien la mujer desconfiaba de la presencia de un hombre joven en la casa, lo que rechacé al instante porque en ningún momento después de llegar yo había visto que la dama subiera al piso superior; o la novia era extremadamente timorata y me había visto llegar habiéndose encerrado o habiéndolo hecho su madre, cosa que prestaba validez a la rechazada hipótesis anterior; o bien...

La serie de «o bien» era tan amplia que era preferible dejar de formular suposiciones, porque lo más probable era que lo que me había chocado tanto tuviera una explicación sencilla y racional, pero no obstante abandonar mis razonamientos, una cierta lucecilla se encendió en mi cerebro.

Al cabo de un rato, volvió a abrirse la puerta y la dama salió de la habitación volviendo a echar la llave. Cuando descendió pude apreciar que la cena estaba casi intacta; mi anfitriona observó la dirección de mi mirada y dijo:

—Pobrecilla, está tan nerviosa que apenas ha probado bocado.

Yo sonreí comprensivo y por decir algo comenté:

—Estará impaciente esperando la llegada del novio.

—Oh, no —dijo ella—. El novio ya está aquí. Deben de ser los nervios —añadió guiñando un ojo picarescamente—. Ahora mismo friego esto y vengo a hacerle compañía.

Ahora comprendía, sin dejar de parecerme una monstruosidad, que la señora mantuviera a su hija encerrada bajo llave. Si el novio se encontraba en la casa, cosa que debía de ser cierta puesto que ella lo había afirmado, la única explicación posible era el preservar durante aquella noche la integridad de la muchacha, de lo que se deducía otra triple interrogante: o el novio era un casanova inveterado a quien producía más placer arrebatar a la fuerza lo que al día siguiente se le otorgaría de buen grado, y su futura suegra lo sabía; o bien la muchacha era una joven ardiente incapaz de soportar veinticuatro horas de espera, y su madre conocía su «faiblesse»; o acaso mi

anfitriona profesaba un puritanismo enfermizo y humillante para los inminentes esposos. Cualquiera de los tres casos no dejaba de resultar singular, y la formulación de mi razonamiento me hizo arder en deseos de conocer a los novios, especialmente a la futura desposada.

Una vez que terminó de recoger la cocina, mi huésped se sentó conmigo al amor de la chimenea no sin haberme preguntado antes si me encontraba cansado y deseaba acostarme. Yo repuse, como era la verdad, que nada sería más de mi agrado que un rato de charla delante del fuego antes de retirarme a descansar.

La dama en cuestión, de igual modo que otras señoras dan trabajo a sus manos haciendo punto mientras conversan, colocó sobre sus rodillas una caja con velas y sobre una mesa próxima otra más pequeña que contenía aquellos celajes de cera ya confeccionados con los que ornamentaba las bujías, y a la vez que charlábamos, ella iba dando forma con pasmosa habilidad a los ejemplares de aquella curiosa artesanía. Era como si hubiera transpuesto, por alguna razón que yo ignoraba, la confección de la complicada filigrana del encaje de bolillos a la no menos compleja labor de la creación de blondas y puntillas en aquella moldeable materia.

—¿De veras no le importa que hagamos un rato de sobremesa? —preguntó de nuevo solícita.

Yo le respondí que no e insistí a mi vez, por pura cortesía, en el mismo extremo en lo que a ella concernía. Supuse que con el ajetreo de la boda tendría que madrugar para disponer todo convenientemente y así se lo dije, a lo que la dama me respondió con toda naturalidad «que ya estaba acostumbrada».

Ante lo ambiguo de su contestación estaba a punto de hacerle alguna demanda que de forma indirecta me permitiera interpretar aquella curiosa réplica, cuando se dirigió a mí diciendo:

—¿Cómo se le ocurre ponerse en camino de noche y con este tiempo?

Lo que yo traduje de inmediato como una manera cortés de preguntarme de dónde venía y adónde me dirigía.

A pesar de que durante toda la noche la lógica de la situación había hecho esperable aquella pregunta, yo pospuse durante unos instantes la respuesta intercalando un comentario banal acerca de la inclemencia del tiempo mientras pensaba rápidamente en si debía o no decir la verdad acerca de aquel viaje en horas tan intempestivas. De una parte la confianza que me había demostrado la señora me invitaban a no ocultar los motivos de mi marcha, pero de otro lado temía entristecerla haciéndola sabedora de hechos que parecía inoportuno sacar a la luz en la víspera de la boda de su hija. Finalmente, y acaso como una forma de catarsis, decidí no mentir si la conversación derivaba más profundamente hacia aquellos extremos o la dama me formulaba una pregunta más directa.

—¿Es usted casado? —me preguntó como si hubiera adivinado mi pensamiento.

—Sí, lo soy, es decir, lo era —repuse con cierta confusión que no pasó desapercibida a mi anfitriona. Y como ésta, no obstante lo difuso de la respuesta, no pareciera tener intención de pedir una aclaración, añadí—: Hace unas horas he mantenido con mi esposa una violenta discusión y he decidido separarme.

La dama arrojó al fuego uno de aquellos celajes que había resultado dañado al aplicarlo a la vela y tomando otro continuó con su tarea sin hacer comentarios.

—Supongo que no resulta oportuno hablar de una separación matrimonial cuando está a punto de celebrarse la boda de su hija —añadí, explicando acto seguido que sólo a aquello debía atribuirse mi vacilación antes de responder.

—No se preocupe —repuso ella—. Comprendo que no todo sale a pedir de boca en la vida, pero no me gusta inmiscuirme en asuntos privados, aunque —añadió vencida por la curiosidad o quién sabe si por un sincero deseo de lenificar la confusión de mi

espíritu— si le sirve de consuelo considere que soy su madre y desahóguese. Con toda seguridad no volveremos a vernos más cuando usted se vaya y el secreto quedará bien guardado. Yo soy muy reservada a este respecto y puedo asegurarle que ni con Vera comentaré el asunto.

—Se trata de una historia vulgar —comencé yo animado por la confianza que me inspiraba mi anfitriona—. Me casé hace dos años y todo marchó perfectamente hasta hace dos meses en que... Bueno, comenzaron las discusiones entre mi mujer y yo y la situación se ha hecho insoportable. Resulta bastante delicado explicar —añadí—, y más en estas circunstancias en que me encuentro ante una persona tan comprensiva, que lo que desencadenó la crisis fue el hecho de que la madre de mi esposa viniera a vivir con nosotros. No obstante —me apresuré a decir—, he de añadir que su carácter y su forma de ser son completamente opuestos a la simpatía y comprensión de usted.

—Oh, no tiene por qué excusarse, hijo —dijo ella—. Comprendo perfectamente que una suegra no es lo más adecuado en el hogar de un matrimonio joven, pero no me siento afectada por ello. Es mi hija la que no se separa de mí, me necesita —añadió— y confieso que, modestia aparte, mi futuro yerno me considera una persona comprensiva, simpática y prudente.

—No puedo decir lo mismo de mi suegra —afirmé.

—Aunque —continuó mi anfitriona— comprendo que a una anciana se le haga muy cuesta arriba ser abandonada por su hija. En el fondo todas las madres somos reacias a abandonar a nuestras hijas en las manos de un hombre, especialmente si se trata de nuestra única compañía, pero es ley de vida. Afortunadamente —añadió— yo no estoy en ese caso.

—No hubiera querido sacar este tema a colación —dije yo.

—Oh, no sea tonto. Pero... —vaciló—. No es un asunto que me concierna, ya lo sé...

—Continúe, se lo ruego —dije yo animándola a proseguir.

—¿Usted ama a su esposa, verdad? —Y como mi respuesta fuera sin vacilar afirmativa ella continuó diciendo—: ¿Por qué ha de separarse entonces? Siempre hay soluciones hasta para los casos más difíciles. Créame, hijo —afirmó—. Todo tiene arreglo menos la muerte.

La dama hizo una pausa para ofrecerme un vaso de leche, cosa que yo denegué cortésmente, y cuando regresó de la cocina con el suyo, tomó la botella de coñac y la acercó a la mesa invitándome a servirme otra copa. «No me gusta beber sola», dijo con sentido del humor. De pronto ladeó la cabeza y miró hacia arriba con gesto de quien escucha atentamente.

—¿Ha oído? —preguntó, y como yo denegara se levantó de su asiento diciendo—: Creo que Vera me ha llamado. La pobre depende enteramente de mí, no se puede mover sin mi ayuda.

Yo permanecí confuso un momento ante un hecho que no había supuesto en modo alguno. No sabiendo si debía o no hacer algún comentario, pregunté finalmente con vacilación:

—¿P... paralítica?

La dama hizo un gesto elocuente mientras su rostro se entristecía, y comenzó a subir la escalera en dirección al cuarto de Vera. Una vez ante la puerta, golpeó con los nudillos y preguntó:

—¿Querías algo, nena?

La señora, a quien la confesión de la desgracia de su hija parecía haber echado encima diez años más de vida, descendió pausadamente asiendo el pasamanos con su mano derecha y me dijo al pasar junto a mí camino de la cocina:

—Su vaso de leche.

Mientras permanecía solo en el comedor, sorprendido ante la revelación de que Vera no podía ejecutar

movimiento alguno si no era con la ayuda de su madre, experimenté sentimientos contradictorios.

Ignorante del tiempo que la muchacha llevaba en aquel estado, aunque presumible se trataba de años, consideré la abnegación de la madre, constantemente dedicada al cuidado de su hija, y sin poder evitarlo sentí que se mitigaba considerablemente el odio hacia mi suegra. Seguramente se trató de una reacción sentimental, pero me representé a Janet postrada en una cama y a su madre procurándole todos los cuidados necesarios. ¿Habría sido excesivamente injusto? De una cosa estaba seguro ahora, y era de que yo amaba a mi mujer y no iba a abandonarla y a destruir nuestro matrimonio por una causa marginal a nuestra propia relación. Probablemente habría algún remedio: buscar un apartamento próximo al nuestro para mi suegra, visitarla con más frecuencia, qué sé yo. Lo que era evidente es que, a la mañana siguiente, me proporcionaría cualquier medio para regresar al lado de mi esposa.

En cuanto al lugar en que me encontraba, debo decir que mi curiosidad por conocer a la singular pareja que iba a contraer matrimonio próximamente se había acrecentado mucho. ¿Acaso, pensaba ya en el límite del absurdo, el novio también era paralítico y por eso no había hecho todavía su aparición? No descarto que una persona en perfecto ejercicio de sus facultades físicas y mentales se una en matrimonio con un impedido, pero si la invalidez de Vera llegaba al extremo que las palabras de su madre habían dejado traslucir, no cabía duda de que el novio debería ser un hombre abnegado y experimentar por la muchacha un amor muy profundo, porque nadie iba a forzarle a desposarla. Aunque, ¿por qué no? Si resultaba en extremo extravagante por falta de una explicación adecuada que la muchacha estuviera bajo llave, ¿quién me decía a mí que el futuro consorte no se hallaba en otra parte de la casa, encerrado, a la espera del obligado himeneo?

Descarté semejantes pensamientos por absurdos,

aunque no podía negarse que parecía extraña la ausencia del novio, si se encontraba allí. Tampoco parecía lógico el hecho de que cada vez, como ahora, que Vera necesitaba algo y su madre tenía que entrar en la habitación, hubiera de franquear la puerta valiéndose de una llave. Y por último, lo que no terminaba de comprender era la singular exclamación de mi anfitriona cuando entré en la cocina y dejó caer el plato que estaba secando: «Qué susto, creí que era Vera», había dicho.

Contemplé a la dama sentada de nuevo junto a mí. La tranquila forma en que sus dedos iban aplicando los adornos a las velas, tratándose como lo era de un trabajo delicado, no dejaba traslucir la mínima muestra del natural nerviosismo que hubiera sido de suponer en la víspera de la boda de su hija. Pero, aunque amable y servicial, su carácter parecía fuerte, y lo más probable era que tratase de ocultar lo que quizá le pareciera una debilidad.

Sentí que comenzaban a cerrárseme los ojos de cansancio, y apurando el coñac para no parecer descortés, me levanté aproximándome a la pequeña librería de donde tomé una de las revistas que hojeé distraídamente.

—Le voy a enseñar su cuarto —dijo la señora para quien no había pasado desapercibido mi bostezo—. Va siendo hora de que nos vayamos a la cama. Yo suelo levantarme muy temprano, en Cayolueco hay muchas tareas que realizar —añadió incorporándose.

—Se lo agradezco —repuse yo—. Me gustaría madrugar y acercarme a la cabina de la carretera para llamar a un mecánico, si es que funciona.

—No es muy probable. En todo caso lléguese hasta el pueblo. Puede llevarse mi coche —dijo ella.

En aquel momento advertí dos cosas. La primera que no se me había pasado por la imaginación que la señora tuviera ningún coche. No es que se tratara de algo extravagante, todo lo contrario. Lo que me extrañaba es que no me lo hubiera ofrecido antes, claro que yo al fin y al cabo era un desconocido para ella

(un desconocido al que no había vacilado en alojar en su casa). Por otra parte, viviendo en aquella soledad era imprescindible un medio de transporte, y ella había dicho que acostumbraba a bajar a la ciudad de vez cuando para vender sus velas. La segunda cosa que advertí era que el cable del teléfono estaba desconectado, y a fuer de parecer desconfiado se lo hice notar.

—Ya le dije que no funcionaba —repuso—. Así que da igual que esté o no enchufado.

Evidentemente la respuesta no contradecía ninguna de las leyes de la lógica, pero me resultaba molesta la visión de aquel cable desconectado. La segunda parte de la respuesta de mi anfitriona podía considerarse por lo menos grotesca.

—Se estropeó hace dos años, pero como ni a Vera ni a mí nos gusta hablar por teléfono... —añadió. Y viendo que yo volvía a depositar la revista en la librería dijo—: Súbasela, a lo mejor le gusta leer para conciliar el sueño.

Yo estaba tan cansado que no me iba a hacer falta ninguna clase de ayuda para dormirme, además no acostumbraba a leer en la cama, pero por evitar otro tira y afloja de cortesías que preveía menos obsequioso por mi parte no solté el semanario.

—Voy a coger mi traje —dije con cierto malhumor que no sabía a qué atribuir. Pero la dama, en el colmo de la amabilidad, se ofreció a planchármelo.

—Un ligero repaso nada más —dijo ante mi insistencia—. Luego se lo dejaré en una silla de la habitación sin hacer ruido y cuando se lo ponga estará seco y planchado.

Le di las gracias nuevamente y siguiendo a la cortés dama subí la escalera camino del que iba a ser mi dormitorio por aquella noche. Por un momento temí que me ofreciera un pijama de su marido, pero no fue así.

Al pasar junto a la puerta tras la cual se encontraba Vera, mi anfitriona me miró sonriente, y se detuvo en la siguiente habitación invitándome a entrar. Así

pues iba a dormir pared con pared con la todavía no entrevista novia.

Deseéndome buenas noches mi gentil anfitriona desapareció, y debo decir que experimenté una sensación de alivio al perderla de vista. Su amabilidad y obsequio llegaban a tal grado que en el transcurso de la velada se había ido acrecentando mi malhumor de una manera irracional, lo confieso, debido a las continuas sonrisas y atenciones que me dispensaba aquella señora a las que yo tenía que corresponder para no pecar de grosero ante sus ojos.

La habitación que me había sido destinada parecía en extremo confortable. Su mobiliario estaba constituido por una gran cama de matrimonio, un sólido armario de luna y un escritorio de patas hermosamente talladas, independientemente de varias sillas y un sillón. A los pies de la cama había extendida una alfombra cuyo dibujo hacía juego con el de las cortinas, lo que me pareció un punto excesivo. Ni que decir tiene que sobre la mesilla había un candelabro con dos magníficas velas.

Pero lo que más me llamó la atención fue que, precisamente en la pared que separaba mi habitación de la de Vera, había una puerta de comunicación entre los dos cuartos, que naturalmente supuse cerrada. Me aproximé a ella cuando de súbito oí voces.

Aplicando el oído sobre la superficie de madera, me mantuve completamente inmóvil y pude escuchar el final de una breve conversación. Fue la madre la que dijo:

—Hasta mañana, preciosa. Te deseo la mayor felicidad del mundo en tu tercer matrimonio.

A continuación oí que se cerraba la puerta y el girar de una llave en la cerradura.

«Caramba con la nena», me dije, «si no llega a necesitar ayuda para moverse se casa con la Sinfonía de Boston».

Como no se oyó hablar a nadie más, supuse que la muchacha se encontraba sola. Desde su habitación llegaba únicamente una musiquilla emanada segura-

mente de una radio, y alejándome con cuidado de la puerta me hice el propósito de no abandonar la casa por la mañana sin conocer a los contrayentes.

Me quedé dormido casi al instante de caer sobre la cama, y no sé cuánto tiempo había pasado cuando una luz me dio en los ojos y vi entre sueños que la señora de la casa depositaba mi traje, en una silla cercana a la puerta. Después volvió a salir tan silenciosamente como había entrado y yo continué durmiendo de inmediato.

En un determinado momento de la noche me desperté de nuevo desvelado por el ruido de un motor. Mi reloj, que había depositado sobre la mesilla de noche, señalaba las tres menos cuarto. Me aproximé a la ventana, desde la que se veía la carretera, y puede contemplar cómo mi coche era introducido en los límites de la propiedad remolcado por un tractor a cuyo conductor no podía distinguir en la oscuridad. Quizá se tratase del novio de la joven, no podía precisarlo. En todo caso nadie se llevaba el coche, que por otra parte no podía moverse sin auxilio ajeno, igual que Vera. El tractor y mi vehículo se dirigieron hacia la parte de atrás de la casa y dejé de verlos; aunque lo que sí vi a la luz de los faros de un coche que pasaba, fue un cartel indicador en la carretera en el que no había reparado a mi llegada. Esforzando la vista distinguí un nombre que la señora había empleado al referirse a su casa: Cayolueco. Sin duda ésta era la denominación de la propiedad.

De pronto recordé que aquella palabra formaba también parte del título del serial que había sido arrancado de la colección de revistas ilustradas, de las cuales mi anfitriona había insistido en que me subiera una a fin de conciliar el sueño mediante su lectura. Tomé el semanario que había depositado sobre la alfombra, y a la tenue claridad que entraba por la ventana leí en la portada el anuncio del primer capítulo de la serie «Historia de Cayolueco», experimentando un fortísimo deseo de conocer cuál era aquella histo-

ría separada del semanario, como ya había advertido anteriormente.

Me disponía a volver a la cama cuando me di cuenta de que, a pesar de lo avanzado de la hora, todavía se oía la radio en la habitación de Vera, y debía de tener la luz encendida a juzgar por el ligero resplandor que podía verse por debajo de la puerta de comunicación. Me aproximé sigilosamente y escuché.

La música era suavísima, y tenía cierto parecido con las melodías de órganos que se escuchan en los lugares que...

No pude terminar mi reflexión porque me apercibí con sorpresa de que la puerta no estaba cerrada con llave. Al apoyarme ligera e inadvertidamente en ella noté que se movía como si ni siquiera tuviera pestillo. Prescindiendo de los buenos modales, y acuciado por la curiosidad, fui deslizándome poco a poco hacia abajo hasta que mis ojos se encontraron a la altura del orificio de la cerradura. Miré a través de él y pude comprobar que lo que alumbraba la estancia era un cirio de considerables dimensiones, aunque en realidad las fluctuaciones de la luz y las diferentes sombras me hicieron comprender que en la habitación había encendidos algunos más que no pude ver a pesar de moverme ligeramente a izquierda y derecha. El ojo de la cerradura era demasiado exiguo para permitir un mayor campo de visión.

Como podía ser sorprendido en aquella tan poco digna actitud, decidí salir un momento al pasillo para vigilar, y temiendo llamar la atención si encendía la luz no me entretuve en buscar el batín que debía de encontrarse a los pies de la cama y me puse los pantalones y la chaqueta del traje recién planchado, pero comprobé en el acto que aquellas ropas no me pertenecían por lo holgadas que me estaban. Me acerqué al armario de luna, y el espejo me devolvió una imagen singular de mí mismo: estaba vestido de chaqué.

Al punto comprendí que mi anfitriona había sido víctima de una confusión y, tomando aquel traje de

gala, que sin duda pertenecía al novio, por el mío, lo había depositado en la silla en el transcurso de la noche.

Contemplándome en el espejo me sentí ridículo y, por qué no decirlo, tuve miedo. Un miedo que me recorrió la espina dorsal de arriba a abajo y no supe a qué atribuir.

A la fantasmal luz de la luna, mi imagen distorsionada por las aguas que formaba el antiguo espejo me resultaba irreconocible dentro de aquel solemne vestido.

Acuciado no obstante por la curiosidad, abrí la puerta de mi habitación y salí al pasillo. Toda la casa al parecer, excepto la habitación de la novia permanecía a oscuras. Y tranquilizado por aquella comprobación volví a cerrar, pero bastó una pequeña corriente de aire para que la puerta de comunicación se abriera ligeramente con un siniestro rechinar y la luz de los cirios, que penetraba por aquella rendija, oscilara vacilante.

Me aproximé a la puerta por la que se deslizaba ahora con más fuerza aquella música dulcísima y la abrí un poco más. Era probable que la muchacha se hubiera despertado, si es que dormía, y necesitaba explicar que no había sido yo quien había abierto la puerta, aunque en mi fuero interno era una irracional curiosidad lo que bajo el disfraz de aquella excusa me impelía a entrar.

Musitando un «se puede» ridículo y golpeando ligeramente la puerta con los nudillos me dispuse a penetrar en el cuarto vecino llevando en la punta de los labios preparada la frase: «señorita, no se asuste», porque lo esperable era que la irrupción de un desconocido a tales horas, y por añadidura vestido con el traje de su novio, provocara en la muchacha una natural reacción de sobresalto que podía ponerse de manifiesto gritando, por ejemplo; y cualquier explicación ataviado de aquella guisa hubiera resultado cuando menos enojosa y violenta, si no increíble para el prometido y la madre de Vera.

Lo primero que vi me dejó espantado: una gran cama en la que reposaba una joven, dormida al parecer, rodeada por cuatro cirios gigantescos que iluminaban la estancia desde las cuatro esquinas del lecho, y un pequeño magnetófono en el que una cinta sin fin desgranaba una tranquilizante música de órgano como la que se escucha en los salones de funeral.

Con el corazón latiéndome agitadamente me aproximé a la cama y comprobé que la muchacha era de una belleza poco corriente. Su rostro era blanquísimo, excepto en las mejillas, en donde un ligero sonrosado semejaba un repentino rubor. Sus labios carmesíes brillaban bajo la luz vacilante de las velas como recientemente humedecidos y sus ojos cerrados se ensombrecían merced a unas largas y negrísimas pestañas.

—Vera —musité, pero no obtuve respuesta.

Me aproximé un poco más admirado por la belleza de aquel rostro para caer en la cuenta de que la muchacha yacía acostada vestida ya con el traje de novia.

—Vera, no tenga miedo —repetí, pero como la joven continuara muda toqué suavemente en uno de sus hombros para despertarla. Entonces fue cuando comprobé que no respiraba.

Horrorizado por mi descubrimiento retiré mi mano tan violentamente que, sin quererlo, mis dedos se enredaron en la cabellera de la muchacha. Tiré con nerviosismo para desasirme de su pelo, y vi con mis ojos a punto de salirse de sus órbitas, cómo atraía hacia mí la cabellera completa de la joven al tiempo que su bello rostro se movió violentamente y rodó hasta caer al suelo dejando al descubierto una horrenda calavera a la que había pegados trozos de carne momificados.

Dando un alarido retrocedí pisando el rostro de cerca que se rompió en mil pedazos y corrí hacia mi habitación. De súbito vi a alguien frente a mí y sentí un fuerte golpe en la cabeza. A continuación perdí el sentido.

Cuando recobré la consciencia advertí que no podía

moverme. Alguien me había ligado fuertemente las manos y los tobillos. Abrí los ojos, y la sangre se heló en mis venas al ver que yacía sobre la cama al lado del cadáver de Vera, que de nuevo lucía sobre su descompuesta cabeza una exquisita máscara de cera. Me volví ligeramente y vi a mi anfitriona, elegantemente vestida, sentada en una silla cercana a nosotros a la espera seguramente de que yo recobrara el conocimiento. Apoyado en la silla había un grueso palo con el que supuse que me había golpeado, pero cuando me fijé mejor advertí que algo brillaba junto al suelo: aquella barra de madera era el mango de un hacha cuya hoja relucía a la luz incierta de los cuatro cirios que nos rodeaban.

Al reparar en que ya estaba consciente, mi futura suegra (pues comprendí al instante que yo era el novio de aquella fantasmal boda), se levantó aproximándose a la cama y sin mirarme dio unos toques al vestido nupcial del cadáver arreglando algunos pliegues y sacudiendo algunas motas de polvo.

—Enhorabuena, querida —dijo aquella mujer con una extraña luz en sus ojos. Y a continuación su mirada se posó en mí y sonriendo siniestramente hizo extensiva a mi persona la felicitación—: Hazla dichosa o no te lo perdonaré —añadió la elegantemente ataviada dama.

Yo recobré el uso del habla finalmente, pero mi confusión y el terror que me embargaban eran de tal magnitud que no acertaba a manifestar mi pensamiento. Al cabo, las palabras se atropellaron en mi boca:

—¿Qué hace? —grité—. ¡Está loca! ¡Desáteme!... ¡Suélteme le digo!

—Es una reacción lógica, hijo —dijo la dama con calma—. Dentro de unos instantes todo habrá pasado y os convertiréis en un nuevo matrimonio. ¡Oh, qué feliz soy! —Y comenzó a gimotear.

Mi cerebro estaba a punto de estallar, y en los inútiles esfuerzos por desasirme de las ligaduras sólo

conseguía aproximarme involuntariamente al cadáver descompuesto de Vera.

—¡Déjeme! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Quiero marcharme!

—Me prometiste que viviríais aquí —dijo la que aspiraba a convertirse en mi siniestra madre política—. Sólo bajo esa condición consentí en entregarte a mi Vera. Una madre no puede ser abandonada como un perro, hijo. Os quedaréis a vivir aquí para siempre.

—¡Oh, Dios mío! —sollocé—. ¡Estoy en manos de una demente!

—Sí, estoy loca —repuso mi funesta anfitriona—, loca de amor por mi querida niña, y bien sabe Dios que se me parte el corazón al tener que entregársela a un hombre, pero hay cosas que no se pueden evitar. Mi único consuelo es saber que no me abandonará —continuó la vesánica señora arreglándose el ridículo sombrero de fiesta.

—Pero, ¿no comprende que Vera está muerta? ¡Muerta!

—Yo la ayudaré a moverse y a andar. La cuidaré día y noche, y tendré buen cuidado de que tú no te acerques a ella. Mi hija es una buena chica y sabe cómo tiene que comportarse —dijo la madre de Vera—. Ha tenido el capricho de casarse y yo no puedo impedírselo, pero...

—Se lo ruego —dije yo aterrorizado— déjeme en libertad. Le aseguro que no diré nada a nadie, me marcharé y no volverá a verme.

—Todavía no ha llegado el momento. Primero ha de celebrarse la ceremonia—. Y acercándose a mí me anudó en torno al cuello una corbata gris que hacía juego con el traje de gala que yo mismo me había puesto inadvertidamente.

Acto seguido se aproximó al magnetófono y al cabo de unos instantes se escucharon los primeros compases de la marcha nupcial de Mendelssohn. Regresó hasta la cama lentamente caminando al ritmo de la música y tomando un librito lo abrió por una de

sus páginas al tiempo que se ponía unas elegantes gafas graduadas de concha.

—Estoy aquí —leyó con voz trémula— para unir en santo matrimonio a este hombre y a esta mujer. Si alguno de los presente conoce algún impedimento...

—¡Yo lo conozco! —exclamé sintiendo que debía cambiar de táctica—. ¡Soy un hombre casado!

—Ese no es ningún impedimento legal —repuso con voz de juez—. Te has separado de tu anterior esposa, hijo mío. —Y continuó leyendo las fórmulas para la celebración del matrimonio.

—¡Socorro! —grité con todas mis fuerzas.

—Vera Ramírez —recitó ella imperturbablemente—. ¿Aceptas a este hombre en matrimonio y prometer respetarle y amarle hasta que la muerte os separe?

Y aproximándose al cadáver agitó la cabeza de éste en sentido afirmativo al tiempo que ella misma musitaba el sí. Acto seguido regresó al pie de la silla en la que había estado sentada y dirigiéndose a mí inquirió:

—Tú... ¿Cómo te llamas, hijo?

—¡Suéltame! —grité al tiempo que notaba cómo merced a mis espasmos por liberarme mi rostro casi estaba en contacto con la máscara de cera.

—¿Aceptas a esta mujer en matrimonio —continuó imperturbable— y prometes respetarla y amarla hasta que la muerte os separe? —Y como yo permaneciera silencioso repitió acariciando el mango de su hacha—: ... hasta que la muerte os separe?

—Sí acepto... —musité espantado.

—Pues con la autoridad que me confiero —sentenció— os declaro marido y mujer. —Y añadió para colmo de mis desgracias—: puedes besar a la novia.

Previendo que en su estado aquella mujer era capaz de cualquier cosa, y venciendo mi repugnancia, acerqué mi boca a la pintada máscara y deposité un beso en la sonrosada mejilla. De pronto un estentóreo grito me hizo estremecerme:

—¡¡Vivan los novios!! —exclamó la que se pretendía mi suegra. Y abandonó de pronto la habitación.

Yo volví a intentar desatar mis ligaduras, pero las correas de cuero que mantenían juntas mis muñecas y mis tobillos eran tan fuertes que resultaba imposible aflojarlas. Di un gran tirón, con tan mala fortuna, que me quedó espantado al notar que debido al impulso me deslizaba hasta el centro de la cama. El cadáver, al provocar el peso de mi cuerpo una depresión en el centro del lecho, rodó por inercia y se apretó junto a mí.

En aquel momento entró de nuevo la trastornada señora. Se había despojado del vestido de fiesta y lucía una bata de casa con la que la había visto a mi llegada. Aproximándose al lecho exclamó a voz en grito:

—¡Degenerado! ¡Repugnante! No has podido esperar siquiera a que yo me perdiera de vista. ¡Todos sois iguales! ¡Ay, hija mía! —dijo dirigiéndose al cadáver—. ¡Qué poco caso te has hecho de tu madre! Tres veces te lo advertí, y tres veces caíste en la trampa. Menos mal que yo sé como tratar a estos pervertidos.

—¡Deje que me vaya! —grité.

—¿Ahora me salís con éstas? Ya sospechaba que una vez casados me abandonaríais, pero de algo me ha de servir la experiencia. Así como os acabo de unir en santo matrimonio, de igual modo puedo provocar vuestra separación. —Y tomando la afiladísima hacha rodeó la cama y se aproximó a donde yo me encontraba. Levantando el arma sobre su cabeza se disponía a terminar con mi vida cuando de pronto se oyeron fuertes golpes en la puerta de abajo.

La demente se detuvo y escuchó atentamente cuando los golpes se repitieron. Una voz gritó:

—¡Señora Ramírez!

—¡L... los invitados a la boda! —exclamé repentinamente inspirado.

Ella permaneció unos segundos con el hacha en alto y después la bajó con suma lentitud y la depositó en el suelo, momento en el cual yo, tomando un fuerte impulso, rodé sobre la cama y me tiré al suelo

ocultando con mi cuerpo el hacha al tiempo que gritaba:

—¡Auxilio! ¡Ayúdenme, por favor! ¡Quieren matarme!

La vesánica anfitriona se arrojó sobre mí e intentó sacar el hacha de debajo de mi cuerpo mientras yo procuraba impedirlo y gritaba sin cesar. Al cabo de unos instantes se oyó un fuerte golpe y pasos de varias personas en la escalera. Se abrió la puerta de la habitación y entró la policía.

* * *

En las dependencias de la jefatura de policía me repuse de aquel macabro susto mientras un oficial me tomaba declaración.

Cuando los trámites preliminares hubieron terminado, el comisario se aproximó a mí y aferrándome solidariamente el hombro me felicitó por no haber corrido la suerte de los demás «maridos» de la difunta.

La señora Ramírez, me explicó, nunca había estado casada. En su juventud había mantenido una relación con un hombre que desapareció dejándola embarazada. Cuando su hija Vera se fue haciendo mayor, ella le impidió cualquier aproximación al sexo opuesto convirtiéndose en una madre tiránica y obsesiva. Se fabricó un marido ideal para el que compró incluso ropas, y cuando llegó el momento en que, lógicamente, la muchacha conoció a un hombre del que se enamoró, a pesar de la estrecha vigilancia de su madre, ésta le hizo la vida imposible recordando sin duda su frustrante experiencia.

Todo lo cual, unido a la imposibilidad de impedir una boda que legalmente podía celebrarse con o sin su consentimiento, puesto que Vera ya era mayor de edad, provocó un cambio en su actitud y la llevó a admitir el matrimonio con la condición de que su hija no la abandonara nunca y continuara viviendo en la casa.

Al día siguiente de la boda, los recien casados confesaron a su madre que habían accedido aparentemente a sus pretensiones para poder celebrar la ceremonia sin complicaciones, pero que en sus planes no entraba en absoluto la idea de permanecer en aquella casa. Entonces, la mujer, sin reparar en lo que hacía, tomó un hacha y asesinó a su reciente yerno intentando hacer lo mismo con su hija, la cual, al tratar de huir por la ventana, cayó desde el primer piso y se mató.

En atención a lo que evidentemente no se podía calificar sino de locura transitoria, la anciana fue condenada a ocho años de reclusión durante los que permaneció en un sanatorio psiquiátrico del que salió apenas hace año y medio.

Obsesionada por lo que había hecho, desenterró el cadáver de Vera que yacía en el pequeño cementerio familiar a cien metros detrás de la casa, y procedió a casarla varias veces para paliar en su desequilibrio la muerte de su única hija.

—Los maridos que proporcionó al cadáver fue gente que acudió a su casa de manera accidental, igual que usted —dijo el comisario—, y tras la macabra ceremonia fueron asesinados ritualmente en recuerdo del primer esposo, y enterrados en un cobertizo donde ahora hemos encontrado sus cadáveres.

Como yo me preguntara por la coincidencia que me salvó la vida, el comisario me dijo que no hubo tal.

Al salir de mi casa tras una violenta discusión, y pasar las horas sin que hubiera regresado, mi esposa había telefoneado a la policía alarmada y les había dado la descripción del coche.

Un vehículo de la policía, antes de conocerse la denuncia, había pasado junto a la casa precisamente cuando el tractor conducido por la anciana arrastraba un coche de las mismas características hacia el interior de la propiedad. Enseguida, naturalmente, conexionaron ambos datos y se dirigieron hacia la casa.

—El resto ya lo conoce usted —concluyó el comisario.

A continuación me anunció que mi esposa esperaba en la antesala. Llamó a un agente y éste condujo a mi mujer a la habitación en la que nos encontrábamos. Cuando entró no pude contener las lágrimas y me abracé llorando a ella. El comisario me dijo que si lo deseábamos podíamos marcharnos para regresar cuando se celebrara el correspondiente proceso.

—Vámonos, querida —dije. Y dirigiéndome al comisario rogué—: ¿Sería posible llamar a un taxi por teléfono?

—No es preciso, amor mío —dijo mi mujer—. He venido en coche.

—¿En qué coche? —pregunté extrañado.

—En el de mi madre —repuso—. Ella nos está esperando fuera.





Un sueño llamado Ana



Un sueño llamado Ana

José Luis Velasco

Se negaba a aceptar que aquel diccionario, de cuidada y exquisita factura, de extremada y minuciosa precisión en todos y cada uno de sus datos, fuese sencillamente la obrade un equipo de locos eruditos.



UNA tarde lluviosa del otoño de 1978 dos circunstancias fortuitas, pero no menos consecuentes, pusieron a Eugenio Oyonarte sobre la pista de una realidad que, si bien resultaba insólita, confirmaba las sospechas que él tuvo desde su niñez sobre la existencia de otros universos paralelos.

La muerte de un tío suyo, que había vivido solo durante treinta y cinco años en un ático de Hermosilla, y el hecho de nombrar a Oyonarte albacea de sus bienes, proporcionó a éste la oportunidad de visitar un piso lóbrego amueblado con buen gusto según la moda de los años 10.

Ocupando toda la longitud de un pasillo mal iluminado, Oyonarte descubrió pronto una biblioteca cuyos volúmenes, encuadernados en piel, según un diseño único muy acabado, delataban el interés de su extinto propietario por el libro entendido, sobre todo, como objeto de valor artesanal. En cuanto al contenido, abundaban los textos informativos con abundancia de imágenes fechadas alrededor de 1900. Tratados de botánica, física, antropología, relatos de viajes exóticos realizados por los exploradores anglosajones del siglo XIX

y libros de género indefinible con poco interés para un lector común: la *Ortographia pratica,* de Juan de Yciar; *De somniorum interpretatione,* de Arnau de Vilanova; *los Emblemas,* de Alciato, en traducción de Bernardino Daza, etc.

Un diccionario enciclopédico de treinta y dos volúmenes, encuadernado en tela azul con letras estampadas en dorado, llamaba, sin embargo, la atención. Sus tomos daban la impresión de no haber sido abiertos jamás, y se trataba, seguramente, de un regalo hecho al difunto por alguien que desconocía sus gustos. El diccionario estaba fechado en 1943 y había sido editado en Valencia por Selecciones Turia, de la calle En Blanch, 11.

En la primera portadilla del tomo I se podía leer una dedicatoria escrita con tinta violeta y grafismo delicado: «Para Adolfo, con afecto, en prueba de agradecimiento». La firma se reducía a un escueto *Ana* sin rúbrica. Este dato parecía confirmar que el diccionario se trataba de un obsequio que el propietario de la biblioteca se limitó a colocar en un anaquel sin el menor interés por hojear sus páginas.

Eugenio Oyonarte, en el silencio del piso, tan sólo alterado por el lejano rumor del tráfico, sí lo hizo, mirando de pasada las ilustraciones del primer tomo. En la página 213 reparó en una fotografía nítida que mostraba el busto de un hombre joven. En principio le pareció la imagen del líder falangista José Antonio Primo de Rivera, pero una observación más atenta confirmó su presentido error de apreciación. Debajo de esta fotografía se podía leer la siguiente nota biográfica:

«*Alcázar Suárez, Roberto* (n. en 1913; Almazán, Soria). Investigador privado cuyas brillantes acciones policiales le han proporcionado una gran popularidad en todo el país, debido a la audacia de sus métodos. Roberto Alcázar ha sido distinguido con numerosas condecoraciones oficiales, y es autor de un libro que, bajo el título de *Svintus, el hombre diabólico,* da noticia pormenorizada de uno de sus casos más famosos».

Con la impresión de estar realizando un acto absurdo, un mecanismo asociativo instantáneo le condujo a tomar el tomo IX del diccionario (FURTIVO-GUERRILLA), para buscar, con evidente desasosiego, el término *Guerrero.* Su dedo índice resbaló después sobre las acepciones «*Guerrero.* Distrito de México, estado de Chihuahua...» y «*Guerrero.* Barrio de Puerto Rico, en la municipalidad de Isabela...», hasta llegar a esta variante:

«*Guerrero del Antifaz* (1487-?; Guadix, Granada). Aventurero cristiano que durante las primeras décadas del siglo XVI aparece involucrado en numerosas acciones bélicas frente a los árabes al mando de partidas que actuaban utilizando tácticas guerrilleras. Hasta hace poco tiempo se dudó de su existencia real, Pero las recientes investigaciones del profesor Howard McDonald, de la Universidad de Yale, la confirman. Se ha precisado su nacimiento en Guadix, durante los últimos años de la dinastía taifa nazarí. No se conoce, sin embargo, su nombre auténtico. La leyenda le atribuye el uso permanente de antifaz con el fin de ocultar su personalidad, ya que, siempre según una tradición no confirmado y dado el lugar de su nacimiento, podría tratarse de un personaje procedente del campo musulmán. En este sentido se especula con la posibilidad de que el Guerrero del Antifaz fuese hijo de un gobernador de Guadix, llamado Alí Kan o Al-Hakam, y de una noble cristiana que dicho gobernador habría raptado.»

Días más tarde, Eugenio Oyonarte conseguía reunir en el piso de su tío a dos compañeros de infancia y a Lydia, su amiga argentina, una chica de piernas largas y densas pestañas oscurecidas por el rimmel que necesariamente evocaba a las heroínas de Dashiel Hamett. Los amigos eran Andreu Cruylles, ex profesor de Arqueología en Bellaterra, y Javier Soto, periodista en Madrid.

—¿Y vos creés que este diccionario no es de guasa? —dijo la chica.

—Es difícil entender que alguien se decida a hacer

una obra de treinta y dos volúmenes con el único propósito de gastar una broma a presuntos y desconocidos lectores —respondió Oyonarte, que paseaba por el corredor de la biblioteca.

Semanas después, cuando ya el frío había hecho más grises las mañanas de Madrid, Oyonarte trasladó el diccionario a su casa de Arturo Soria. En jornadas obsesivas y ayudado por Lydia fichó centenares de notas biograficas extraídas de sus páginas, que confirmaban como real la existencia de otros tantos personajes considerados unánimemente, hasta entonces, como entes de ficción. Se contaban entre estas fichas nombres tan heterogéneos como Rodion Romanovitch Raskolnikov (San Petesburgo, 1830-1869), Lemuel Gulliver (Nottingham, 1612-1686), Impey Barbicane (Baltimore, 1831-1903), Emma Bovary (Perpignan —según el diccionario—, 1824-1859) o Dick Tracy (New York, nacido en 1901).

La busca de personajes de ficción entre las páginas de la enciclopedia había hecho que Oyonarte despreciase otro tipo de datos. Pero una tarde de diciembre, cuando ya la Navidad estaba próxima y la blancura de Lydia, desnuda sobre la cama, destacaba en la tiniebla del dormitorio (recuerden el Misterio de algunos interiores de Rembrandt), ella, mirando al techo tras unos minutos de silencio, pronunció una palabra: «Cervantes».

Oyonarte saltó precipitadamente de la cama y buscó en el tomo V del diccionario (CARVAJAL-CRUZADA). En efecto, el presentimiento que Lydia había transmitido a su compañero proporcionaba un resultado positivo. Oyonarte pudo leer:

«*Cervantes, Miguel de.* Personaje de ficción protagonista de la novela de Alonso Quijano (v. tomo II) titulada *El Manco de Lepanto,* que narra la azarosa vida de un hidalgo madrileño en busca de fama y fortuna por España e Italia. La primera edición de esta obra se tiró en Madrid en 1605, y está considerada como una de las piezas fundamentales de la narrativa barroca española.»

Hacia febrero, Eugenio Oyonarte presentía ya que el diccionario enciclopédico encontrado en el piso de su tío daba noticias de un mundo paralelo y relacionado con el nuestro, de tal modo que las personas de uno y otro se soñaban mutuamente como seres de ficción. Los datos sobre el medio, la historia o la ciencia eran comunes. Lydia persistía en la hipótesis de que se trataba de un trabajo realizado por un equipo de locos que habían tenido el coraje y la constancia de componer una obra que no era sino una colosal tomadura de pelo. Oyonarte, sin embargo, sostenía dos argumentos en contra de esta tesis que parecían razonables:

a) El conjunto del diccionario, minuciosamente exacto en sus datos, desarrollado conforme a los más rigurosos métodos de trabajo en obras de su clase, y en cuya edición no se habían escatimado medios de ningún tipo (la tirada resultaba impecable), presuponía una ingente cantidad de trabajo realizado sobre las bases de una alta competencia científica, organizativa y económica.

b) Resultaba difícil comprender que tal obra se hubiese compuesto con el único propósito de chancearse de futuros consultores de la misma; broma que hubiese resultado, finalmente, tan perfecta como estúpida. No era concebible pensar en la reunión de tantos elementos de calidad aplicados a una empresa absolutamente baladí.

—Ya me contarás qué pasa entonces —inquirió Lydia mientras devoraba su hamburguesa en un *burger* de la Gran Vía.

Tres comprobaciones posteriores dieron la razón a Oyonarte:

1. La confirmación, en un viaje a Valencia, de que no había existido jamás una editorial llamada Selecciones Turia en la calle En Blanch, 11, donde actualmente había un taller de objetos de regalo fabricados con metacrilato y el resto de los pisos estaban ocupados por vecinos ajenos a cualquier actividad editorial. Hacia los años en que estaba fechado el

diccionario, funcionó en la planta baja del edificio una pajarería, y arriba, lo mismo que ahora, pisos con inquilinos. Las últimas referencias, a principios de siglo, delataban la existencia de un taller fallero en los bajos y pisos con vecinos en las demás plantas.

2. La falta de referencias sobre el diccionario enciclopédico en los precisos ficheros de la biblioteca de su tío.

3. La ausencia de rastro alguno (en papeles, cartas o conversaciones con sus familiares) de la mujer llamada Ana, cuya dedicatoria firmada aparecía en el tomo I de la obra.

Todos estos datos, apoyados en otros detalles menos relevantes, permitieron conjeturar una hipótesis definitiva a Oyonarte y sus amigos a principios de la primavera, cuando en Madrid florecían los tulipanes y Lydia se había marchado con el fotógrafo danés.

Esta conjetura establecía la existencia de dos universos paralelos de *homines sapientes* que moviéndose en los mismos ámbitos, eran incapaces de percibirse, salvo a través de una intuición que consistía en soñarse mutuamente. La inquietud que Oyonarte experimentó siempre en las estancias vacías durante la noche o en las casas solitarias y en silencio, cuyo espacio él presentía poblado de seres que no podía percibir, pero que de algún modo sentía, parecía confirmar tenuemente aquella hipótesis. Para cuadrar el caso se podía suponer, también, que en circunstancias excepcionales se producían filtraciones insólitas de uno a otro mundo. Un ejemplo de ello lo constituía el diccionario enciclopédico.

Pero la confirmación final no tuvo lugar hasta el 16 de junio de aquel año, cuando una inercia insuperable hizo que Oyonarte volviese al ático de su tío en busca de inconcretas evidencias que probasen la existencia de ese otro mundo conjeturado por él y sus amigos. Buscaba, en realidad, nuevas filtraciones en un lugar que podía suponerse propicio para la feliz concreción de este fenómeno.

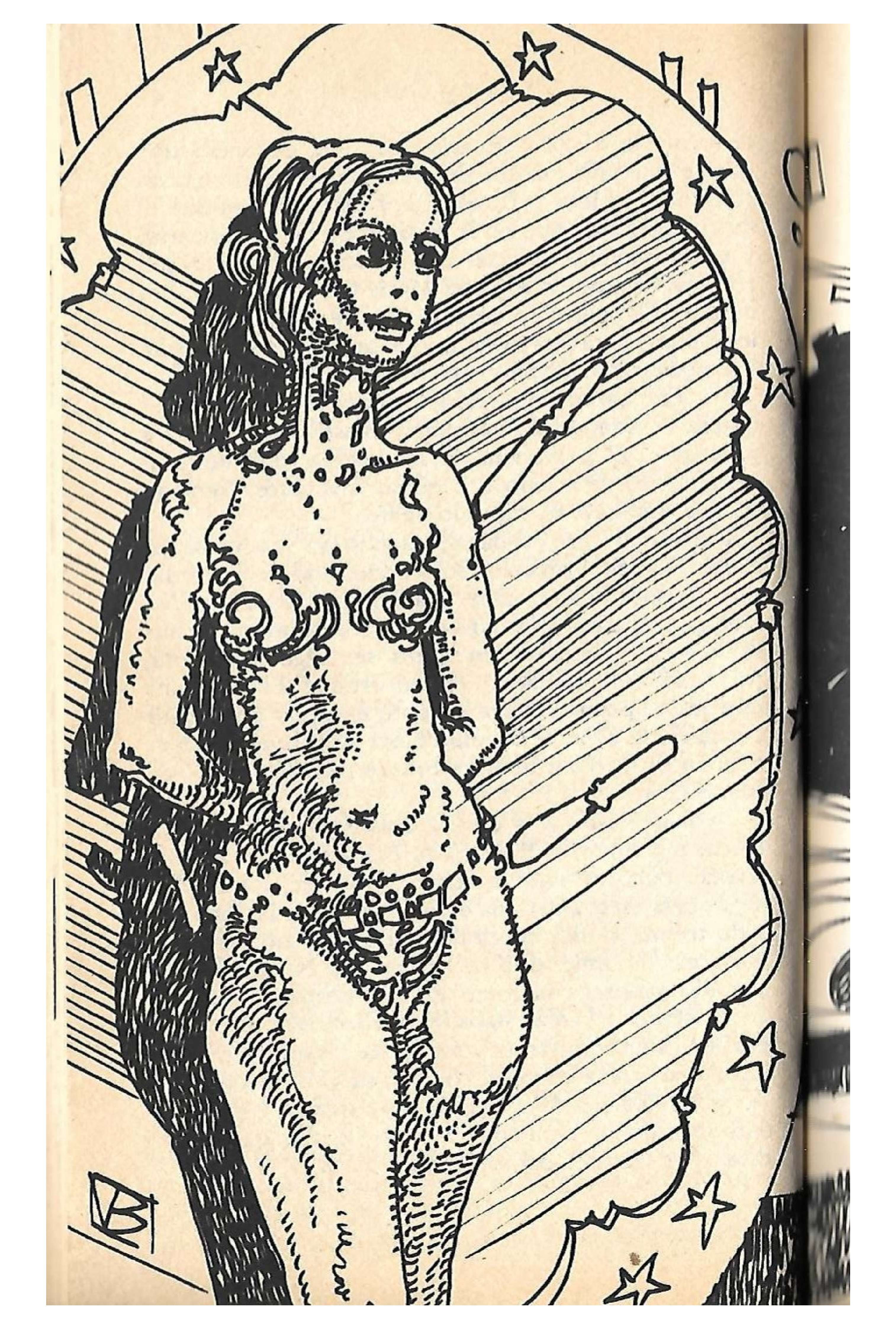
Entre diversos papeles de una carpeta situada sobre

el techo de un alto armario isabelino, encontró algo que le produjo miedo. Era una extensa carta escrita con tinta violeta y firmada por Ana. Se repetía el mismo grafismo que en la dedicatoria del diccionario, y entre distintas noticias anecdóticas de un veraneo con mal tiempo en el hotel María Cristina de San Sebastián, Oyonarte se detuvo en este párrafo que releyó una y otra vez hasta que el atardecer y la noche oscurecieron totalmente la habitación:

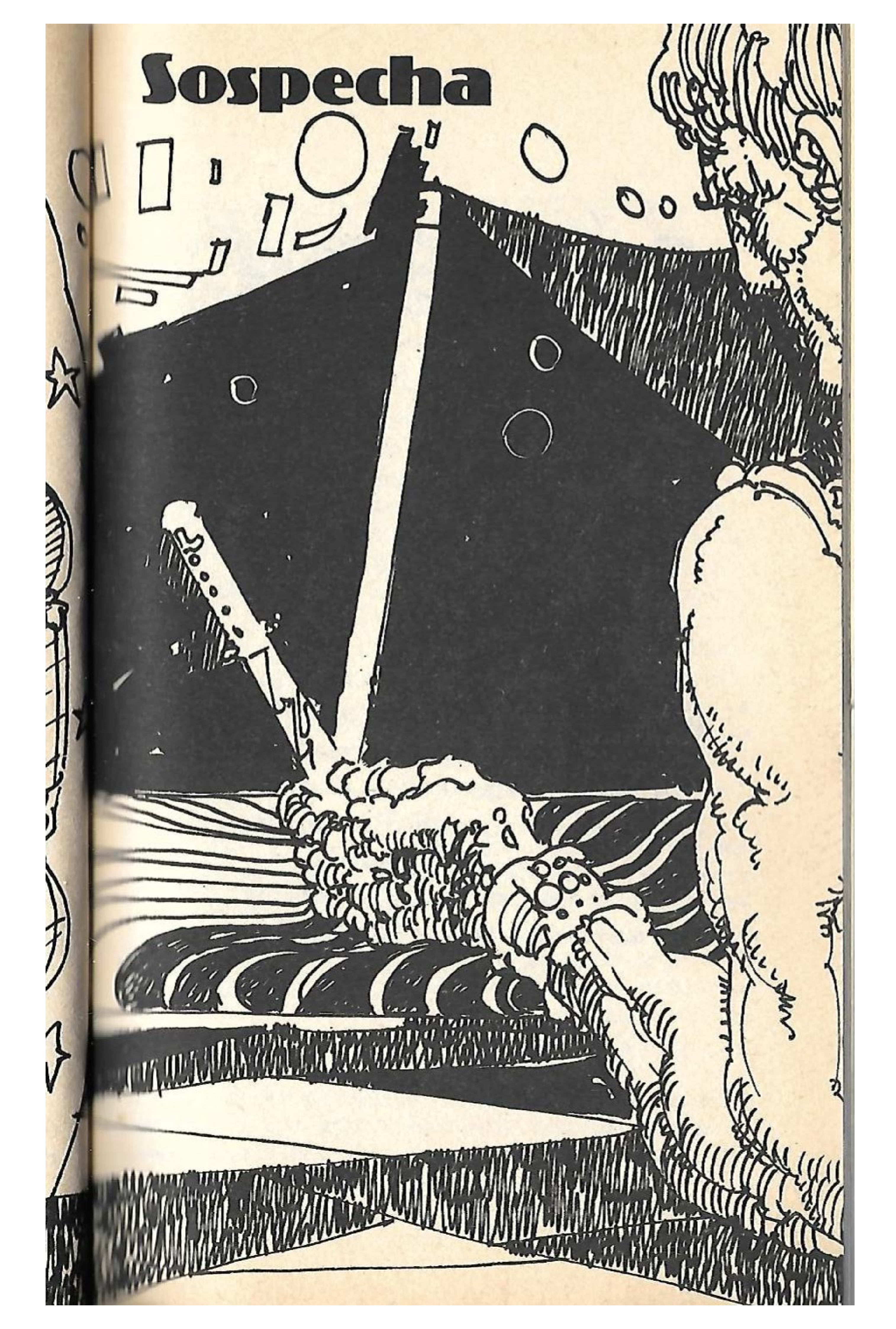
«... En cuanto a mi trabajo, estoy atascada y ni siquiera la tranquilidad de San Sebastián me ayuda a proseguir. El personaje de mi novela (que definitivamente se va a llamar Eugenio Oyonarte) tiene ya quince años en el capítulo sexto.

Una noche de vendaval, cuando su madre se ha acostado y él permanece solo escuchando en la radio una emisora lejana, tiene una especie de revelación: *sabe* que va a desvelar *algo* apenas presentido por sus semejantes. La situación quizá sea algo artificiosa, pero está bien contada y resulta creíble. El problema que se me plantea ahora consiste en optar por seguir contando la vida de Eugenio hasta su primer encuentro con Lydia o dar un salto brusco para situarle ya en Madrid...»

Oyonarte salió a la calle y encendió un cigarrillo. Hacía mucho frío. Recordaba con precisión aquella lejana noche de viento, cuando solo en el comedor de su casa escuchaba una emisora remota. Habían pasado treinta años y ahora llegaba un verano más para confirmar la dimensión de su derrota. No había conseguido saborear ninguno de sus hermosos sueños adolescentes y Lydia estaba lejos. Resultaba obvio que era mejor no pensar en estas cosas. Mañana tendría lugar una nueva reunión con el grupo de profesores de su Universidad y ahora podía aportar un nuevo dato inequívoco para convencerles de algo que resultaba ya evidente: no estábamos solos.



Sospecha



Sospecha

Diego Gimeno

¿Era la coartada perfecta de un plan preconcebido y diabólico? ¿Se trataba simplemente —como tantas y tantas veces— de un efecto artificial de suspense *de probada eficacia profesional?...*
En cualquier caso, su vida se encontraba en las manos del hombre que amaba.



—«*¡UNO!*» (*y redoble de tambor*).

SE ha revuelto inquieto durante gran parte de la noche. Hablaba en sueños. Por un momento he sentido la tentación de despertarle y tratar de calmarle, pero luego he renunciado a ello. Sobre las tres y media se sumió finalmente en un profundo sueño, y al poco tiempo yo también me quedaba dormida. Esta mañana, al abrir los ojos, me he vuelto hacia él y le he visto respirar cadenciosa y apaciblemente. Me he levantado con todo sigilo y he comenzado a preparar el desayuno.

Como si fuera un día de descanso, he dispuesto en la bandeja el tazón de café, el zumo de naranja y las tostadas, y se lo he llevado a la cama. El aroma del pan tostado ha hecho innecesario cualquier otro estímulo por mi parte. Ha fruncido los labios y poco después ha abierto los ojos.

Sentado en el lecho, encendió el primer cigarrillo del día, y, con gran delectación comenzó a beber el café renunciando al jugo de naranja. Mordisqueó una tostada, y por último, apartó ligeramente la bandeja. Yo la deposité sobre la mesita y, subiéndome a la cama, me acurruqué junto a él. Desde mi posición

contemplaba el escorzo de su rostro y las volutas de humo que ascendían lentamente hacia el techo. Sus ojos permanecían clavados en la pared, y con su mano derecha acariciaba mecánicamente mis cabellos. En aquel momento sonó el teléfono.

—«*¡DOS!*» *(y redoble de tambor).*

¿No está un poco nervioso? ¿Hay gotas de sudor en su frente?

El timbre del teléfono sonó varias veces. El no hizo ademán de contestar, y pasando mi brazo por detrás de su cuerpo, tomé el auricular y pregunté quién era. Un segundo de vacilación, y al siguiente se cortó la comunicación. «¿Quién era?» «No era nadie; alguna equivocación».

Le pregunté si había dormido mal y me respondió con un gesto afirmativo. Al instante quiso saber que es lo que había dicho en sueños y pareció tranquilizarse cuando le hice saber que frases ininteligibles. «¿Qué tienes?», pregunté, «¿No te encuentras bien?»

Afirmó con la cabeza y, apartando las sábanas, abandonó el lecho. Mientras desde el cuarto de baño me llegaba el rumor del agua de la ducha, sentí la tentación de registrar los bolsillos de su chaqueta, pero me contuve. En una relación como la nuestra, la confianza es esencial. Cualquier vacilación al respecto puede traer consecuencias funestas...

Ahora que recuerdo, hace dos días volvieron a llamar por teléfono y tan sólo pude oír la musiquilla procedente de una radio. Quien fuera, cortó la comunicación a los pocos segundos y...

—«*¡TRES!*» *(y redoble de tambor).*

Sí, está nervioso. No me mira a los ojos, como habitualmente, y sus gestos resultan ligeramente crispados. ¿Por qué no se detiene, entonces?

Sé que no es el momento oportuno, pero no puedo impedir repasar con toda la minuciosidad de que soy capaz su conducta de los últimos días. Es po-

sible que algo, un detalle que en el momento no me pareciera significativo, adquiera repentinamente una relevancia especial. Desde hace cerca de un mes le vengo notando raro, esquivo, silencioso. Pero nuestro trabajo es de tal naturaleza que he procurado, en la medida de lo posible, no forzar la situación ni provocar discusiones que pudieran alterarle. En definitiva, yo soy quien más tiene que perder si las cosas salen mal.

Tan sólo en una ocasión, hace cerca de dos años, pasó por una época parecida. Y de ello conservo un recuerdo indeleble en este brazo. La culpable fue Roxana, la de los Djin. Por algún tiempo pensé que se había enamorado de ella, y probablemente él también lo creyó, y, antes de que las cosas se hicieran irremediables, me apresuré a cantarle las cuarenta. Nunca le concedería el divorcio. Si algún día pretendía abandonarme tendría que ser pasando por encima de mi cad...

—«¡CUATRO!» (y redoble de tambor) —¡oh...!

Tranquilízate, mi amor. Descansa. Relájate. Ya ves que te miro a los ojos y trato de infundirte confianza. La próxima vez intenta poner más atención, yo sé que puedes hacerlo... Así...

¿Continúa sudando? Se ha pasado el pañuelo por la frente para enjugar las diminutas gotas. Yo sé que es un artista consumado, y es más que probable que trate de crear un interés suplementario. ¿Un artista consumado? ¿Por qué no? En ese caso, es posible que hasta yo haya caído en la trampa de su actuación, y a estas horas continúe ignorante de hechos que, con toda seguridad, me convendría conocer.

¿Por qué aquel repentino interés por iniciar la próxima temporada en Berna? ¿No habíamos decidido limitarnos a...? Ya no sé si mis recuerdos son verídicos, pero creo que alguien me dijo que los Djin se habían asentado definitivamente en Suiza. No, seguramente es una fantasía mía.

Es curioso. Precisamente ahora se me viene a la memoria el argumento de una novela que leí hace meses. El protagonista, que va a ser sometido a una complicadísima operación a corazón abierto, reconoce, segundos antes de sumergirse en el sueño de la anestesia, al doctor que va a llevar a cabo la intervención. El médico, de cuyo rostro tan solo los ojos quedan al descubierto, resulta ser el amante de su mujer. El enfermo intenta alertar a los demás doctores y enfermeras al suponer una sonrisa aviesa bajo la gasa que oculta la mayor parte de la faz del cirujano...

—*«¡¡CINCO!!» (y redoble de tambor).*

Cielo santo. Debería hacer algo. El director debería hacer algo. No puede seguir. Está demasiado inseguro.

Ahora trata de concentrarse. Me parece que hasta me ha sonreído. Después de todo, puede que esa inseguridad y ese estado de nervios sean sólo cosa mía; fantasías propiciadas por un comportamiento del que he extraído consecuencias erróneas.

¿Por qué se detiene? El riesgo no es pequeño, y todo el mundo lo sabe, pero no se puede liquidar todo en un instante y esperar el aplauso general. Hay que dar tiempo al tiempo, sumar arte a la habilidad. Es cierto. Pero hoy se está recreando demasiado, o al menos a mí me lo parece. Claro que la gente paga un dinero por asistir, por ejemplo, a la muerte de un toro, pero el público se sentiría estafado si, nada más empezar la corrida, el matador acabara con la fiera.

¿Por qué me sonríes así, amor mío? Otras veces estás tenso y concentrado. Preferiría verte serio, la alegría la quiero al final.

¿Qué significa esa mirada, en el fondo de la cual me parece leer algo que no acierto por completo a descifrar? ¿Por qué sonríes tanto y miras con discreción de vez en cuando hacia tu derecha?

¡No! ¡No! ¡Prepárate antes! ¡Concéntrate!...

«¡OH!...»

«¡Y SEIS, SEÑORAS Y SEÑORES, SEIS!»

«¡EL GRAN TONY ACABA DE SILUETEAR BRAZOS Y PIERNAS DE SU ESPOSA LANZANDO SEIS AFILADISIMOS CUCHILLOS! ¡A CONTINUACION, Y EN LA PARTE MAS ARRIESGADA DE SU EJERCICIO, EL GRAN TONY ARROJARA LOS ULTIMOS CUATRO MACHETES PROCURANDO ACERCARSE LO MAS POSIBLE AL CUERPO DE LA MUJER! ¡DEBIDO A LO ARRIESGADO DE LA MANIOBRA SE RUEGA EL MAXIMO SILENCIO! ¡OBSERVEN COMO EL GRAN TONY SALE TRIUNFANTE UNA VEZ MAS DE ESTA TERRIBLE PRUEBA! ¡LA ULTIMA DAGA, LA MAS PELIGROSA, CORTARA LA CUERDA QUE MANTIENE ATADA A SU ESPOSA, LA CUAL QUEDARA LIBRE! ¡ATENCION, SEÑORAS Y SEÑORES!»

No tengo nada que temer, lo sé. Confío en tu habilidad y en tu fuerza. Son ya tantos años... ¿Tantos? ¿No fue justamente esa frase la que pronunciaste hace unos días cuando te dije que te quería? «Son ya tantos años...» Al principio no me fue fácil someterme a este género de trabajo. Cualquiera puede imaginárselo. Hace falta mucha confianza en una persona, aunque sea la persona amada, para dejarse atar noche tras noche a una plancha de madera y sentir cómo los cuchillos se dirigen hacia ti, hendiendo vertiginosamente al aire, para clavarse cimbreantes a unos centímetros de tu piel. Pero yo lo hice. ¿Sería alguien capaz de sentarse a la mesa sabiendo que, justamente encima de su sitio, pende una espada colgada por un hilo del espesor de un cabello? ¿Soportaría cualquier ser humano verse diariamente asaeteado sabiendo que el día menos pensado, un error de cálculo, una desviación milimétrica pueden acabar con su vida?

«¡SIETE!» (y redoble de tambor).

Debería haberse clavado un poco más a la derecha, una pulgada más. Si todo va bien, al igual que cada noche de todos estos años, el número diez partirá la cuerda que me aprisiona al tablero y yo saludaré, temblorosa todavía, mientras él recoge satisfecho los aplausos.

Hoy hay más gente que nunca. Parece como si el público tuviera la certeza de que algo va a ocurrir. Por otra parte, la aglomeración puede deberse al simple hecho de que es víspera de fiesta. Eso es.

¿Por qué no abrí aquella carta procedente de Suiza? Me dijiste que era la propuesta de un nuevo contrato y que tendrías que pensarlo detenidamente antes de decidirte. ¿Cuáles eran las condiciones de aquel contrato? ¿Acaso no me concernía a mí también? ¿Acaso... acaso no soy yo parte del número, parte imprescindible del número? ¿Piensas que lanzando tus cuchillos contra una muñeca de trapo acudiría igualmente el público? ¿Es acaso tu puntería lo que admiran? Bien sabes que no. La secreta esperanza de la gente es que un día se te vaya la mano y me asestes una cuchillada mortal. Para ser víctima cualquiera vale, dirías, pero eso tampoco es completamente cierto. ¿No aumenta el morbo, y la venta de entradas por consiguiente, el hecho de que no sea una simple partenaire la que sirve de diana, sino tu propia esposa? No puedo dejar de pensar que, si por casualidad —o intencionadamente—, se te fuera la mano y traspasaras mi corazón con una de esas dagas, la conmiseración de las gentes y los comentarios piadosos se multiplicarían por cien. Su propia esposa. Pobre hombre. Que poco sospecharían...

«¡¡OCHO!!» (redoble de tambor y murmullos del público)

Me dan ganas de gritar: «¡Al asesino!». De revelar a los cientos de personas que nos rodean, a los policías de servicio, a los directivos del circo, que el cuchillo número ocho se ha clavado un centímetro más a la

derecha de donde debería haberlo hecho. Quiero gritar que presiento que el número nueve arrancará un rugido de satisfacción del público al rozar, sin herirla todavía, la piel de mi costado. Pero, a pesar de mis presentimientos, todavía me queda un resto de esperanza. Seguramente me equivoco. Estoy loca. Sufro una transitoria alucinación. Tú estás tan seguro como siempre y esas gotas de sudor que cubren tu frente no son sino producto del bochorno reinante en esta noche de primeros de abril. Tu mano no tiembla, y esa peligrosa aproximación no prevista de los últimos cuchillos a mi piel, no es sino un deseo de rizar el rizo, de obtener una ovación más cerrada y entusiasta. Siempre has sido un poco narcisista. Pero, ¿llegarías en tu divismo a reclamar la absoluta atención del público haciendo que el número diez se desviara unos centímetros de su punto de destino?

El momento cumbre se acerca. Solicitas un paño del ayudante y te enjugas las manos de sudor. Parsimoniosamente, mides la distancia hacia atrás y hacia delante mientras el público se agita en sus butacas. Qué bien conoces la angustia y la inquietud que provocan el rito y la retardación.

¿Por qué miras tanto hacia tu derecha? Hay alguien en aquel palco a quien quieres brindar tu actuación? A pesar de que lo desearía, no puedo volver suficientemente la cabeza para verlo.

¿Era de Roxana aquella carta de Suiza? ¿Acaso está sentada en ese palco y es a ella a quien dedicas tu actuación de esta noche?

Lo siento, amor mío. Siento haber dudado de ti y haber llegado a desbarrar de esta manera, pero has de reconocer que no es fácil someterse noche tras noche a este peligroso ejercicio. Seguramente son los nervios que me traicionan. No puedo compararme contigo, tan seguro e impasible. Nada hace mella en ti. En el supremo instante en que lanzas el cuchillo te aislas del mundo, te sientes a miles de kilómetros y es como si nada te importara más que disparar adecuadamente el acerado proyectil.

Lamento haber sacado consecuencias apresuradas de indicios que sólo en mi torpeza pude haber tomado por ciertos. ¡Tú y Roxana! ¿En qué cabeza cabe? Los Djin se encuentran a miles de kilómetros, y Roxana, esa muñeca decorativa, se limitará a estas horas, con toda probabilidad, a sonreír ante el público y a pasear su figura por la pista. Su temple debe de ser tan insignificante que no resistiría ni el primero de los cuchillos sin prorrumpir en alaridos. ¿Se atrevería a enfrentarse a la idea de ser ni siquiera rozada por uno de estos machetes? Su belleza perfecta podría resultar perjudicada, y eso es lo único que posee.

Pero, en el improbable caso de que hubiera pasado por tu imaginación la idea de deshacerte de mí, ¿qué otro marido podría contar con un sistema tan expeditivo y poco sospechoso para asesinar a su esposa? Ninguna necesidad de ocultar el arma homicida ni de buscar otro culpable. El asesinato perfecto. Se clava un cuchillo en medio del corazón de la víctima elegida rodeado de cientos de testigos que, aun habiendo contemplado cómodamente el asesinato, no podrán testimoniar contra ti. ¿Cuándo se ha visto nada semejante? ¿Quién osaría matar a su esposa repartiendo invitaciones para el momento del crimen? ¿Qué experto sería capaz de dictaminar que la trayectoria del cuchillo ha sido voluntariamente modificada? ¿Qué persona de entre el público se atrevería a afirmar que, antes de lanzar el último machete, pudo contemplar en tu rostro una fatal determinación o una sonrisa de triunfo?

Soy consciente de que durante las últimas semanas te he agobiado con estúpidas escenas de celos. El nombre de Roxana ha aflorado a mis labios en exceso, buscando quizá en tu rostro un gesto que te traicionara. Mi mal humor ha sido constante. Con razón te has quejado de que mi carácter no era ya el de antes. Pero todo es por culpa de los nervios, compréndelo.

Ahora, mientras buscas situarte en el lugar adecuado de la pista, mientras tanteas la distancia y pro-

vocas la intranquilidad y la tensión en el público, quisiera decirte que deseo que olvides mi comportamiento de las últimas semanas. No tengo motivo para estar celosa, y menos de esa estúpida... quiero decir, de Roxana. Incluso, estaría dispuesta, si hubiera algo de verdad en mis sospechas a... Pero sé que no hay nada. Estoy fantaseando sin limitación. No quiero que te ofendas si alguna mínima parte de mis pensamientos es capaz, por algún medio, de llegar hasta ti.

Te noto ya más tranquilo, más calmado. Has vuelto a recuperar el dominio de ti mismo y sabes de nuevo el terreno que pisas. Confío en ti. Miro tus ojos que calculan la distancia y no puedo por menos de sentirme ridícula al haber podido imaginarme que...

—«¡¡NUEVE!!» *(un grito apenas ahogado de la multitud).*

¡Dios Santo! ¿Te has vuelto loco? Por un momento he pensado que la punta del cuchillo iba a atravesar mi costado. ¿Cómo puedes hacer gala de semejante precisión? Ni un milímetro separa la hoja de mi piel, y todavía puedo percibir su vibración. El público ruge de emoción, y tu rostro ha adquirido de repente una expresión de profunda seriedad. ¿Qué pretendes?

Desde aquí puedo ver al director de pista. Está nervioso. Consulta con alguien y después me mira. Yo tendría que hacer algo en este momento. Antes de que sea demasiado tarde. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Acaso no has sido feliz conmigo? ¿No te he dado toda la felicidad que deseabas? ¿No me he sometido noche tras noche a esta tortura a sabiendas por tu parte de que cada vez que terminaba la actuación me encerraba en mi camerino y, con mano temblorosa todavía, me llevaba a los labios una copa de coñac?

Por más que vuelvo la cabeza sólo acierto a ver una mancha borrosa. ¿Es ella la que está en ese palco? No lo creo, de lo contrario no mirarías tanto hacia allá. Sería traicionarte, y gracias a tu profesión, o a causa de ella, has ido adquiriendo en el curso del tiempo un perfecto dominio sobre tus nervios.

No me queda sino pedirte compasión. No lo hagas, te lo ruego. Deja que, como cada noche, el sabor caliente del licor inunde mi garganta y me sienta satisfecha por haber salido con bien de otra actuación. Te concederé la separación, si es eso lo que deseas. ¿Ves? Ya no tienes necesidad de deshacerte de mí. Te dejo vía libre. Abandóname, si es eso lo que deseas, y corre a lanzarte en brazos de Roxana, no me importa...

... Si yo pudiera gritar, si el grito de auxilio que inunda mi garganta pudiera surgir a través de mis labios... Pero no puedo hacerlo. No debo. No obstante, por si acaso, debería fingir que me desmayo, que me abandonan las fuerzas, que soy presa de un súbito desfallecimiento.

Ten compasión de mí. No me mates... He de ser fuerte a pesar de todo. Me mantendré erguida, te miraré desafiante a los ojos, y advertirás que estoy al tanto de tus planes. Te reto a que me claves el último cuchillo en mitad del corazón a sabiendas de que conozco tus intenciones. Cuántas veces una actuación serena por parte de la víctima hubiera podido prevenir su propia desgracia...

No pierdo ni uno de tus movimientos. Solicitas el paño. Enjugas tus manos de sudor. Te ajustas la chaquetilla del traje de lentejuelas. Te atusas los cabellos. Me miras furtivamente. Yo sostengo tu mirada con serenidad y hasta te sonrío con los ojos. Ya lo estás viendo, confío en ti. Atada de pies y manos, imposibilitada de realizar el menor movimiento, a tu merced, pero continúo confiando en ti. Sé que en lo más profundo de tu alma queda todavía un resto de compasión. No vacilo, no desearía vacilar, pero no me resulta fácil... Sólo quedan unos segundos para que el acero *salga* despedido de tus manos. Juro que, si supero esta noche, no volveré a someterme a semejante tortura. ¡Búscate a otra! ¡Sí, búscate a otra! ¿Es que no puedes comprender que he accedido a soportar este continuo riesgo por amor? ¿No cabe en tu cabeza que me paso el día aterrada esperando el

momento de la actuación y que sólo respiro después de que el último cuchillo se ha clavado en la madera a pocos centímetros de mi piel? ¡Búscate a otra que sirva de diana! ¡A Roxana! ¡A quien sea! No me pidas que lo soporte ni una noche más. Pero recuerda bien lo que te digo: jamás te concederé la separación. Mátame si lo deseas. Acaba de una vez. ¡¡Arroja el último cuchillo!!

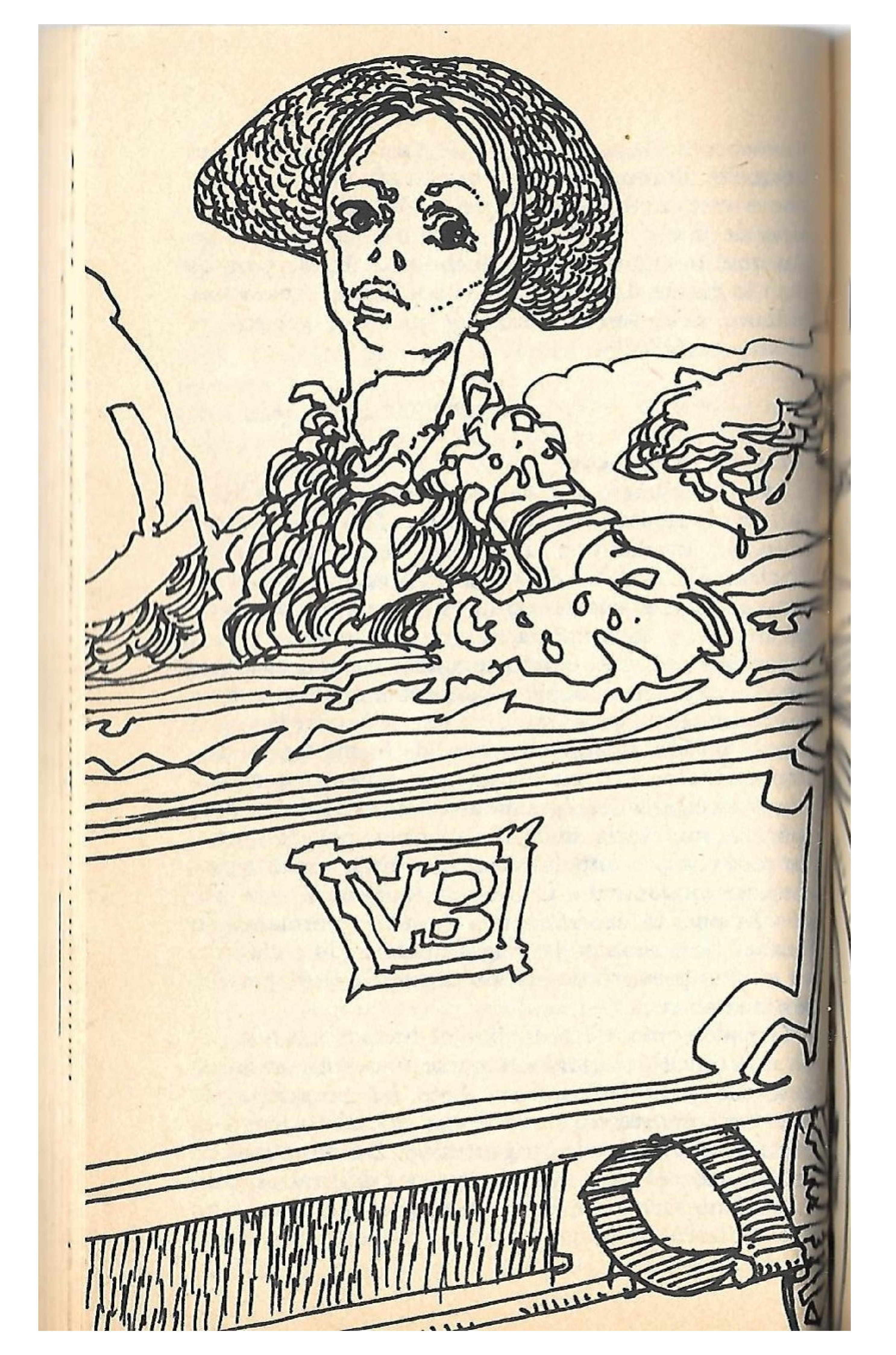
—«*¡¡DIEZ!!...*» *(y aplausos).*

De los periódicos:

«Un lamentable suceso tuvo lugar ayer cuando finalizaba la representación del Gran Tony en el Circo Mundial, instalado en las afueras de nuestra ciudad. El afamado lanzador de cuchillos atravesó con el último de ellos el cuerpo de su esposa, que le servía de partenaire, y le causó la muerte instantánea.

Justamente en el último segundo, cuando el artista lanzaba el postrer cuchillo, que debía clavarse a escasos centímetros de su mujer, y cortar la cuerda con la que se hallaba aprisionada, ésta, de forma totalmente imprevista, realizó un brusco movimiento que ocasionó un ligero desplazamiento del panel de madera sobre el que yacía atada. Se ignoran, por desgracia, los motivos que impulsaron a la víctima a realizar semejante movimiento, hecho que le costó la vida. Según ha podido determinarse, de haber permanecido inmóvil, la última de las dagas hubiera ido a clavarse en el sitio previsto desatando la cuerda que apresaba sus miembros.

Grandemente afectado por el luctuoso suceso, el Gran Tony ha decidido tomarse una temporada de descanso para reflexionar. Ante las preguntas de nuestros reporteros, declaró que no sabe todavía si continuará ejerciendo su profesión. De momento ha abandonado el país, una vez que las diligencias judiciales han concluido, y se ha dirigido a un lugar no determinado de Suiza, donde se tomará unas largas vacaciones.»


VB

El mapa



El mapa

Nino Velasco

Sumió en la inexistencia el lugar de la tierra que le había deparado la última mirada de su madre...



UIENES debido a circunstancias poco frecuentes se ven obligados a viajar en coche por carreteras de segundo o tercer orden, atravesando pequeñas poblaciones aisladas cuyo nombre incluso se ignora, no pueden imaginarse que en ellas, pese a su aparente desolación externa, pasan su adolescencia ciertos jóvenes cuya sensibilidad, decantada por la visión constante de un paisaje melancólico, es capaz de captar toda la fascinación del paso de las estaciones desde viejos patios de colegio, en alamedas declinantes, en los rincones más íntimos de las plazas nocturnas o durante anocheceres de invierno frente a un profesor adormilado en desvencijadas aulas donde se escucha el tic-tac de un reloj de pared. Estas impresiones, transformadas después en recuerdos remotos, determinan un especial tipo de temperamento nostálgico.

Yo he vivido en uno de estos lugares hasta que cumplí diecisiete años. Evoco, sobre todo, a mi madre. Más que discreta, me pareció siempre sumida en la melancolía del destierro. Era alta y frágil; trataba a la gente del pueblo con esa impecable educación distanciada de quien se sabe de otra casta,

y, pese a su encantadora corrección, una asepsia demasiado evidente en sus contactos con nuestros convecinos, delataban un origen lejano y superior.

Realizaba las tareas domésticas con vestidos de calle, deslizándose por los aposentos de la casa como una sombra impoluta que parecía inmune a las manchas, al sudor o al natural deterioro que el trabajo cotidiano en una vivienda grande hubiera producido normalmente en sus peinados, en la blancura intachable de sus blusas fruncidas o en la suavidad inolvidable de sus manos.

Hoy día no me importa afirmar que estaba enamorado de ella. Por la tarde, junto a la ventana de un cuarto trastero que ella había convertido en estudio, cuando el sol declinante doraba su peinado alto, me quedaba extasiado mirando su perfil sereno inclinado sobre el tablero donde dibujaba con esmero infinito, utilizando un lápiz duro, reducidos grupos de flores, dos o tres a lo sumo, que ella misma recogía en nuestras excursiones al campo.

Regularmente, el cartero le traía papel Canson enrollado, lápices Koh-i-noor de distintas durezas y gomas de borrar maravillosas que no era posible encontrar en las tiendas del pueblo. Todo ello sugería su paso por algún centro de enseñanzas artísticas en una ciudad grande y lejana.

Cuando mi padre tenía turno de noche, una vez que yo me había acostado, ella se quedaba hasta altas horas de la madrugada escuchando música en la radio. Me levantaba en muchas ocasiones para verla a través de la cerradura de mi cuarto: permanecía relajada en un sillón, con una bata malva de seda que delataba la fascinación de sus formas alargadas; mantenía la cabeza reclinada sobre el respaldo y los ojos cerrados. Con periodicidad regular encendía un cigarrillo rubio utilizando un pequeño encendedor dorado que siempre guardaba en su bolso. Cuando fumaba me sentía morir: envuelta en las madejas blanquecinas del humo, cálida y laxa, parecía rememorar

lugares e historias pasados, tiempos de perfumes y amor en los que yo quedaba del todo al margen.

Los días de fiesta y durante las vacaciones, la acompañaba en su trabajos de campo para la confección del mapa. De esto quiero hablar particularmente.

Nuestro pueblo estaba aislado en una comarca de llanuras, modestas cadenas bajas de montes pelados, charcas, reducidos bosques de pinos y estrechos arroyos que casi desaparecían en verano. Junto a uno de sus costados, aún pasa una carretera de tercer orden que comunica, sesenta kilómetros al Sur, con C..., la capital de la provincia. Pero para llegar a él desde el Norte y el Oeste sólo existían caminos vecinales de acémilas y carros, cuyas roderas profundas y sus irregularidades, hacían imposible el tránsito de automóviles. Desde hacía un par de años mi madre se había propuesto levantar el mapa de una zona que, tomando nuestro pueblo como punto de partida, abarcaba un semicírculo de unos siete kilómetros de radio hacia el NO.

Era el territorio más desolado de la comarca, formado por pequeños valles escondidos, cuyo silencio parecía detener el tiempo situándonos en un espacio que evocaba regiones deshabitadas y remotas. Estos pequeños valles, rodeados de montes bajos, estaban atravesados por estrechos cauces de aguas sucias escondidos más allá de espesos cañaverales y flanqueados por anchas franjas de tierras cenagosas. La niebla invernal aumentaba, si cabe, el silencio de aquellos parajes, y al otro lado de las charcas y las cañas se escuchaban esporádicos chapuzones en las aguas y el chillido intermitente de un pájaro pardo que no pudimos identificar.

Recorrimos poco a poco toda la zona, unas veces a pie, y, cuando las distancias lo exigieron, utilizando un precioso tílburi, tirado por un caballito negro, que nos dejaba el administrador de la finca donde mi padre prestaba sus servicios. Mi madre trabajaba sin aparatos, haciendo mediciones aproximadas a ojo o,

como máximo, empleando sus propios pasos como medida de longitud. Más que una carta topográfica precisa, ella realizó una especie de retrato artístico del territorio a lápiz duro. Tomaba apuntes en un cuadernito con tapas de hule, y después, por la noche, cuando mi padre estaba ausente, sobre una gran hoja de papel Geller iba añadiendo detalles a un trabajo que, como sus dibujos de flores, tenía la pulcritud de las labores artísticas o artesanales emprendidas por personas idealistas que son, a la vez, sumamente discretas y ordenadas.

Terminamos nuestras excursiones al campo cuando llegamos al extremo más occidental del territorio elegido por mi madre y ella tomó sus últimas anotaciones del lugar. A la derecha de un polvoriento bosque de pinos, el camino de tierra que conducía al pueblo de T..., seis kilómetros más abajo, se perdía tras la mancha violácea de un monte largo y bajo. Era el punto más alejado del pueblo al que yo había llegado.

—¿A dónde va este camino? —le pregunté a mi madre.

—Conduce a T... Está a unos seis kilómetros de aquí.

—¿Es un pueblo grande?

—No; hay unas pocas casas, pero es un sitio importante para nosotros porque por allí pasa el tren hacia la ciudad. Cuando regresábamos en el tílburi, mi madre me dijo:

—Esta noche terminaré el mapa a lápiz. Luego lo pasaré a tinta y le daré color. ¿Sabías que nuestro mapa es el único que existe en el mundo de esta región?

—¿Y qué harás con él?

—No sé. Tal vez le ponga un marco y lo cuelgue en el comedor.

En fin, como me había dicho, aquella noche terminó el trabajo. Estuve con ella hasta que trazó las últimas líneas, dos paralelas que describían una curva brusca tras un monte oval para perderse después en el blanco de la cartulina.

—¿Qué son esas dos líneas? —pregunté.

—Es el camino que conduce a T..., el pueblo del tren. Bueno, ¡se acabó! ¿Qué te parece?

El mapa terminado resplandecía bajo la luz de la lámpara de mesa. Mi madre se recostó en la silla y encendió un cigarrillo. El dibujo tenía para mí la magia de los trabajos minuciosos y largos que finalmente se rematan tras muchas jornadas de preocupaciones, y muestran, en una elaboración minuciosa y extremadamente pulcra, la habilidad, la constancia y la concentración propias de personas en las que siempre se puede confiar.

—¿Cuándo lo pasarás a tinta?

—Bueno, ahora lo dejaré unos días. La verdad es que ya estaba bastante cansada. Hemos trabajado un año antero.

Estaba próximo el invierno. Una violenta borrasca que duró dos semanas llenó de fango las calles del pueblo y, por la mañana, al levantarme para ir al colegio, parecía que aún no había amanecido a causa de un cielo oscuro cubierto por densas nubes plomizas. Las estancias estaban húmedas, y el piso de las tiendas y el zaguán de la escuela se veían manchados por el barro de los zapatos.

Fue durante aquella temporada de lluvias cuando ella hizo un viaje a la ciudad con mi padre. Los ligeros dolores en el vientre que había sentido casi desde que comenzamos los trabajos para el mapa, se hicieron más intensos y frecuentes, de modo que el médico del pueblo, un amigo de nuestra casa, le recomendó una visita a cierta prestigiosa policlínica de la capital. Yo pasé aquella semana en casa de mis abuelos paternos preso de una intensa melancolía.

Regresó muy pálida y, si se me permite decirlo, insuperablemente bella. La sedosa piel de su rostro lívido, cuando la luz del atardecer caldeaba el espacio angosto del comedor de invierno, tenía el hechizo malsano y fascinante que produce un morbo incurable en algunas mujeres hermosas.

Vino a casa una prima joven que se encargó desde

entonces de las faenas domésticas con desgana y mal humor. Una procesión de familiares comenzó a visitarnos, y por gestos significativos de mi padre y sus interlocutores, así como por el tono amortiguado de sus conversaciones relativas a algo muy grave que nunca se nombraba abiertamente, supe que mi madre estaba muy enferma.

Durante marzo y abril hizo otros dos viajes a la ciudad; en el último se demoró tres semanas y, a cada regreso, la esperanza de tenerla de nuevo a mi lado, se transformaba en seguida, apenas bajaba del tílburi, agotada, extremadamente delgada y ojerosa, en una lacerante decepción al comprobar su vertiginoso desmoronamiento.

Cuando comenzaba julio se anunció un nuevo viaje. La tarde anterior a la partida, me llamó al cuarto trastero donde había instalado su estudio. Sobre la mesa tenía extendido el mapa que, debido a los acontecimientos de los últimos meses, aún no había empezado a pasar a tinta. Estaba sentada en un sillón, delatando en su semblante ceniciento y en una voz débil y quebrada, ese agotamiento final y angustioso que poco a poco aniquila a los que padecen una lenta consumición.

—Bien, si tardo mucho en volver, ¿por qué no empiezas tú a pasar el mapa?

—¿Es que vas a tardar mucho?

—No lo sé; puede ser...

—¿Puede ser o estás segura?

Mi madre permaneció en silencio unos largos segundos; después me miró a los ojos acariciadoramente, con el gesto ambiguo y burlón de quien participa contigo de un secreto, y yo entendí que aquella mirada expresaba una pregunta amable y muy concreta: «Y bien, Enrique, ¿por qué me preguntas eso si tú ya lo sabes todo?». Luego me tomó una mano, mientras seguía mirándome, y su expresión adquirió la gravedad acogedora de la persona que te ama y se dispone a decirte algo solemne que debe recordarse:

—Mientras yo esté fuera, no te olvides ningún día de ser valeroso.

Tiró entonces suavemente de mi mano para acercarme a ella y me dio un beso en la mejilla manteniendo su rostro junto al mío durante unos instantes que fueron justamente eternos. Después se retiró casi bruscamente y me estuvo hablando en el tono habitual de todos los días sobre cosas cotidianas y detalles triviales.

Montado a la grupa de la yegua de mi tío, acompañé a mis padres, que viajaban en el tílburi, hasta el inicio del camino que conducía a T..., el pueblo por el que pasaba un tren hacia la capital. Cuando ellos doblaron el recodo del monte color malva, mi madre se volvió para mirarme por última vez: posiblemente intentaba sonreír, pero sólo recuerdo la terrible fijeza de sus ojos, transidos de pronto por el espanto.

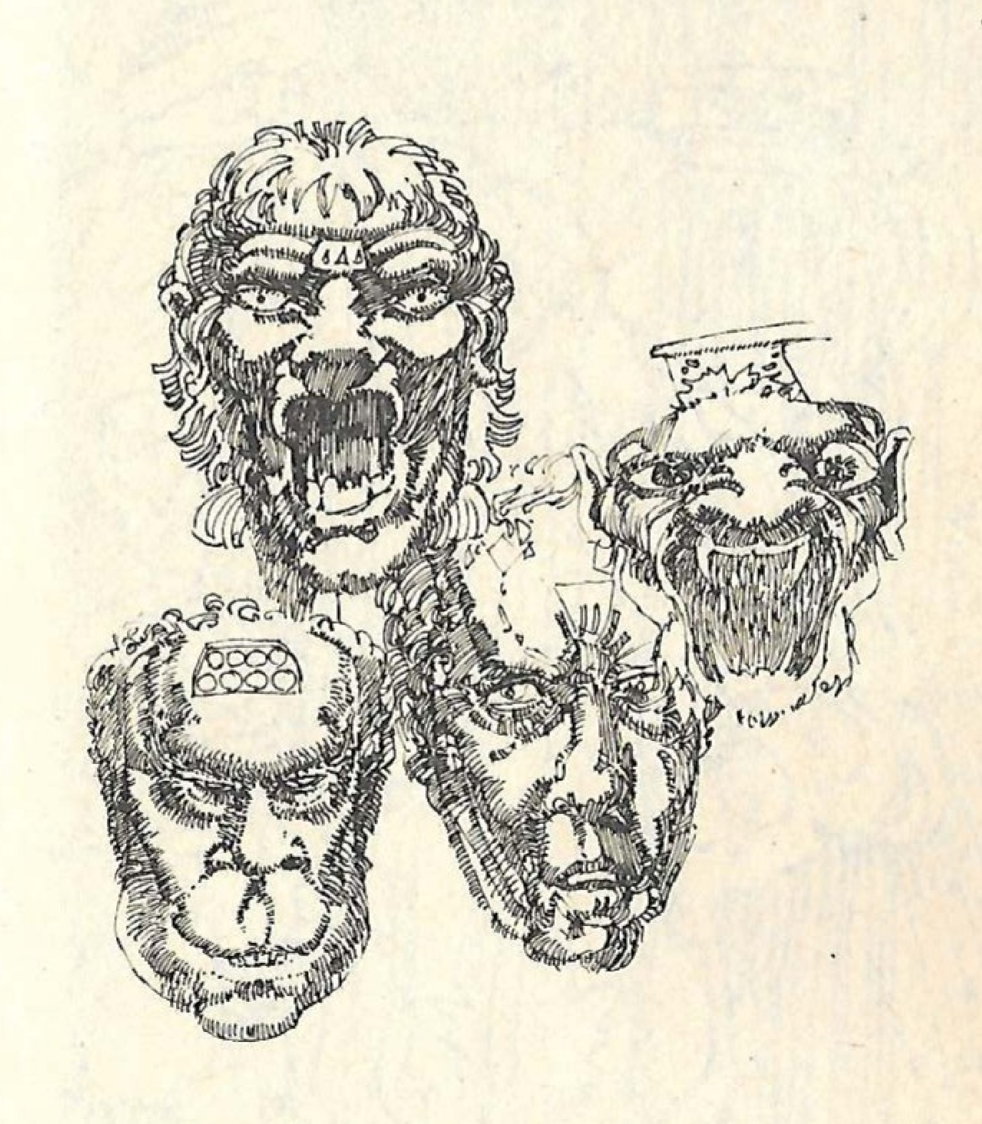
La tormenta nos sorprendió de regreso, violenta y hermosa, llenando de regueros los pequeños valles habitualmente secos.

Nadie me dijo nada hasta que ella estuvo depositada en el modesto panteón familiar, a pesar de que todo lo fui sabiendo conforme se producían los acontecimientos por diversos signos que resultaban obvios: los movimientos inhabituales de mis familiares; la especial deferencia cariñosa de mi abuela y mis tíos el día del óbito lejano, cuando sus palabras, además de significar cualquier cosa amable, incluían un condolido «pobre huérfano» o «sin madre y tan niño», aquellos días que se abatieron sobre el pueblo dotados de una infinita alevosía crepuscular, ese mórbido sopor de dorados atardeceres de muerte transcurridos en aposentos que poco a poco se oscurecen produciéndote tan solo evocaciones de acabamiento y ausencias.

Una de estas tardes pasé al cuarto trastero donde mi madre se sentaba a dibujar: sobre el tablero yacía aún el mapa tal como lo dejamos el día anterior a su partida. Permanecí ante él un buen rato, inmóvil, y después, accediendo a un impulso que podría adjeti-

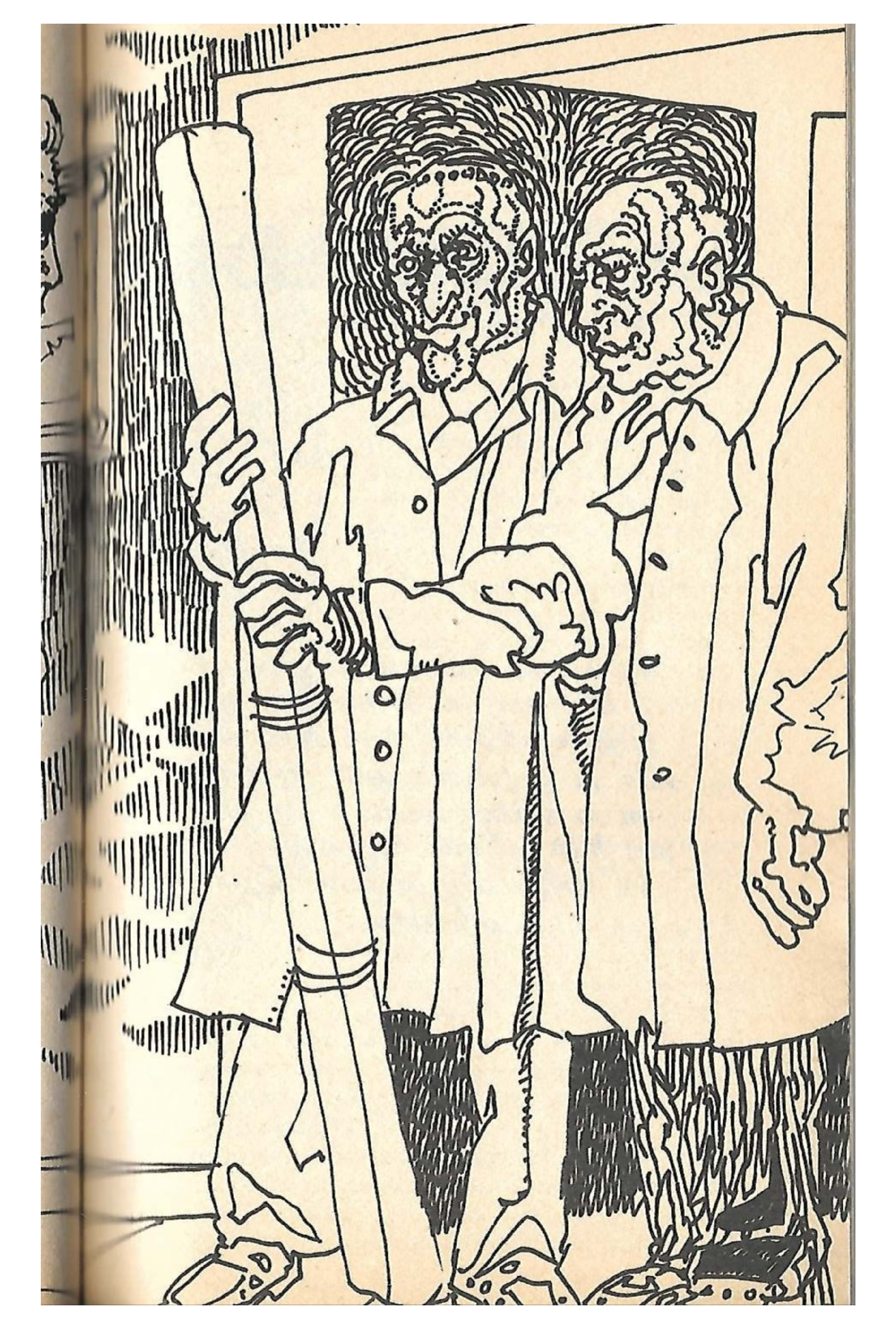
var de súbito y vengativo, tomé una de las gomas de borrar que ella utilizaba y eliminé fría y meticulosamente el sector más occidental del dibujo. Hice desaparecer, con cruel delectación, las líneas que configuraban el camino por el que ella desapareció para siempre, el monte violáceo y una zona de territorios limítrofes, sumiendo en la inexistencia el lugar de la tierra que me había deparado su última mirada angustiosa.

Desde entonces, el viajero inadvertido que traspasa el límite de un territorio extraño y equívoco situado hacia el NO. de C..., sufre una turbadora ofuscación que se resuelve en pérdida completa del sentido de la orientación y aniquilamiento de la memoria. Algunos de estos viajeros son hallados meses más tarde en parajes muy alejados del lugar con sus facultades cognoscitivas seriamente dañadas. Pero otros, desgraciadamente, desaparecen para siempre en unos ámbitos que, según los escasos supervivientes, están configurados por inexpresables laberintos de vacío.



La alfombra





La alfombra

Mathew Fitzgerald

Maldijo no haber sabido negarse a la oferta que le hicieron los viejos vendedores; pero ahora se veía ya confortablemente instalado en su sillón favorito y con los pies bien calientes reposando sobre los complicados arabescos de la alfombra.



A PARTÓ los sillones y relegó a un rincón la mesita que sólo servía para obstaculizar el paso. Separó ligeramente una de las sillas, y, contando las baldosas, calculó que ya había espacio más que suficiente.

Regresó de la cocina con unas grandes tijeras, y arrodillándose, procedió a cortar el cordel que la mantenía enrollada. Apenas lo había hecho cuando, de manera incontenible, la alfombra se extendió por la superficie que le había sido asignada. Unos cuantos tirones bastaron para que sus lados quedaran ajustados en perfecto paralelismo con la línea de las baldosas.

Fue recorriendo en cuclillas todo el perímetro, y alisó los cortos flecos con sus dedos; después se puso en pie y contempló el tapiz recién adquirido: su aspecto era tan flamante que pasaría muchos días antes de que se atreviera a pisar sobre lo que naturalmente, estaba destinado para ser hollado.

El reloj de pared señalaba las doce menos cuarto. Entornó cuidadosamente las contraventanas para que el sol no desluciera los vivos colores de los arabescos y complicados dibujos, y abandonó la casa.

Cuando regresó pasada la media noche, tras una dura jornada de trabajo, colgó mecánicamente las llaves en el clavo de la puerta y arrojó el abrigo sobre uno de los sillones, que ya no estaba en su lugar habitual. El gabán cayó sobre la alfombra, y él sonrió al advertir que durante todo el día no había vuelto a acordarse de su nueva adquisición.

Procurando no pisarla, recogió el abrigo, y rodeando el filo de la magnífica estera, se dirigió directamente al cuarto de baño donde procedió a darse una ducha. Mientras el agua tibia resbalaba por su cuerpo, se sintió satisfecho de la compra. No es que fuera una ganga, pero una alfombra de aquella calidad y dimensiones le hubiera costado bastante más en una tienda especializada o en unos grandes almacenes.

En general, desconfiaba de los vendedores a domicilio, especialmente si tenían aspecto agitanado o árabe, pero cuando al abrir la puerta se había encontrado con los dos ancianos, que portaban aquel rollo, se propuso escuchar su ofrecimiento con la mayor consideración y negarse después cortésmente a comprar nada.

Media hora más tarde se encontró con una alfombra que no necesitaba y se maldijo por no haber sabido resistirse a la sabia retórica de los dos ancianos norteafricanos. No obstante, en cuanto procedió a desenrollarla de nuevo, se consoló pensando que el precio había sido tan atractivo como el aspecto de la estera. Ya se veía confortablemente instalado en su sillón favorito, contemplando la televisión, y con los pies bien calientes reposando sobre los complicados y coloridos arabescos de la alfombra.

Sin entretenerse en tomar siquiera un vaso de leche, se puso el batín y, pasando al salón, encendió la televisión. Situó estratégicamente la butaca, pero a última hora le dio lástima colocar los pies encima de la alfombra; sus colores eran tan brillantes y su superficie tan mullida que le asaltó el temor de dejar huellas sobre los arabescos. Aplazando para el día si-

guiente la inauguración, situó un cojín bajo sus pies y se instaló confortablemente.

Unos minutos más tarde, advirtió que no era capaz de seguir el hilo del telefilm, a pesar de que tenía una calidad inusual en las películas de televisión. Una y otra vez, sus ojos, desviándose involuntariamente de la pantalla, se fijaban en la alfombra y comenzaban a seguir los complejos entrelazamientos de los arabescos. Al poco rato se sintió ligeramente mareado, y renunciando a la película, se acostó.

Lo primero que hizo por la mañana fue asomarse al comedor y contemplar la alfombra unos instantes. La luz del sol, que todavía no llegaba a tocar su superficie, iba aproximándose lentamente a ella reavivando colores y perfilando complicados dibujos. Un segundo antes de que el rectángulo luminoso que avanzaba imperceptiblemente la alcanzara, corrió las cortinas de manera tal que, sin privarse de la luz solar, ésta no incidiera directamente sobre la alfombra.

Procurando no pisarla todavía, fue y vino varias veces desde la cocina al dormitorio. Se vistió, preparó su desayuno, y, antes de abandonar el piso, dedicó unos minutos a la contemplación de su reciente compra. El intensísimo y complejo entrecruzarse de los lineamientos y dibujos hizo que se le fuera la cabeza. Verde esmeralda, amarillo topacio, marrones degradados, azules aguados, formaban una dispar y a la vez conjugada entonación.

Más tarde, en la oficina, recordó aquel amarillo tan vivaz de una de las figuras, y a continuación se le representó el verde, con tal intensidad, que, no pudiendo contenerse, se dirigió a los servicios, y encerrándose en uno de los excusados, vomitó.

* * *

—No me gusta —manifestó Maureen.

—¡¡No!! —gritó él. La muchacha se detuvo con un pie en el aire.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No es nada —repuso el más tranquilo—. Todavía no la he pisado. Es tan nueva... —añadió excusándose con una sonrisa.

Maureen anduvo unos pasos alrededor de la alfombra.

—¿No se puede pisar?

—Oh, vamos. Para eso la he comprado —aseguró él.

—¿Entonces?

—... pero me da pena.

Maureen volvió a pasearse cerca de los bordes.

—No me gusta —repitió—. Ni el dibujo ni los colores.

—¿No te parece bonita?

—No es eso... —explicó ella—. Los colores no tienen nada de particular, pero así agrupados...

—Agrupados, ¿cómo?

—Así... —manifestó ella indecisa.

—¿Y el diseño?

Maureen dio unos pasos pensativa mirando de vez en cuando el trazado de los dibujos. Luego torció el gesto.

—¿Dónde la has comprado?

—En... bueno, vinieron unos vendedores a domicilio, y era bastante barata —se excusó—. Parece de buena calidad.

Maureen tocó los flecos del borde.

—¿Qué te pasa? —preguntó al ver que se tambaleaba ligeramente.

—No es nada —respondió Maureen incorporándose—. Un ligero mareo, pero ya ha pasado.

—¿Quieres tomar algo?

Ella afirmó con la cabeza, y Dick salió de la habitación. Cuando regresó con una copa de coñac en la mano, Maureen ya se había marchado.

Sentándose en su sillón favorito, contempló la alfombra durante unos instantes. Después levantó la copa. «A tu salud» —dijo dirigiéndose a la alfombra, y apuró el licor de un trago.

* * *

Apenas se había despertado cuando se oyó el timbre. Somnoliento, se dirigió al vestíbulo. Al abrir la puerta se encontró con los dos ancianos que le habían vendido la alfombra. Los dos viejos se miraron confusos, y uno de ellos pareció esconder algo repentinamente.

—¿Qué quieren? —preguntó.

Uno de los ancianos dijo algo en una lengua que a Dick le pareció el árabe.

—No le entiendo.

—¿Querría comprar una alfombra? —preguntó el otro. Dick no vio que los ancianos portaran ningún tapiz.

—Ya me han vendido una —repuso.

—Le ruego que nos excuse entonces— contestó el viejo haciéndole una ligera reverencia. Y sonriendo al unísono, se alejaron por el pasillo camino del ascensor. En el último momento, y cuando ya se iba a cerrar la puerta, se volvieron, y repitiendo la inclinación, sonrieron de nuevo servilmente.

Al llegar a la oficina no vio a Maureen en su mesa, y al no aparecer en toda la jornada, pensó que se habría puesto enferma. A medida tarde sintió deseos de llamarla por teléfono, pero, considerando que la muchacha podía haber puesto aquella excusa para tomarse el día libre, prefirió hacerlo una vez en casa.

Marcó dos veces el número, pero Maureen no respondía. Se paseó por el comedor con el teléfono en la mano procurando no pisar la alfombra, y, finalmente, desistió de su empeño. Era de suponer que al día siguiente Maureen diera señales de vida.

Aquella noche se encontraba de especial mal humor. Algo, no sabía qué, le molestaba profundamente, y después de andar de acá para allá por la casa, pensó que era el hecho de tener que rodear la alfombra, cada vez que atravesaba el comedor, lo que le estaba poniendo nervioso.

Abandonó la cocina con la espumadera en la mano al oír que llamaban a la puerta. Su enfado había hecho que los huevos revueltos le resultaran especial-

mente mal y acababa de arrojarlos al cubo de la basura.

Al llegar al salón vio la alfombra extendida y ocupando la mayor parte de la habitación. Entre el borde y el mueble bar apenas si quedaba un estrecho pasillo, y furioso por los numerosos rodeos que la estera le obligaba a dar, lanzó la espumadera contra ella y, el cubierto, rebotando sobre la mullida superficie, fue a dar contra un gran cuadro situado en la pared opuesta haciendo añicos el cristal. Hecho un basilisco, pasó lanzando maldiciones por el estrecho espacio existente entre el mueble bar y la alfombra. Pero no la pisó.

—¿Dónde está Maureen? —preguntó la mujer entrando como una tromba.

—¿Qué te hace suponer que tu hermana se encuentra aquí? —repuso Dick dando un portazo. Ella le lanzó una mirada fulminante.

—¡Maureen! —gritó la mujer mientras recorría el pasillo.

—¿Con qué derecho... —comenzó a decir Dick.

—¿Dónde estaba la otra vez? —preguntó ella airada.

—No está aquí, te digo.

—Ahora lo veremos —repuso la mujer dirigiéndose resueltamente hacia el dormitorio.

—¡¡No!!

—¿Qué ocurre?

—No la pises —pidió Dick cuando ella ya casi lo había hecho. La mujer se detuvo en seco.

—No está aquí —añadió—. Me extrañó no verla en el trabajo y he estado llamando a vuestra casa. Puedes registrar toda la casa si quieres.

Ethel volvió sobre sus pasos.

—Conozco a los tipos como tú —dijo.

—¿De veras? —comentó Dick con cierta ironía en su voz. Ella le miró desafiante. Un momento después parecía abatida.

—Estoy preocupada —dijo—. Mi hermana es una

ingenua y confía en todo el mundo. ¿Es cierto que no ha estado aquí?

—Yo no he dicho eso.

—¿Entonces? —se revolvió Ethel.

—Ayer estuvo aquí cosa de media hora, no le gustó la alfombra y se marchó; aunque no creo que fuera ese el motivo.

—¿Cuál, entonces?

—No lo sé, Ethel —repuso—. Ya aparecerá.

¿Sería alérgico a la alfombra? Era absurdo pensar que unos dibujos o colores determinados pudieran ponerle enfermo. Si acaso, le resultarían antipáticos o incluso molestos: especialmente aquel verde. Pero nunca había oído decir que alguien fuera alérgico a una determinada tonalidad o a un diseño. Otra cosa podía ser el material con que la alfombra estuviera confeccionada. El caso es que, cada vez con más intensidad, se sentía invadido por un mal humor y una inexplicable desazón al estar próximo a la alfombra. ¿Y aquélla maldita manía de no pisarla?

Irritado consigo mismo, se descalzó, y tomando los zapatos en la mano se fue aproximando a la alfombra con la intención de dirigirse al dormitorio pisándola de una vez por todas; pero, por una manía semejante a la que a veces nos invade y que consiste en no querer pisar raya sobre un suelo embaldosinado, se detuvo frente a la flamante estera sin decidirse a hollarla. Los verdes, que ahora le parecían nauseabundos, los agobiantes rojos y los desmayados amarillos se amalgamaban en una mezcla repulsiva. La cinta sin fin, que se entrelazaba y volvía a entrelazarse retorciéndose atormentadamente para formar inverosímiles lazadas y complicados nudos, hacía que se le fuera la vista. Detenido al borde de la alfombra, experimentó una profunda náusea, y bordeándola cuidadosamente, abandonó el salón.

Un ojo. Un gigantesco ojo. Y flotando en una especie de humor acuoso se dejaba llevar a la deriva mientras apenas si conseguía apartar de su camino

aquellas cosas nauseabundas. Desde alguna parte se dejaba oír la voz de Maureen: «No me gusta, no me gusta». Un océano denso y gelatinoso en el que nadaban hacia un lugar determinado, o mejor, se dejaban arrastrar por la corriente. Una vía, por fin. Un camino abierto en medio de la pared que no era rocosa. Un gigantesco embudo por donde el humor acuoso se precipita en tromba mientras es golpeado por los múltiples objetos que no puede apartar y que navegan junto a él entrechocándose. «No me gusta, no me gusta». Se aferra con los dedos engarfiados a los bordes del orificio de salida y siente que es arrastrado sin compasión por la corriente. Su cabeza se golpea contra las estrechas paredes que cada vez están más próximas. Dentro de unos segundos se quedará atascado en el canal y la tremenda presión del humor acuoso ejercerá tal violencia sobre su cerebro que acabará por hundir la caja craneal. «No me gusta, Dick. No me gusta.» Los brazos pegados al cuerpo han quedado impedidos. Su propio cuerpo ciega el agujero y comienza a sentir en su cabeza la monstruosa presión del denso líquido. Va a estallarle la cabeza. ¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa?

—¿Qué le pasa?

La mujer le zarandeó varias veces sin dejar de gritar.

—¿Qué le pasa?

Abrió los ojos y los volvió a cerrar cegado por el violento resplandor.

—Eche las cortinas —pidió.

—¿Se encuentra mal?

—Eche las cortinas.

La asistenta se aproximó a la ventana y un segundo después la habitación quedó sumida en la penumbra.

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—Las doce menos cuarto. ¿Está enfermo?

—No, no —repuso—. Me he quedado dormido. ¿Las doce, ha dicho?

—Menos cuarto.

—¡Cielos! Llegaré tarde.

Sin ducharse siquiera, se vistió apresuradamente y abandonó el apartamento dejando en él a la mujer de la limpieza.

—¡No la pise! —gritó al salir.

La mujer recorrió todas las habitaciones a la búsqueda de botellas vacías, y al no encontrar ninguna pensó que se habría emborrachado fuera de casa.

En el comedor, hizo una mueca despectiva ante la alfombra y la bordeó sin pisarla. Extrajo el aspirador de su funda y se dispuso a iniciar su tarea.

Al bajar del coche y caminar hacia el portal se sintió observado. Se detuvo ante el escaparate de la librería, y reflejado en el cristal, vio un destartalado vehículo desde el interior del cual dos personas parecían sumamente interesadas en sus movimientos.

A fin de contemplarlos sin levantar sospechas, entró en la tienda y fingió hojear algunos libros. Los dos ancianos vendedores de alfombras estaban sentados en aquel coche, y no cesaban de mirar hacia la librería.

Salió resueltamente, y sin saber exactamente lo que iba a hacer, se aproximó al vehículo presa de una irritación que le congestionaba el rostro.

—¿Qué pretenden? ¿Por qué me vigilan? —gritó. Los dos ancianos se miraron sorprendidos sin decir palabra—. ¡Váyanse! —vociferó. Algunos transeuntes volvieron la cabeza—. ¡Y pueden llevarse su maldita alfombra! ¡Se la regalo!

Los dos viejos volvieron a mirarse, y el que estaba al volante, puso en marcha el vehículo que arrancó dificultosamente. Al cabo de dos minutos habían desaparecido de la calle.

—¡Imbéciles! —exclamó dando una patada al aire.

* * *

Al introducir la llave en la cerradura pensó que, dentro de algunos segundos, tendría la alfombra ante

su vista, y el simple hecho de imaginarse los complejos trazados y los nauseabundos verdes hizo que su mal humor se acrecentase. Una especie de terror irracional fue mezclándose a la ira conforme recorría el pasillo. En el umbral de la puerta del comedor se detuvo un instante, y mirando desde allí, la contempló con odio. Muy cerca de la alfombra se encontraba el aspirador. Aquella estúpida no sólo hacía su trabajo cada vez peor, sino que ahora olvidaba además guardar los utensilios que utilizaba.

Desde aquella distancia le pareció que el florón azulado del centro de la alfombra había desaparecido durante unos segundos, y ahora su color se había reavivado y sus pestañas aparecían más largas y sedosas.

Asombrado, advirtió que, visto al sesgo, contemplado con determinada oblicuidad, el adorno central tenía la forma de un gigantesco ojo de iris azulado. Y ahora le estaba mirando. Un segundo después se produjo una pequeña oscilación, y él no supo decir si aquel parpadeo procedía de sus propios ojos o de la alfombra.

Avanzó hipnotizado por la negrura de las pestañas, y conforme se iba acercando a la alfombra, pudo comprobar que las cosas volvían a adquirir su lógica conformación. Desde el borde, el adorno central era un dibujo abstracto. La pupila un conjunto de florecillas azuladas que en la distancia parecían unidas, y las pestañas líneas divergentes que iban difuminándose hasta perderse sus hilos en el envés de la estera.

Prometiéndose que aquella noche la pisaría finalmente, la rodeó con todo cuidado, y cuando abandonaba el comedor creyó escuchar un murmullo como si alguien hubiera pronunciado su nombre. Volviéndose con cierto recelo, contempló de nuevo el ojo de la alfombra, y sabiendo que tan sólo se trataba de una ilusión óptica, guiñó el suyo. La azulada pupila de la alfombra pareció agrandarse momentáneamente, y Dick, subyugado por aquella impresión, regresó hasta el borde. De nuevo la realidad se impuso, y cuando

salió del salón ni siquiera se molestó en volverse aunque alguien burbujeó su nombre.

* * *

Se despertó a media noche con la impresión de haber escuchado un ruido extraño. Encendiendo la lámpara de la mesilla, contempló un momento el dormitorio y volvió a apagar. Al cabo de un rato el ruido volvió a repetirse. Era como si algo se fuera arrastrando muy lentamente, igual que si un gigantesco animal reptara en algún lugar de la casa con su abdomen pegado al suelo del piso.

Introdujo los pies en las zapatillas y salió al comedor. Los colores de la alfombra se habían debilitado, o quizá era la luz artificial lo que producía aquella impresión.

Aproximándose al centro de la habitación, advirtió que el borde de la estera no estaba ya paralelo a la línea formada por las baldosas; y el pasillo entre la alfombra y el mueble bar, por el que se podía pasar sin pisarla, se había estrechado considerablemente, no obstante lo cual, el borde opuesto continuaba pegado a la pared.

Sin entrar en demasiadas consideraciones, a causa del estado de somnolencia en que se encontraba, tiró de la alfombra procurando acomodar sus lados a la recta de las baldosas. El brusco tirón, y lo inestable de su postura en cuclillas, hizo que perdiera el equilibrio, y a punto estuvo de caer sobre la alfombra, pero, efectuando una violenta contorsión, propició su caída hacia el lado contrario.

Se levantó lanzando una maldición, y seguro de que no podría volver a conciliar el sueño, tomó un somnífero. Pasó el resto de la noche en un letargo artificial, y ni siquiera se despertó cuando algo, un milpiés de algodón, diez mil flecos temblorosos, acariciaron sus piernas.

* * *

Pegado a la pared, y con grandes dificultades, consiguió pasar al otro lado de la alfombra. No recordaba sino que, durante la noche, se había levantado a tomar otro somnífero. Algo le decía que se había aproximado también a la alfombra, pero no recordaba haberla cambiado de sitio o modificado su orientación. A pesar de ello, el pasillo entre sus bordes y la pared se había hecho tan exiguo que apenas si una persona podía atravesar el comedor sin pisarla. Barruntaba también que, la noche anterior, le había parecido ver algo singular en el centro de aquel gran cuadrado: un ojo gigantesco. ¿O era una boca? De todas formas, la luz del día se había llevado aquella extraña impresión. Sobre la estera no existía ojo alguno que le mirara ciegamente ni boca que pronunciara su nombre en silente susurro.

Una última ojeada antes de partir le confirmó que lo de la pupila azulina sólo era fruto de su imaginación, de la inclinación y la distancia con que se observara la alfombra. Desde la puerta del pasillo se volvió bruscamente a fin de corroborar su razonamiento. Ningún ojo gigantesco parpadeó, pero, debido sin duda a las condiciones de luz de aquella mañana, una especie de dentada boca se abría en un gran bostezo en el medio de la alfombra.

Un deseo incontenible de hundir sus pies en la mullida superficie, cuyos colores aparecían un tanto debilitados, se fue apoderando de él. Se diría que algo le llamaba desde los intrincados trazados y complejos perfiles. Una muda llamada surgía desde las atormentadas cenefas. La superficie de la alfombra parecía ondularse igual que una laguna a impulso de las ráfagas de viento. Junto al borde del tapiz se sintió atraído por un abismo insondable. Su pie derecho vaciló y se elevó en el aire, pero cuando estaba a punto de plantarse sobre los arabescos, un supremo esfuerzo de voluntad lo inmovilizó.

Una vez en la calle, suspiró aliviado y pensó que se estaba volviendo loco. Miró en derredor escrutando

los rostros de todos los peatones, pero los viejos vendedores no estaban a la vista.

Maureen no había vuelto a aparecer por el trabajo, y su hermana había telefoneado varias veces preguntando por ella. Dick se sintió ligeramente responsable porque, al parecer, él había sido la última persona que la había visto, y además en su propia casa, pero rápidamente consiguió aliviarse de semejante responsabilidad. Al fin y al cabo terminaría por aparecer después de una juerga de dos días. Maureen era una muchacha simpática y siempre dispuesta a la diversión, aunque parecía experimentar una inclinación sentimental por él, a la cual Dick estaba lejos de corresponder. Su lema, desde que se había divorciado era: sentimientos, no.

Su irritación aumentó al comprobar que la asistenta no había acudido aquel día a efectuar la limpieza y ni siquiera se había tomado la molestia, como otras veces, de excusarse llamándole por teléfono a la oficina.

Como un equilibrista en la cuerda floja o un suicida que camina por una cornisa, Dick bordeó la alfombra atravesando el estrecho pasillo y se juró que el día siguiente la vendería, o en último extremo la arrojaría a la basura. No solamente se había dado de sí, a pasar de no haber sido ni siquiera estrenada, sino que la primitiva viveza de su colorido estaba como marchita y ajada. Los nauseabundos verdes no lo eran menos, aun cuando estuvieran rebajados de tono, y los melancólicos amarillos tenían el mismo aspecto que el rostro de alguien demacrado por el hambre.

Sentado muy lejos de la alfombra, intentó analizar aquel extraño sentimiento que le había llevado a no pisarla en absoluto, pero no halló razón alguna para lo que podía ser calificado de manía infantil. Tan sólo, en un atisbo de intuición, llegó a considerar que debía seguir manteniendo aquella postura hasta que la alfombra desapareciese de la casa. Extendida allí, en medio del salón, figuraba una puerta inscrita en el suelo de baldosas, un nauseabundo charco de aguas

corrompidas, un laberinto de diabólicos dibujos: algo insaciable y cruel.

Habiéndose administrado una dosis doble de narcóticos, se sumergió en el lecho, y apenas se cerraron sus ojos merced a los efectos del sonmífero, algo ocurrió en el comedor. Un estremecimiento recorrió los límites de la alfombra, que poco a poco comenzaron a ondularse. Los cortos flecos que la bordeaban, semejantes a miles de seudópodos, se agitaron nerviosamente, lo mismo que los dedos de un pianista antes de cernerse sobre el teclado. La superficie palpitó rítmicamente, y los complicados dibujos perdieron la rigidez contrayéndose y expandiéndose a impulsos de episódicos espasmos.

Con la lentitud y la seguridad de un organismo viviente, la superficie de la alfombra comenzó a agrandarse. Sus dibujos, a la manera de células animales, se reproducían lenta pero inexorablemente. Los arabescos se retorcían con dolores de parto, y a los pocos instantes se desplegaban originando un hermano gemelo. Poco a poco, las baldosas fueron quedando ocultas bajo el palpitante tejido, y la alfombra se fue expandiendo en busca de lo que necesitaba y se le había negado.

Antes de una hora todo el comedor había quedado inundado por la estera, el centro de la cual, núcleo viviente, fue desplazándose hacia el extremo que avanzaba con mayor rapidez, y fue adoptando diferentes configuraciones hasta asemejarse a un ondulante ojo o a una boca de perfil cambiante.

La palpitante superficie inundaba los suelos y se extendía hasta tocar las paredes. Dick se removió inquieto cuando aquella increíble marea llegó a las puertas de su dormitorio, pero continuó sumido en el sopor artificial de la drooa. El azulino iris escrutaba cada rincón del piso, y cuando se fijó en la figura de Dick, sufrió una repentina metamorfosis y se convirtió en una gran boca abierta y anhelante cuyos bordes se agitaban lentamente.

Una vibración eléctrica recorrió la creciente super-

ficie, y Dick, aletargado todavía por el soporífero, se despertó sabiendo que su vida peligraba.

Desde el lecho pudo contemplar aquella inexplicable invasión que inundaba su dormitorio, y su atención quedó fijada en el núcleo, en la boca-ojo, que se abría y se cerraba con ansiedad.

Poniéndose de pie sobre la cama, retrocedió espantado hacia la ventana. Los flecos de la alfombra comenzaban a lamer los bajos del lecho. La ventana daba a un patio interior, pero su altura era tan considerable y la ausencia de apoyaturas tan completa, que quedó inmediatamente descartada como vía de huida. La única posibilidad era correr vertiginosamente sobre la alfombra hasta alcanzar la puerta de la calle.

Los dibujos ondulaban subdividiéndose por carioquinesis, y los flecos, como miles de patitas, se agitaban anhelantes trepando ya por las patas de la cama.

Haciendo acopio de valor, Dick dio un gran salto y se precipitó sobre la alfombra. En aquel mismo instante notó que se hundía sin remedio. La boca-ojo se hizó aún más grande, y el cuerpo de Dick se sumergió inexorablemente en un medio viscoso. Unos afilados dientes se cerraron sobre su cabeza, y una membrana irisada le aisló del mundo real.

Sumergido en aquel nauseabundo líquido, se sintió arrastrado por una gran corriente. Fragmentos de huesos y restos de tejidos chocaban contra él que agitaba los brazos en un inútil intento por evitar su impacto. Finalmente, se vio sumido en un estrecho canal cuyas paredes iban aproximándose a medida que el cuerpo del desdichado iba descendiendo a velocidad creciente.

Dentro de la ansiedad, y un segundo antes de que ocurriera, se apercibió de que iba a quedar atrapado entre las paredes de aquel larguísimo intestino. Y, en aquel momento, dejó de deslizarse y se sintió prisionero. La presión de la corriente sobre su caja craneal se hizo insoportable, y, finalmente, su cabeza explotó en mil pedazos y su cuerpo, deshecho, se esparció por el túnel. Al cabo de poco tiempo, tan sólo flota-

ban en aquel magma viscoso los restos indigeribles del infeliz comprador de alfombras.

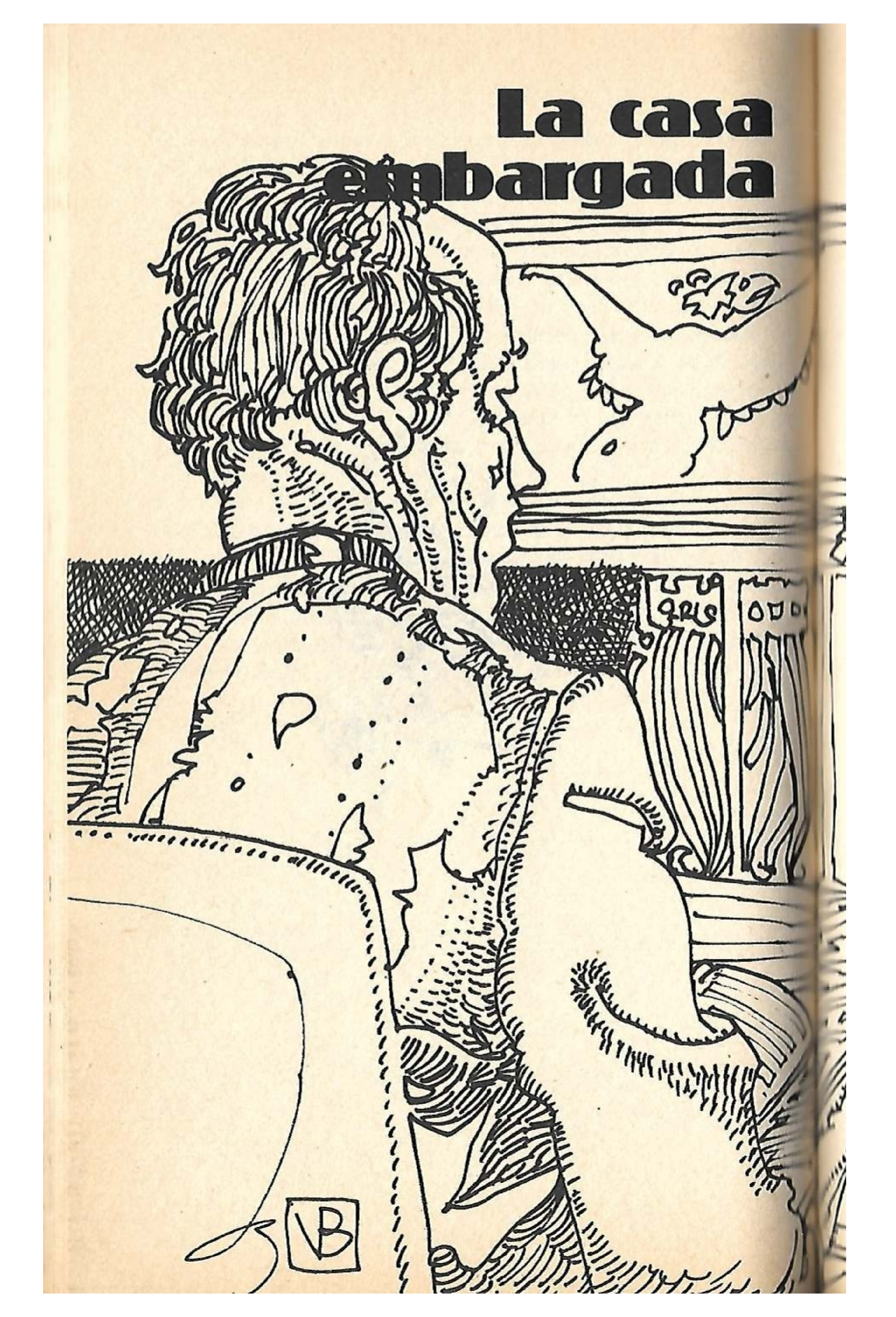
Antes de que la noche finalizará, alguien introdujo una llave en la cerradura, y, con todo sigilo, dos viejos con aspecto de mercaderes norteafricanos entraron en el piso. La alfombra, reducida a sus primitivas proporciones, reposaba en el centro del salón lo mismo que podría hacerlo un animal que ha ingerido su presa. Sus colores se habían reavivado, y se diría (si fuera posible semejante comparación), que respiraba un aire de felicidad saciada, una tranquilidad inerte que en nada hacía sospechar lo que había ocurrido pocas horas atrás.

Los dos ancianos, tras inspeccionar detenidamente el piso, enrollaron la alfombra, y después de atarla con un cordel por sus extremos, salieron al pasillo.

Aquella misma mañana, una ilusionada ama de casa mostraba a su esposo su última y flamante adquisición: una magnífica alfombra de vivos colores y que había situado en el centro del salón.



La casa embargada





La casa embargada

Alfonso Alvarez Villar

Apenas cinco días antes de su muerte, lúcido, impaciente, con la tez amarillenta y el cuerpo cansado, el autor de este relato hizo su entrada en el despacho del editor y dejó sus folios sobre la mesa con una nota que decía: «A mi amigo, a mi editor, José Antonio Valverde, a quien tanto debo...»
Y nada debía: todo se lo había ganado.



L abogado introdujo la llave en la cerradura, en donde el óxido empezaba a tejer una extraña red de arácnido de color de bilis.

El pestillo se corrió con un alarido que puso en guardia a dos tardías abejas que libaban distraídas las últimas flores del otoño.

Examinó, una vez más, con frialdad de economista, los bojs y los plátanos que habían madurado a lo largo de seis primaveras y veranos.

La viuda de González había respetado puntualmente, los requisitos de la ley. Hasta unas podaderas herrumbrosas yacían sobre un tiesto de caléndulas como si ella hubiese estado ayer mismo.

Rodríguez giró sobre sí mismo, abrió de par en par la puerta del jardín y dio unas palmadas. Inmediatamente sonó un claxon y se oyó rugir el motor de un coche que entró piafante por el portillo dejando una estela de humo.

Descendió una mujer rubia, estrecha de caderas, embutida en un elegante traje sport de lana. Del asiento de atrás, saltaron y dieron un fuerte portazo dos chiquillos; uno rubio con la misma tez y el talle

cenceño de la madre y el otro moreno y de perfiles de cuarzo como el padre, el abogado Rodríguez.

—¡Mirad, hijos, todo esto es para jugar vosotros! —exclamó la Sra. Rodríguez extendiendo los brazos como queriendo tocar los bordes del jardín.

Entraron en el chalet de dos plantas.

Una dura y densa capa de polvo cubría los plafones y los suelos. En un rincón, guiñaba un gran espejo: justo en el arranque de la escalera que conducía a las habitaciones de arriba.

—Debió ser una sucia, la esposa del propietario anterior.

—No, mujer. Piensa que se marchó hace ya seis meses y que aquí el viento trae mucho polvo.

Sobre una tarima, yacía un folletito redactado en un idioma que la Sra. de Rodríguez no entendió. En la portada se leía *«Odas selectas de Horacio»*. Había como pequeños poros en el polvo de la tarima. Eran como lágrimas recientes, pero Rodríguez achacó el fenómeno a las diminutas pisadas de un insecto.

Un rayo de sol aterrizó en el primer rellano de la escalera y toda la planta baja quedó hechizada como suspendida en un plano irreal.

—Subamos a la planta de arriba.

Los niños habían encontrado en el garaje un osito de trapo húmedo y pringoso y lo exhibían radiantes a su madre.

—¿Este era el dormitorio principal? En donde él... —se detuvo la señora Rodríguez.

—Sí, dílo sin reparos: en donde él murió.

—La gente dice que el embargo aceleró su muerte.

—Se dijeron muchas tonterías; él ya estaba enfermo cuando le reclamamos las últimas letras, las que nos habían protestado. Había que cobrar ¡Faltaba más!.

—Si, Duarte Inmobiliaria sacó a subasta el chalet y tú hiciste de testaferro de la Empresa. Luego, por un poco más, la Empresa te lo vendió a tí.

—¿Qué más daba un comprador, que otro? Embargamos tres meses después de haber puesto la de-

manda y aún sobraron unas pesetas para pagarle a la viuda de González, el cual se había muerto, mientras tanto. La ley es la ley.

Miraron las paredes desnudas, las manchas negras donde antes habían estado colgados cuadros o sabe Dios qué. Unos tiestos, vacíos o rellenos sólo de tierra, añoraban el rumor de los insectos en torno a las filodendras y ficus allá en los mediodías estivales cuando las nieves de los roquedales de enfrente se diluían en un lago azul.

—Naturalmente, haremos reformas en esta segunda planta, pero no porque tenga remordimientos de conciencia, sino porque sí.

La Sra. De Rodríguez, ahorrativa, cerró un grifo del lavabo que lanzaba un monótono *tap-tap* sobre la blanca porcelana.

El resto de la planta lo componía lo que, sin duda alguna, había sido el dormitorio de la única hija del matrimonio. Sobre un armario extendía sus haldas una muñeca de plástico bastante lisiada, pero cuyos ojos azules aún se abrían y se cerraban al cambiarla de posición.

Una fotografía, tirada en el suelo, mostraba una niña de unos cinco años, de pelo rubio, montada en un caballo de ruedas, con un telón de montañas nevadas.

—Aquí, haremos el dormitorio de nuestros hijos.

—O lo instalaremos en la habitación del fondo.

La habitación a la que se refería la señora de Rodríguez era muy amplia. Conservaba aún la estantería de roble en donde se había acumulado parte de la Biblioteca del catedrático de universidad, González.

—Es lo único que defendió la viuda. Pero, por desgracia, el juez sentenció que la biblioteca era un instrumento de trabajo. Podríamos haberla subastado a peso, pero ahora se halla depositada, en plan de legado, en la Facultad en donde ejercía González.

Encima de una de las estanterías lucía con una negrura siniestra una máquina de escribir manual. Parecía una ruina. Pero las teclas estaban limpias.

—La guardaremos, por si el día de mañana, los chicos quieren practicar.

Una mesa camilla, y un flexo, disimulaban la desnudez de la habitación. En una de las paredes abría su boca un hogar cubierto de cenizas.

—No, decididamente éste va a ser mi «despacho de la Sierra».

* * *

El editor abrió sus grandes ojos azules, sobre el voluminoso paquete que le acababa de entregar María Josefa, la viuda de Luis González.

Desde el largo ventanal de su despacho vio alejarse presurosa la que fue mujer de su amigo.

Su mirada bondadosa recorrió las líneas del original.

Antes de morir, González había enviado a un catedrático de Bogotá con el ánimo de que revisara los últimos volúmenes de la Enciclopedia. Nunca le había dicho nada del asunto del embargo y el editor lo lamentaba porque le hubiera podido adelantar la suma convenida por la colaboración de González.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Este hombre escribía cada vez mejor!

Era como si González presintiese, su muerte y se preparara a entonar el canto del cisne.

El editor era un hombre que se sentía por encima de las flaquezas del corazón, pero no pudo evitar que una lágrima suya emborronara una de las mayúsculas del título del volumen.

* * *

El matrimonio Rodríguez inauguró el chalet «la Alegría» (este era el nuevo nombre que se le había asignado tras haber desechado el antiguo de «María Josefa»). Hubo jolgorio hasta altas horas de la madrugada. Los coches frenaban sobre la gravilla del jardín con un chirrido de neumáticos. La gasolina no lograba matar un suave olor a violetas.

Las paredes olían a pintura, el barniz brillaba sobre

el suelo de madera de pino reflejando los grandes lengüetazos rojos de la chimenea. Un olor a ésteres y alcoholes de la madera, hacía, a veces, empañar los ojos de los invitados. Pero se achacaba al humo del tabaco y, luego, a las fantasmales llamas de la *queimada*.

El último invitado arrancó, deseando mil parabienes a los Rodríguez. Y estos decidieron pasar la noche en el chalet, estrenando el gran colchón de agua, producto barato de otro embargo en el que él también había intervenido.

Rodríguez se sentía radiante por ser el jefe de los sabuesos legales de una gran empresa, Duarte Inmobiliaria, S. A. ¡Benditos sean los estudios universitarios que le habían capacitado para llegar a donde él había llegado! Letrado de letras protestadas, dejaba para otro tipo de compañeros menos realistas la defensa del obrero injustamente despedido, del caco que no lo era, de los esposos en litigio, es decir, todo aquello que exigiera estrujarse el magín y abrir los oídos.

Se tendió sobre la cama. La habitación le daba vueltas. Había bebido algo más de la cuenta.

Por eso creyó que era fruto de su achispamiento un tecleteo de máquina que resonaba en el ex-despacho del profesor González.

Se durmió.

Despertó cuando los primeros pájaros de la primavera piaban en los nidos de antaño. Había sobre todo una alondra que no cesaba de cantar.

Se acercó al «despacho» y tuvo un estremecimiento: allí, sobre la nueva mesa de caoba que Rodríguez acababa de comprar, se recortaba sobre la mañana luminosa, la vieja máquina de escribir de González.

Miró la papelera. Nada de importancia. Sólo unos folios arrugados y unas frases ininteligibles.

—Alguno de mis amigos, que se ha entretenido jugando a mecanógrafa —opinó Rodríguez, y volvió a colocar el armatoste en un armario-archivador.

La esposa le estaba esperando en el cuarto de baño. Su cabello trigueño estaba repleto de rulos anaranjados y verdes.

—¿Sabes que he soñado esta noche que alguien estaba escribiendo a máquina aquí al lado?

—¡No me digas que también tú lo has oído! —exclamó algo tembloroso González.

—Quizá un vecino que trabaja durante toda la noche.

Pero el vecino más próximo distaba doscientos metros por delante de la casa:

—Bien, con fantasmas o no, yo me pienso quedar aquí toda la Semana Santa. Además, mañana vienen los niños —remató él.

* * *

El editor terminó de leer el último tomo de la enciclopedia. ¡Realmente, el canto del cisne!

Y como no quería emborronar más letras, se rascó su barba rubia y tomó el talonario de cheques, extendiendo uno, por una fuerte suma, a nombre de la viuda de González, y llamó al Gerente.

* * *

Aquella noche no volvieron a oírse las pulsaciones de la máquina de escribir. Pero a eso de las dos de la madrugada, los dos hijos de Rodríguez entraron precipitadamente en la habitación de sus padres temblando y lloriqueando.

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Hay alguien que suspira y llora en la planta de abajo!

Hacía viento; la puerta del jardincillo se había abierto y giraba sobre sus goznes, graznando como un cuervo. Pero aguzaron el oído.

Sí, alguien gemía y su llanto era como una prolongación del viento que soplaba desde la Sierra aún nevada.

Los Rodríguez encendieron todas las luces del chalet y bajaron despacio por la escalera. Al pasar al lado

de la chimenea él descolgó un rifle de gran calibre y lo cargó.

El llanto procedía del jardín o del porche. Antes de salir, vieron que el viento hacía entrar con dedos invisibles, una fotografía; la fotografía que ellos conocían de otra ocasión: la de una niña rubia, galopando exultante sobre un caballo de ruedas.

Rodríguez, con un gesto colérico, la hizo trizas y la arrojó a las brasas del hogar. Y como si el fuego medio extinto hubiese sido rociado con una botella de gasolina, se reanimó instantáneamente y empezó a rugir airado.

—Quédate dentro, yo saldré. Sube a la alcoba de los niños.

Abrió la puerta. La luna sacudía su camisón de nubes. Estas corrían como galgos hacia la meta del Oriente.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Allá en la esquina hay un hombre! —oyó que le gritaban desde una de las ventanas de la segunda planta.

Sí, en efecto: allá en el rincón más distante del jardín, se veía un perfil oscuro, el de un ser humano, sentado en el banco de granito bajo una frondosa higuera.

La claridad de la luna no era la suficiente para distinguir todos los detalles, pero sí bastaba para destacar, sobre un fondo azul dorado, las manos de un hombre sobre su rostro agachado.

Rodríguez sintió que el terror le crispaba los dedos de las manos. Antes de quedar paralizado del todo, levantó el rifle, apuntó con la mira telescópica en donde sólo se divisaba una mancha negruzca y disparó.

El silbido del proyectil y el llanto de la figura recortada en negro se disiparon trasportados por uno de los rugidos de la ventisca. Eran como dos notas altísimas de flautín que terminan un concierto de Vivaldi.

Cuando Rodríguez volvió a encararse directamente contra su blanco, vio que había desaparecido. Pero la

mesa situada enfrente del banco, y en donde la aparición había apoyado sus codos, estaba húmeda. Y esa humedad sabía a sal, una sal que rayó como un trago de ácido sulfúrico el esófago de Rodríguez.

* * *

La noche siguiente no ocurrió nada. Y el Miércoles y Jueves Santo pasaron sin novedad.

—Seguramente, era un loco. Ya nos enteraremos en el momento oportuno.

—O alguien de la vecindad, muy vinculado a los González, que nos quiere fastidiar —replicó la Señora de Rodríguez.

El Viernes Santo fue un día de intensa actividad social. Había que conocer a las «fuerzas vivas» y propietarios de Matasverdes.

Como eran católicos practicantes renunciaron el apetitoso cordero del lugar y encargaron una suculenta merluza en la pescadería del pueblo.

Mientras, una televisión que poco encendían enviaba imágenes de las procesiones de Semana Santa. Los jípios se mezclaban con las transmisiones de música clásica, los encapuchados sustituían a los músicos atentos a sus violines o clarinetes.

Por la noche, los dos hogares de la casa ardían encolerizados. Los productos volátiles de la madera y el craso vino de la región habían entontecido al abogado. Dejó sobre la mesa del salón un grueso legajo que había estado estudiando y, torpemente y con bostezos, se dirigió a la alcoba conyugal.

Se escuchaba la respiración acompasada de la Sra. de Rodríguez y la de sus hijos.

Creyó ver un rayo de luz que salía por debajo del despacho. Alguien de la familia —quizá él mismo— había dejado encendida la lámpara.

Abrió la puerta y se quedó congelado por el miedo.

Aunque lo que veía no era para congelar a nadie: un hombre leía con fruición las «Odas Selectas de Horacio», a la luz del flexo y sentado frente a la suntuosa mesa de Rodríguez. Lo malo es que aquel

hombre era González. Un González, sin el tinte amarillento de la época del embargo, sino en plena lozanía. Parecía estar preparando una lección para sus alumnos de Universidad como en sus mejores tiempos.

González levantó la cabeza de la lectura de los poemas latinos.

—Acérquese, abogado, por favor. Tengo que resolver un asunto urgente con usted.

La voz de González era como un susurro de la noche, pero llegaba clara al cerebro de Rodríguez.

—No tengo nada que resolver con usted. Está usted muerto.

—No lo crea. Vivo ahora en un mundo en donde todo es belleza e inmortalidad como estas viejas Odas de Horacio.

Una fuerza invencible arrastraba a Rodríguez hacia la mesa.

La luz de la lámpara hacía resplandecer, en la mano de González un talón bancario, el de su editor.

—Voy a pagarle las últimas letras de este chalet, que, a causa de mi enfermedad, no pude abonarles. ¿Las tiene usted?

Rodríguez sentía ahora en su mano derecha el talón que quemaba como un leño incandescente.

Pero González no era ya el plácido profesor de Universidad que minutos antes paladeaba las metáforas del poeta romano. Sus ojos brillaban ahora como brasas, sus manos se clavaban como garras en los brazos de Rodríguez, mientras su cuerpo crecía, crecía, hasta derribar el techo y hacer explotar las paredes de la casa.

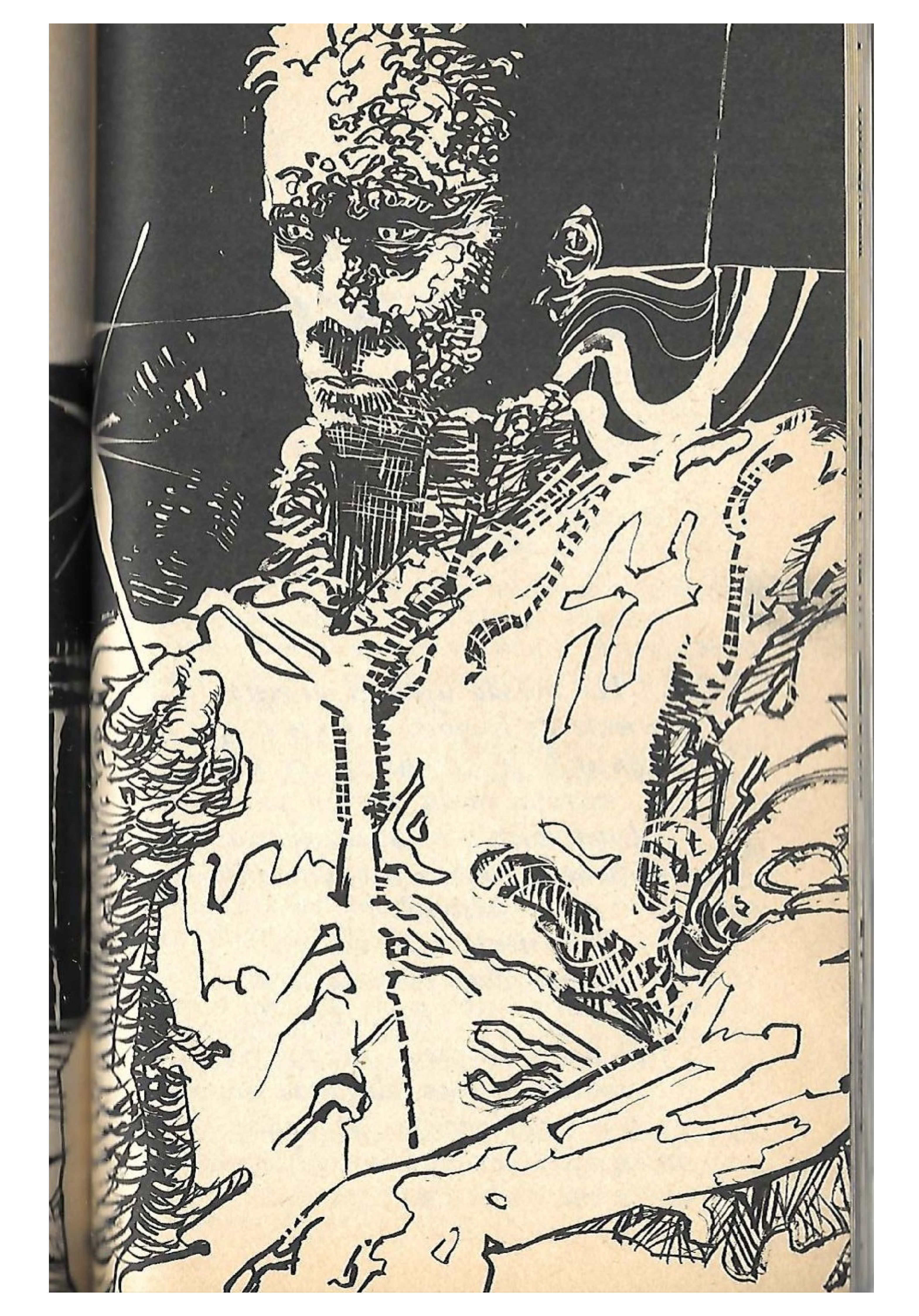
—¿No tiene usted las letras? ¡Entonces, el alma de usted y la de todos los malditos que pecaron contra Dios, amparándose en la ley de los hombres, están embargadas para toda la Eternidad!

* * *

Al día siguiente, aún humeaban los restos del chalet «La Alegría». El fuego había vuelto a calcar el nombre de «María Josefa».

Un buen día para hacerlo





Un buen día para hacerlo

J. Leyva

¿Ha notado usted el número creciente de hombres y mujeres que siguiendo lo que parece ser una extraña moda apoyan su desvalimiento o su esquelética torpeza en un intranquilizante bastón?...

¿No siente a la vez una estremecedora curiosidad al observar que, día a día, los parques y plazuelas de nuestras ciudades se van plagando de niños quebradizos, de andar intrigante, que necesitan el socorro de la más sofisticada ortopedia?...



1. Hoy es 1 de enero.

2. Hoy —como ayer— es un buen día para hacerlo.

3. Abro el ventano de la buhardilla. Oteo los tejados con mi catalejo. Ya *la* veo. Aspira, complacida, el aire de la mañana.

4. Es una anciana. Tomo el rifle. Regulo la mira telescópica. Aseguro la jeringuilla. Disparo.

5. Observo la trayectoria y el impacto de la aguja gracias al catalejo —excelente adquisición, por cierto—. *Ella* se lleva las manos a la garganta. Se retuerce. No tarda en vomitar espuma. Una, dos, tres convulsiones. Ya es mía.

6. Salto al tejado. Hace frío. Llevo el estuche, con el juego de bisturíes. Y la serreta —por si fuera necesario.

7. *Ella* me aguarda en la terraza. Apenas jadea. El vómito encharca el suelo. Me mira con un ojo semiabierto. Acaricio levemente con el dorso del guante sus pobres cabellos.

8. Me pongo a trabajar. Subo las faldas de la vieja hasta la mitad de sus muslos. Corto de sendos tajos las gomas que lleva a modo de ligas. Le bajo las medias lo conveniente. Palpo la piel de las rodillas. Debo utilizar el bisturí número cuatro.

9. Corto los engarabitados cartílagos de ambas rodillas. Con el número dos hago un círculo completo. Cierta dureza —como de una callosidad enquistada— me obliga a usar la serreta.

10. Ya tengo en mi poder la rótula izquierda. Trabajo ahora en la otra pierna.

11. Todo listo. Arreglo el atuendo de la anciana. El efecto de la inyección está a punto de desvanecerse. Acaricio los cabellos de la vieja levemente. Compruebo el ritmo de su pulso. Parece que duerme.

12. Para no confundirlas, pongo cada rótula en un bolsillo diferente, dentro de una bolsita de plástico impregnada en formol. Regreso por el mismo camino.

13. Luego de limpiar, pesar y medir concienzudamente, pongo las rótulas de la anciana en la nevera.

14. Hoy es 1 de enero.

15. Hoy —como ayer— es un buen día, por cierto.

16. Comienza un nuevo año. La gente se muestra confiada.

17. Me acomodo frente a la puerta —entrecerrada. Acciono el mecanismo y la hamaca se mece suavemente. Me relajo.

18. No tardará en presentarse algún curioso —pienso. Para entretenerme, hago cábalas. Un ruido imperceptible me alerta.

19. La puerta se abre como empujada por un soplo de viento. Miro.

20. Hay un bulto en el suelo. Un niño —puede que no haya cumplido el año— gatea hasta mis zapatos.

21. Observo con asco el reguero de baba que ha dejado en el vestíbulo. Debo borrar toda huella.

22. Tomo al niño en los brazos. Aunque no me comprende, le doy la bienvenida. *El* me corresponde con un beso —lo que indica que está habituado a un trato afectuoso.

23. Palpo, trémulo, sus tiernas rodillas. El cartílago de sus rótulas apenas se ha formado. Un trabajo fácil —me digo.

24. Prendido de un imperdible cuelga un cordoncillo azul, a cuyo extremo está atado el chupete. Mojo, pues, el chupete en el anestésico y se lo introduzco en la boca.

25. Algún día lo haré en vivo —pienso—, es decir, prescindiendo de sedantes. Las palabras «en vivo» bailan en mi mente.

26. Procedo a extirpar las rótulas de tan imprevisible visitante.

27. Son dos botones nacarados, tibios, blandos y extraordinariamente resbaladizos. Un leve quejido del niño me obliga a posponer mis observaciones.

28. Visto con sumo cuidado al pequeño. La piel de sus rodillas casi ha recobrado la tersura normal al concluir. A simple vista, nada parece haberle ocurrido.

29. Anoto este interesante dato, mientras el niño gatea de nuevo —como si estuviera ebrio— por el pasillo, en dirección a la puerta.

30. Las jubilosas exclamaciones de alguien en el portal de la casa, indican que todo está bien en el mundo.

31. Pero se trata de que esté aún mejor, ¿no es cierto?

32. Hoy, sin ir más lejos, es un día mejor.

33. Hoy es 1 de enero.

34. Hoy —como ayer— es un día importante.

35. Así lo ha comprendido sin duda el cartero, el buen Pedro. Pese a ser festivo, no ha querido dejar para mañana la entrega de una carta —simple propaganda de un nuevo establecimiento de óptica.

36. La amabilidad de Pedro se merece una copa de vino. Brindamos por el año que hoy comienza. Pero una desgracia nubla este excelente propósito.

37. A causa del desvanecimiento —el anestésico es fulminante mezclado en el vino—, el buen cartero se

golpea la nuca con el pie de bronce de la mesa. La galopante frialdad del cadáver me obliga a trabajar sin pérdida de tiempo.

38. Acostumbrado a largas caminatas, las rodillas de Pedro son dos nudos impenetrables, y sus rótulas, duras como el pedernal.

39. Cincuenta bolsas, cincuenta grandes bolsas de las empleadas para uso doméstico —la cabeza del cartero va en una sola—, he precisado a fin de distribuir el cadáver troceado del buen Pedro. Pero ha merecido la pena tanto esfuerzo.

40. Las rótulas del cartero reposan en la nevera. Dos ejemplares en verdad únicos. Siete centímetros de diámetro en su parte ancha, por 5,7 en la más estrecha.

41. Curiosamente, la rótula de la pierna derecha pesa cinco gramos más que la izquierda, que lleva el fiel de la balanza de precisión hasta los 35 gramos.

42. Si ello fuera posible, felicitaría muy cordialmente al bueno de Pedro por su extraordinario tributo a la colección. Su donación quedará inscrita con todos los honores.

43. Como digo, hoy es 1 de enero.

44. Gracias a esta fecha, puedo bajar sin ser visto al sótano e introducir en la caldera de la calefacción las cincuenta bolsas donde se halla repartido el cadáver del cartero. Al cabo, estoy rendido. Las paredes de mi cuarto de trabajo están salpicadas de sangre —no es fácil trocear un cuerpo de 1,70 m. y 78 kilos con un serrucho, aunque sea eléctrico.

45. Pero soy dichoso.

46. A la noche —me digo. Las rótulas que guardo en la nevera necesitan algún tiempo de reposo— nunca menos de cuatro horas, bajo cero, antes de pasar a engrosar la colección. A la noche —insisto—, satisfaré plenamente mi deseo contemplativo.

47. No soy, sin embargo, el único coleccionista de rótulas que hay en el mundo. Y me guardaré de dar pistas alguna —nada más sencillo para eliminar a los competidores. Diré solamente que somos una decena, y cada uno en un país distinto.

48. Nos encontramos una vez cada dos años. Hacemos secretos intercambios, pujas, exhibiciones privadas y constataciones de todo orden en torno a las últimas capturas.

49. Basta... Estas revelaciones son peligrosas. Puesto que el mercado donde incrementar la colección está ahí, al alcance de cualquiera, la menor pista acabaría con tantos años de trabajo y cautelas.

50. Señalaré, por último, que la máxima cotización de estos ejemplares viene dada no por su antigüedad simple —como suele ocurrir en otros objetos coleccionables—, sino por su juventud: cuanto más próxima a la vida está una pareja de rótulas —nunca una de ellas sola—, mayor es su valor.

51. No obstante, la curva de interés adquiere otro máximo al cumplirse el siglo. Las rótulas de un muerto de hace cien años o más, precisamente por lo efímero y perecedero de estos huesos, tienen cotizaciones muy altas, sólo comparables a las de un recién nacido.

52. A veces, como en el caso del buen cartero, el donante pierde la vida con su tributo. A veces, como sucedió a mi amigo F. B. de Bonn, alguien se ha adelantado y la captura resulta infructuosa.

53. A veces uno trata de hacerse con las rótulas de un infeliz dos veces consecutivas.

54. A veces suena el timbre de la puerta, y una joven encuestadora escribe las respuestas, apoyando inocentemente el bloc en las rodillas... O un mendigo se pone impertinente, y no queda otro remedio que socorrerle. O se da el caso tan frecuente de los vendedores a domicilio —cuando no es uno mismo

quien inventa estos y otros pretextos a fin de enriquecer la colección.

55. Sin parientes ni amigos, siempre alertas y febriles, marginados y perseguidos como alimañas, nuestra existencia discurre angustiada, ruín, tan solo iluminada por los esporádicos hallazgos y el sublime momento de comparar, medir y pesar las capturas.

56. Pero estas disquisiciones no deben empañar la alegría de un día como hoy —primero de enero.

57. Hoy es sin duda un buen día para hacerlo.

58. *En vivo.*

59. Debo ser el primero en alcanzar semejante trofeo. La sorpresa de mis competidores sobrepasará cualquier otro «record», incluido el de E. S. de París, que logró hacerse con las rótulas de dos hermanas siamesas en el hospital donde fallecían, luego de la frustrada operación de separarlas.

60. De no producirse algo imprevisto, este 1 de enero será un día ciertamente memorable.

61. El cielo está ligeramente nublado. La temperatura, aunque fría, es agradable. He invitado al reverendo Martin B. a una taza de café... La calidad y características del donante pueden resumirse en la siguiente observación: la agilidad que demuestra con los pedales del órgano de San Marcos, da fe de la potencia y belleza de sus rodillas.

62. Todo hace pensar que posee un par de rótulas sensitivas, bien formadas y sólidas.

63. El reverendo Martin B. está ya al otro lado de la puerta. Trae un pequeño bulto en las manos.

64. Pastas. Ha tenido la delicadeza de traer unas pastas.

65. Curiosa semejanza. Curiosa asociación de ideas. Hablamos de música —su tema favorito. Mahler, sobre todo Mahler.

66. De improviso, el reverendo Martin B. dice algo acerca del año nuevo. Insiste, con su peculiar énfasis de orador sagrado.

67. Apoya sus argumentos con sonoras palmadas en las rodillas —me estremezco a cada golpe... Mis intentos por cambiar de asunto no dan resultado.

68. No sé qué hacer. Sugiero al sacerdote que repose un rato, ahí mismo, en el sofá, en tanto yo preparo el café. Pero se resiste a aceptar.

69. ¿Tendré que abandonar? ¿Será preciso recurrir al anestésico?

70. No sé cómo empezar. Paseo el salón con aire preocupado. El reverendo Martin B. me sigue con la mirada, sin dejar de mover los labios. Ahora habla de sus feligreses.

71. Inesperadamente, el cortinaje del balcón se desprende y cae sobre él. Se debate como un animal bajo la montaña de terciopelo. Sin pérdida de tiempo recojo el cordón de seda. Ato al reverendo al respaldo de la butaca. *El* protesta en tono jocoso al principio, creyendo mi actitud producto de una broma. Grita como un condenado.

72. Traigo las cadenas que guardo para ocasiones difíciles. Después de bien sujeto, desgarro la cortina por la parte correspondiente a su testa, a fin de permitirle ver lo que ocurre.

73. Paso por alto sus amenazas, recriminaciones, preguntas y sollozos. Me impongo la obligación de no mirarle a los ojos.

74. Me aseguro que su inmovilidad sea completa —sobre todo las piernas. Canturreo palabras sin sentido.

75. Desgarro sin contemplaciones los pantalones del reverendo Martin B., hasta por encima de las rodillas. Palpo la piel. Busco el bisturí número tres. Sajo la izquierda. Chasqueo la lengua.

76. El reverendo Martin B. da un alarido interminable. Maldice. Una ráfaga de sangre me salpica el rostro. Escupo asqueado.

77. Repito el corte en la otra pierna. No sé qué sucede, pero la sangre del sacerdote parece hallarse concentrada precisamente en esta zona de su cuerpo. Los gritos hacen que se le revienten las venas del cuello.

78. El reverendo Martin B. tiene la mandíbula inferior desencajada y no puede cerrar la boca. Clava sus uñas en la madera de la butaca. Los ojos se salen de sus órbitas. Su mirada es repugnante.

79. La parte de dentadura postiza que lleva adherida al paladar se le ha incrustado en la garganta, de donde surge un ahogo repulsivo.

80. Todo el cuerpo del sacerdote se agita en estertores eléctricos. Esto me impide trabajar con el sosiego preciso.

81. Tomo el serrucho. Corto la pierna izquierda del reverendo Martin B., presa de un violento ataque de histeria. En un esfuerzo supremo expulsa el trozo de dentadura postiza. El ahogo le impide expresarse claramente. Corto, pues, la pierna derecha.

82. Las cadenas se le hunden en las costillas. El cuerpo del sacerdote se embota por momentos, mientras la hemorragia se manifiesta a borbotones. El suelo está encharcado de sangre.

83. La cabeza del reverendo se mueve de un lado a otro nerviosamente. Aplico el serrucho eléctrico a su clavícula izquierda. Y en la derecha a continuación. Y en la zona abdominal por último. Y aquí y allí, una y otra vez.

84. Finalmente, aplico la punta del serrucho sobre el plexo del reverendo. Abro un buen boquete. Contemplo los movimientos del corazón —lo único que ya se mueve en su cuerpo. De improviso, se para.

85. Introduzco la mano. Acaricio las vísceras. Mahler, pienso en Mahler, adoptando las palabras del pobre Martin B.

86. Todo hace pensar que ha muerto.

87. Trabajo, pues, en sus rótulas. No me había equivocado. Son dos ejemplares de singular belleza.

88. Limpio, mido y peso tan excepcionales muestras, que pongo en la nevera.

89. Es necesario comunicar cuanto antes esta captura a mis competidores. La telefonista que atiende el servicio de telegramas me hace repetir hasta tres veces el texto.

90. *En vivo...*, es la clave. «Solicito urgente cotización internacional. Stop. 1 de enero», termino.

91. Diez telegramas con destino a Bonn, París, Nueva York, Barcelona, Viena, Moscú, Buenos Aires, Melburne y Pekín.

92. Espero.

93. Anochece. Cae una fina llovizna. Las nubes se apelmazan como animales asustados.

94. Pienso en mis competidores —a estas horas, muertos de envidia.

95. Veinte mil dólares, por menos de veinte mil dólares no me desprendo de esta pareja de rótulas.

96. Buen día este 1 de enero.

97. Hoy —como ayer— merece la pena estar vivo.

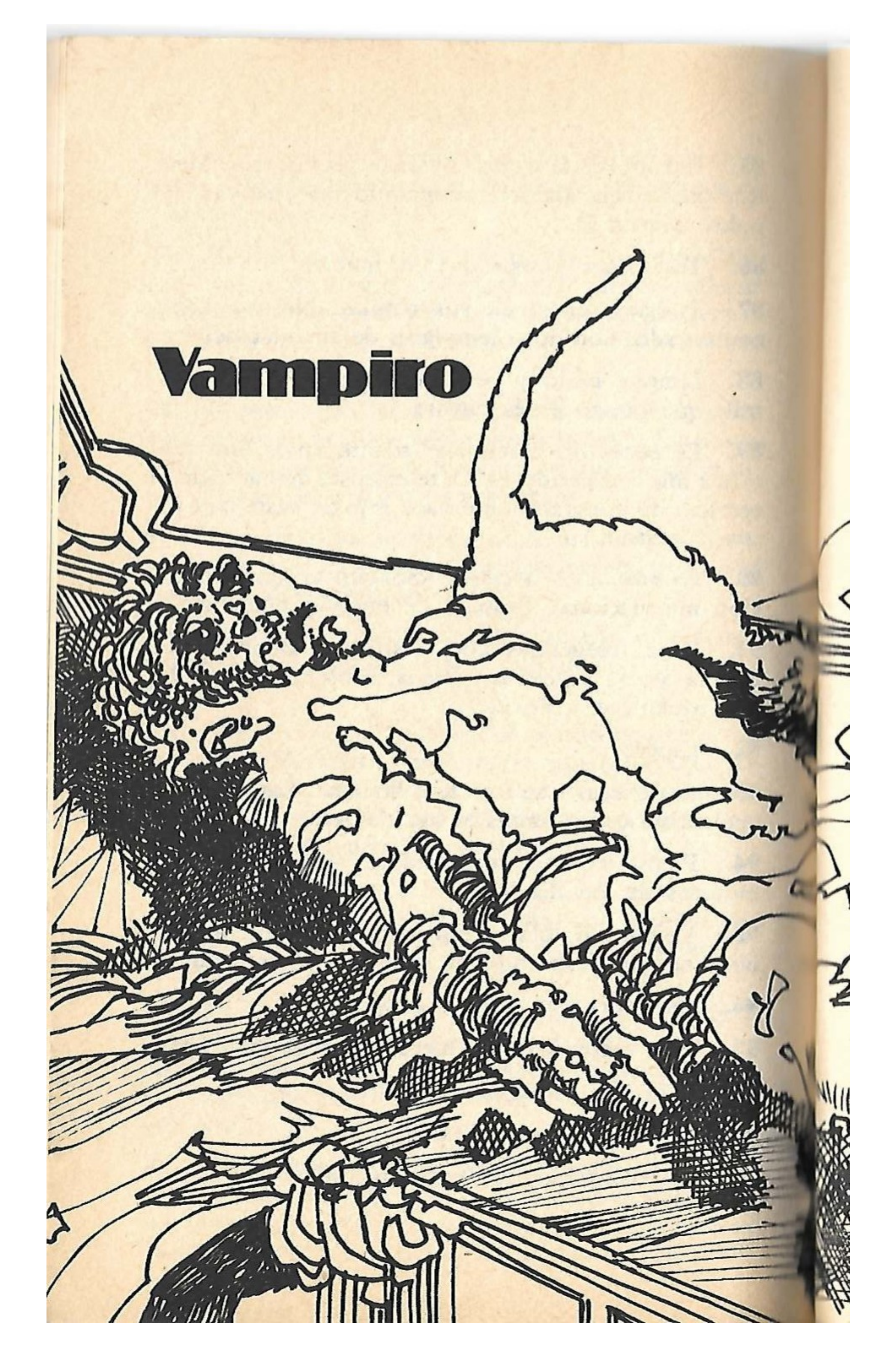
98. ¡Ah! ¡Ya suena el teléfono!

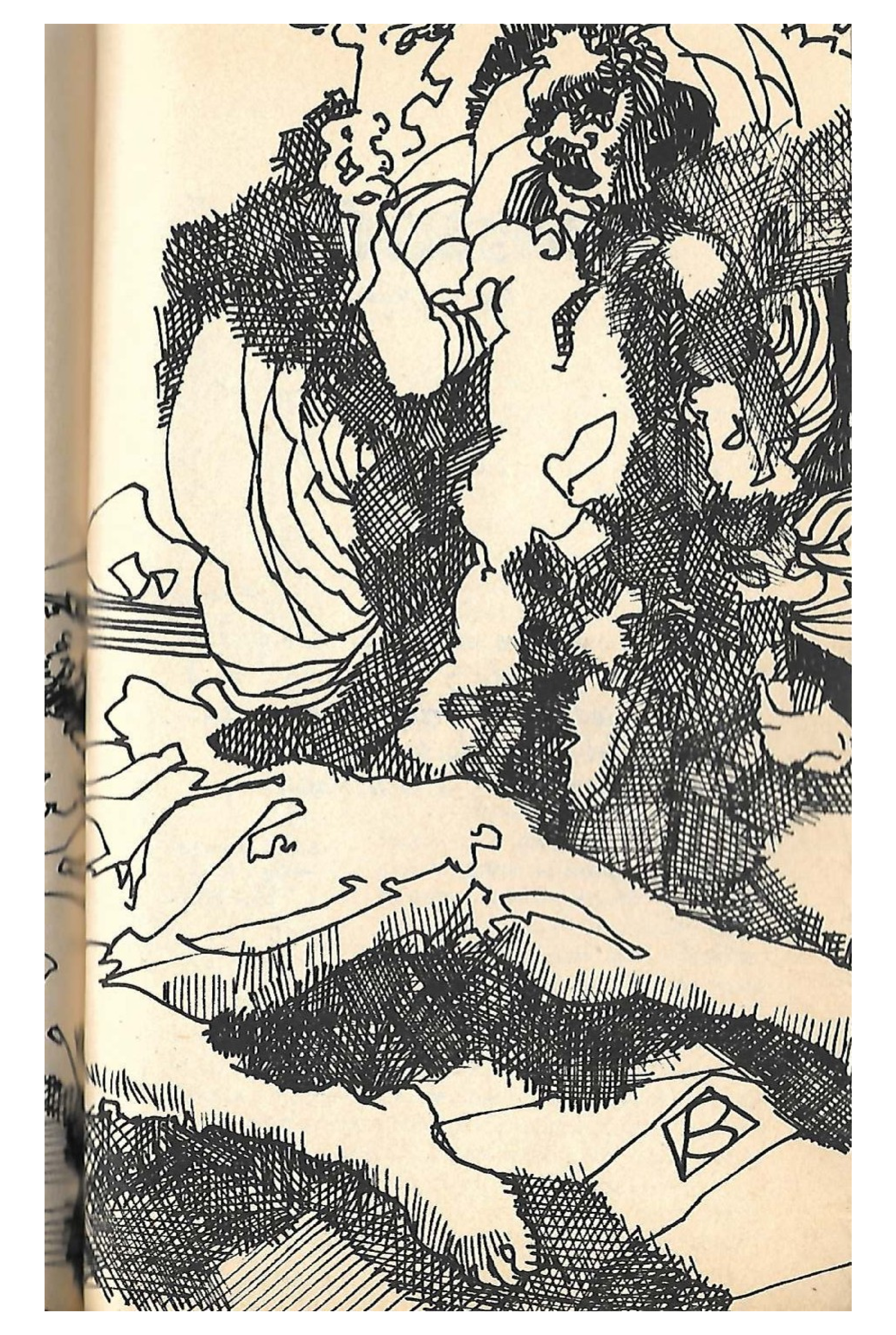
99. ¡París puja hasta 40.000!

100. ¡Viena y Moscú ofrecen un cheque en blanco!

(...)

Vampiro



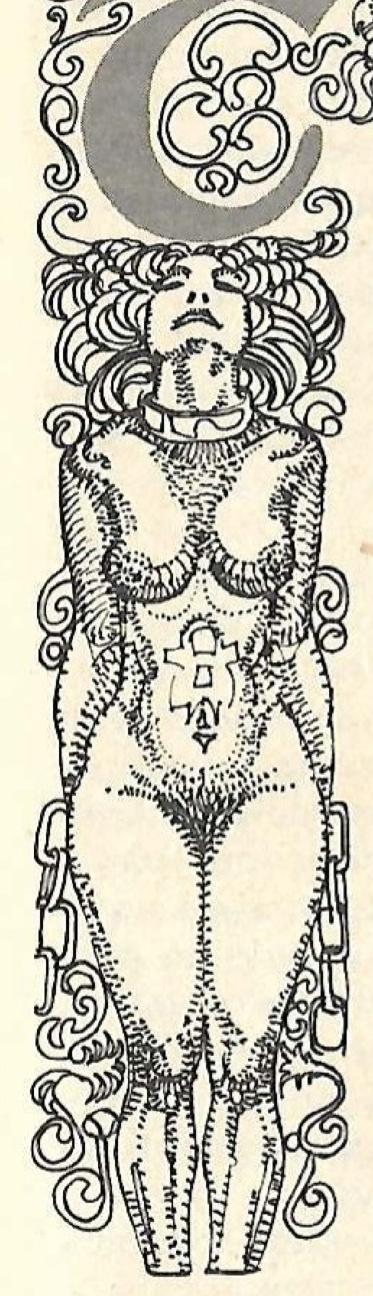


Vampiro

José León Cano

«El vampiro es un ser que oscila entre la vida y la muerte... Es, de toda la galería de personajes del relato de terror, el más sugestivo y espeluznante».

(Rafael Llopis.)



TENGO la espantosa evidencia de que la muerte es un fenómeno ambiguo. A veces la tumba no basta para apagar un frenético deseo de vivir. Existen individuos capaces de retener con fuerza sobrehumana el empuje de la muerte, aún después de haber exhalado el último aliento. La suya es una existencia vicaria, pero no larvada, que se nutre de la nuestra. El vampiro no es una mera ficción literaria, aunque las características que generalmente se le atribuyen en las obras de ficción no correspondan a la realidad. Con más frecuencia de lo que la gente se imagina aparecen extraños cadáveres en las exhumaciones. No tienen dientes afilados, ni pueden ser «destruidos» clavándoles una estaca en el corazón. Pero no hay en ellos el menor síntoma de corrupción, sino que aparecen frescos y flexibles, aunque su enterramiento hubiera sucedido en épocas remotas. Si se les hace una incisión en cualquier parte del cuerpo brotará la sangre: sangre fría, pero no coagulada. Semejante abominación sólo puede conjurarse entregando esos cuerpos al fuego.

Cuando esto ha sucedido, los aterrorizados testigos han podido comprobar cómo el cuerpo, aparente-

mente sin vida, se retorcía y chillaba como una bestia en los primeros momentos de la cremación. Lo digo con conocimiento de causa, porque yo mismo he sido uno de esos testigos. Por razones obvias, esta clase de hechos no suele darse a la publicidad. Las sociedades actuales sólo aceptan el horror de lo que no se puede comprender a través de invenciones escalofriantes, en las cuales los hechos reales se presentan deformados por la fantasía. El lector cree que cuanto se le dice es imaginario, y en esa creencia encuentra una confortable tabla de salvación. La historia que voy a relatar ahora, sin embargo, es absolutamente real. A fin de no herir susceptibilidades cambio los nombres de quienes se vieron involucrados en ella, y no especifico el lugar donde sucedió.

* * *

Mi interés por ciertas ramas de la parapsicología me ha permitido establecer contacto con manifestaciones insólitas de la naturaleza y salvar a veces a sus víctimas; la mayoría de las cuales no lo eran sino de su propia histeria. Y eso es lo que imaginé cuando vi por primera vez a Simone Duval, una adolescente de quince años cuya constitución evidenciaba un temperamento marcadamente nervioso. La profundidad de sus ojeras y lo demacrado de su rostro sólo en parte empañaban la extraordinaria belleza de sus rasgos, los cuales evocaban esa sutil elegancia de algunas modelos renacentistas. Rubia y de ojos azules, se parecía notablemente a esa fascinante imagen de Boticelli que aparece en el «Nacimiento de Venus». Pero una enfermedad, cuya causa no habían podido averiguar los médicos, la tenía postrada en la cama. Tenía los ojos enfebrecidos y sólo dejaba de temblar cuando le suministraban una considerable dosis de calmantes. Ciertas supersticiones de origen semítico siguen muy arraigadas en el sur de Francia, y en aquella pequeña aldea todo el mundo estaba convencido de que Simone tenía el «mal de ojo». Sus padres me habían convocado para atajarlo por medio de mis técnicas parapsicológicas.

Sospeché que la causa de su mal era otra cuando Ambrose Duval, el padre de la niña, me informó que Simone se estaba muriendo a ojos vista, pese a que se alimentaba con normalidad, e incluso con exceso. Su único interés por el mundo circundante parecía centrado en la comida. Ambrose se cuidaba personalmente de adquirir los platos que, desde su postración, más apetecían a la supuesta enferma. Me llamó la atención la grosera naturaleza de los mismos, ya que Simone devoraba con fruición sorprendente carnes y pescados que cualquier ama de casa hubiera rechazado por poco frescos. Otro hecho notable era su desmedida atracción por los picantes. Aullaba y se enfurecía cuando su voracidad no era satisfecha con aquellos alimentos, y rechazaba cualesquiera otros. Pese a lo cual, su cuerpo se había reducido casi a piel y huesos, y sus manifestaciones vitales eran apenas algo más que vegetativas. Permanecía noche y día en semisueño, salvo cuando le presentaban la comida. En ocasiones lloraba silenciosamente y no mostraba hacia sus padres sentimiento alguno. Su único amigo, a quien de vez en cuando acariciaba con sus manos cadavéricas, era un enorme gato gris que se pasaba la mayor parte del día dormitando sobre la cama.

Un chispazo de odio brotó de los ojos de Simone en cuanto me vio. Era una mirada demasiado adulta y maligna para provenir de una adolescente. Pero no opuso resistencia cuando procedí a examinarla. Parecía un animal asustado que se moviera a impulsos, tras haber perdido los últimos asomos de humanidad. Levanté su brazo derecho y descubrí, un poco más abajo de la axila, la existencia de un extraño mechón de cerdas duras y negras. Apenas pude tocar aquella anormalidad, pues la ocultó de inmediato con su brazo y se puso a chillar como una endemoniada. El gato, por su parte, había saltado hacia la mesilla de noche y desde allí sacó las uñas y, con el pelo erizado, adoptó la actitud de lanzarse directamente sobre mis ojos. Empezó a bufar y me mostró sus colmillos puntiagudos en un inequívoco gesto de amenaza.

Me dispuse a pasar la noche en vela en la habitación contigua. Por sobre todo, me intrigaba aquel insólito mechón de cabello negro. Demasiado negro y demasiado duro, contrastaba con el resto del cabello de la jovencita, sedoso y rubio. A través de la puerta entreabierta podía escuchar su respiración apacible y el suave ronroneo del gato. Ambos, al parecer, estaban durmiendo. La esfera fosforescente de mi reloj marcaba las doce y media. La noche desplegaba su profundo silencio por todos los rincones de la casa. En mi afán por permanecer despierto había tomado bastante más café de lo acostumbrado. Y, como suele suceder, al haber forzado con el excitante los resortes de la vigilia, se estaba produciendo en mi organismo el efecto contrario. No pude evitar, muy a mi pesar, el quedarme medio dormido en un sillón.

Me despertó una especie de arañazo prolongado, procedente del pavimento de la habitación contigua. Sin duda era el gato. Luego, algo hizo crujir los muelles de la cama de Simone. Percibí un olor sutil, aunque nauseabundo en extremo, y poco después la voz de la niña emitiendo suaves quejidos que podían ser interpretados como de dolor y, al mismo tiempo, de placer. Previamente había tomado la precaución de descalzarme para no hacer ruido y ahora, con el mismo propósito, estaba conteniendo al máximo la respiración. Acerqué cuanto pude mi oído a la delgada pared. Crujía la cama de vez en cuando. El hedor aumentó su intensidad hasta hacerse intolerable. El gato, advirtiendo quizá que yo estaba despierto, maullaba y gruñía cada vez con mayor fuerza. Pero lo más inquietante fue escuchar una especie de sordo gorgoteo, de bestiales resonancias, que me puso los pelos de punta. Soy un hombre corpulento, y no era la circunstancia de estar desarmado la que me producía pavor. De haberlo estado, hubiera sentido el mismo miedo, pues sospechaba que no era un ser fácilmente vulnerable, y sí peligroso en extremo, el que se encontraba en la habitación de al lado.

Logré que la puerta entreabierta de mi cuarto no

crujiera en absoluto cuando la abrí del todo. Mis manos temblaban y mi cuerpo parecía un trozo de hielo. Sin embargo, avancé sigilosamente por el estrecho y oscuro pasillo hasta colocarme frente a la puerta de Simone. Esta gemía ahora de forma sorda y prolongada, con una especie de estertor en el que se mezclara el orgasmo y la angustia. Los gruñidos del gato sonaban ahora más amenazadores que nunca, y la cama crujía acompasadamente. No se de dónde obtuve el valor necesario para empujar la puerta. Tal vez de la misma repugnancia que me inspiraban el hedor y aquel gorgoteo insufrible.

Por la ventana del cuarto de Simone entraba una débil claridad lunar. Eso me permitió ver la semifosforescencia rojiza de los ojos del gato, antes de que saltara y clavara sus uñas en mi rostro. Lo aparté de un manotazo, pero entonces la masa sombría y arrugada, la deformidad traslúcida que creí ver sobre la cama había desaparecido. Pasó por mis manos algo similar a una corriente de aire frío, y me estremecí hasta los huesos. Sentí sobre mis sienes el paso de una odiosa mancha plateada, e inmediatamente atravesó mis oídos el grito de Simone, proferido entre jadeos entrecortados. Encendí la luz.

Simone yacía desnuda sobre la cama, con el cabello desordenado y las sábanas revueltas. Esquelética, todos los huesos de su cuerpo parecían a punto de traspasar la piel. Respiraba con extrema agitación, temblando de pies a cabeza, y sus ojos despedían hacia mi persona un fuego maligno. Un tenue rubor había encendido sus mejillas, de ordinario macilentas. Observé que bajo la axila, en el centro del repulsivo mechón negro, se abría una especie de pústula rojiza, de la que manaba una gota de sangre. Ya no se cuidó de ocultar aquel signo execrable, sino que continuó gritando y gritando, completamente fuera de sí. Sus padres acudieron sobresaltados. El gato, mientras tanto, había deseaparecido.

¡El gato! Mi cerebro se encendió con el chispazo de una intuición. Dejé a Simone al cuidado de sus

padres, quienes en vano trataban de calmarla haciéndole ingerir tranquilizantes. Busqué al gato por toda la casa sin encontrarlo. Advertí que en la puerta principal había una gatera y salí al jardín, justo a tiempo de ver cómo el animal traspasaba las tapias. La luna, en cuarto creciente, me facilitaba su persecución. Tan agitado estaba que no me di cuenta, al salir a la calle, de que continuaba descalzo. Al llegar a un descampado, siguiendo los pasos del animal, los guijarros se me clavaban en las plantas de los pies. Era doloroso, pero de haber llevado zapatos el gato, al advertir que le estaba persiguiendo, tal vez hubiera tomado otro camino. Porque estaba seguro de que se encaminaba a un sitio muy especial. Ibamos en dirección a las tapias del antiguo cementerio.

A la luz de la luna, aquel paisaje lleno de montículos, que en otro tiempo había sido un osario, ofrecía un aspecto inquietante. Algunos huesos carcomidos sobresalían aquí y allá de esos montículos; los cuales, en ocasiones, me hacían perder de vista al gato, familiarizado sin duda con las anfractuosidades del terreno. Al fondo se perfilaban borrosamente las tapias. Vi que el gato se introducía, al pie de un montículo, por un agujero quizá angosto para una persona, pero lo bastante holgado para que el animal lo hiciera con facilidad. Mi propia audacia me asustó, y de pronto me vi solo en medio de aquel escenario terrible. Había localizado perfectamente el agujero. Quizá fuera bueno hacer un plano y regresar a la mañana siguiente, con la luz del día. Pero algo me decía que tal vez fuera esperar demasiado, que tal vez a la mañana siguiente el agujero habría desaparecido, o yo no fuera capaz de encontrarlo. Seguía tan desarmado como cuando acechaba en la habitación contigua a la de Simone, apenas veinte minutos antes, puesto que el reloj marcaba la una menos diez de la madrugada. El silencio planeaba sobre el cielo como una inmensa lápida negra.

Me acerqué al agujero, y comprobé que estaba medio oculto por unas piedras. Al retirarlas, con al-

gún trabajo, éste se hizo lo bastante ancho como para permitirme el paso. Sin duda, la gente del pueblo no transitaba demasiado por aquellos parajes. Luego reuní algunas ramas secas y fabriqué con ellas una antorcha, decidido como estaba, pese a mis continuas sacudidas de terror, a traspasar el agujero. Me arrastré con la antorcha encendida por delante, pero como mi cuerpo taponaba la entrada, impidiendo el paso del aire, ésta se apagó. Tuve que resignarme a gatear a oscuras un buen trecho, ayudándome a ver el camino, de vez en cuando, con la luminosidad instantánea, y súbitamente apagada, de los fósforos. Vi así que una espesa sombra se abría al final del túnel, en lo que era una especie de cámara o cueva de techo algo mayor. La sangre se me heló cuando comencé a oler el mismo hedor repulsivo que había inundado el cuarto de Simone. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirme, ya que la angostura del pasadizo difícilmente me permitía avanzar hacia atrás. No me quedaba más remedio que llegar hasta el recinto que se abría unos metros más adelante para, una vez allí, poder dar la vuelta en busca de la salida. Hay momentos en la vida en que agradezco al destino que me haya proporcionado tan poca imaginación. Pues de haber tenido alguna, por mínima que fuera, en aquellos momentos me hubiera muerto de miedo.

Casi estuve a punto de hacerlo cuando, al final del túnel, pude incorporarme. Escuché de nuevo los tenebrosos maullidos del gato. Encendí una cerilla y nuevamente vi el resplandor de sus ojos grises. Al contrario que en el túnel, en aquella pútrida estancia había bastante oxígeno para que el fuego se mantuviera. Volví a encender mi improvisada antorcha. El aire estaba tan cargado de ominosos vapores, que sólo permitía una llama cuyo resplandor fluctuaba entre los colores verde y rojizo. Pese a lo cual, el espanto comenzó a fluir por mis venas como un río de plomo candente. Y no era provocado por los escalofriantes bufidos del animal que, agazapado en un rincón, esperaba el momento propicio para huir.

El horror me lo inspiraba un cadáver que yacía a mis pies; y provenía no del hecho de serlo, sino de sus espantosas características. •Porque, a juzgar por los podridos sudarios que en parte le envolvían, debió ser depositado allí hacía muchísimo tiempo. Lo espantoso era que, pese a esos signos de antigüedad, el cuerpo se mantenía como si lo hubieran acabado de enterrar. Hubiera jurado que se trataba de un hombre dormido a no ser por su mandíbula desencajada y sus ojos fijos y abiertos, negros y tan brillantes que parecían dos oscuras bolas de cristal. Me fascinó su cabello negro, igualmente brillante, de cerdas gruesas y duras. Mi conocimiento de los vampiros era puramente teórico, recibido a través de lecturas, y no estaba muy seguro de que ese fuera el mejor procedimiento para evitar imprevistos espantosos. Me atreví, sin embargo, a tocar ese cuerpo. Cuando lo hice, el gato volvió a saltar sobre mí, y de nuevo clavó sus uñas en mi rostro. Descargué en parte la tensión que aquella horrible situación me proporcionaba sacudiéndole un manotazo; con tal furia que el animal fue a dar contra una de las paredes y cayó al suelo sin sentido. Cayó igualmente al suelo mi antorcha, apagándose en parte. Si lo hubiera hecho del todo, creo que mis nervios no hubieran soportado aquella oscuridad. Reavivé su fuego y, con ella en la mano, volví a acercarme al cuerpo.

Estaba frío, pero no rígido. Todavía no puedo explicarme cómo fui capaz de levantar su brazo, de comprobar que éste se movía con facilidad, como si aquel cuerpo hubiera recibido la muerte momentos antes. Saqué un cortaplumas del bolsillo. Al hacerlo, volví a sentir sobre las sienes aquel espantoso resplandor plateado, y una fuerza inexplicable me impedía imprimir movimiento alguno al arma. Pero el cuerpo seguía inerte. Me acordé entonces de Simone, de su espantosa delgadez, de los incalificables terrores e insanias que había sufrido, y hundí el cuchillo, con toda mi furia, en el vientre del vampiro. Brotó sangre fresca con increíble abundancia. Y ya no nece-

sité ninguna otra señal. Me quité la chaqueta y los pantalones, y prendí fuego a mis propias ropas, arrojándolas encendidas sobre el cadáver. Ardió con increíble celeridad, como si se tratara de un odre lleno de gasolina. Pero no tanta como para impedirme ver el último resplandor de sus ojos, dirigidos hacia mí con odio infinito, las contracciones de su cuerpo, escuchar el abominable y profundo grito surgido de sus entrañas. El cuerpo se retorcía como una araña, echaba fuego por la boca y despedía un humo tan negro y nauseabundo que inevitablemente acompaña desde entonces todas mis pesadillas.

Estaba tan fascinado por aquel horrendo espectáculo que no advertí, en un primer momento, los aterradores maullidos del gato ni la causa que los provocaba. Volví la cabeza y vi cómo, a unos tres metros de distancia del cadáver, su cuerpo se consumía envuelto en llamas de idéntica voracidad. ¡Gran Dios! Estaba ardiendo sin que le hubiera rozado el fuego de mi antorcha ni el que destruía aquel cadáver execrable. Tuve entonces un presentimiento terrible y escapé como pude, medio ahogado por el humo, del ominoso agujero. Hubiera bendecido el aire puro de la noche como si acabara de nacer de nuevo, a no ser porque una espantosa premonición guiara velozmente mis pasos hacia la casa de Simone. Con aquella loca carrera sangraban mis pies desnudos, pero estaba completamente ajeno al dolor. Sólo quería llegar allí cuanto antes, cuanto antes, antes de que mi negra sospecha se convirtiera en realidad.

Al llegar a la puerta del jardín me paré en seco. Vi salir un humo denso y mefítico del cuarto de Simone, y rogé por el alma de aquella desdichada criatura. Aún llegué a escuchar sus últimos alaridos; durante unos segundos, a través de la ventana, alcancé a ver su cuerpo envuelto en llamas. Y me miró... Antes de caer desplomada, me miró. Sólo espero que la muerte, cuando llegue, tenga fuerza bastante para borrar de mi alma este horrendo recuerdo.



PASADIZO PARA LA MUERTE

EUCLIDES

EL MURO

PROFESIONAL AGRESIVO

LA HABITACION INTERIOR

EL BARRIL DE AMONTILLADO

LA MUERTE ES DULCE COMO LA MIEL

LA ESFERA DE PODER



VERA

UN SUEÑO LLAMADO ANA

SOSPECHA

EL MAPA

LA ALFOMBRA

LA CASA EMBARGADA

UN BUEN DIA PARA HACERLO

VAMPIRO